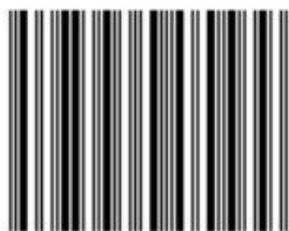


Alfa Eridiani

Revista de ciencia ficción



ISSN: 1695-1859



TERCERA ÉPOCA - NÚMERO 15
ABRIL / NOVIEMBRE 2011



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

ALFA ERIDIANI es una revista de ciencia-ficción, sin ánimo de lucro y cuyo único fin es la difusión cultural. Su aparición es semestral.

Normas de publicación:

Cualquier colaboración relacionada con la ciencia-ficción siempre será bienvenida en alfaeridiani@yahoo.es. Cuando envíes un texto, ya sea relato, ensayo o poesía, recuerda que en el interior del texto que envíes debe figurar tu nombre y apellidos. La colaboración escrita ideal debe estar formateada en Times New Roman 12 pto, sangrado de 0,75 cm, párrafo justificado y salto de una línea. Solemos contestar en el plazo de dos meses. Pasados éstos, considera que hemos desestimado tu obra.

Editor: José Joaquín Ramos de Fco.

Coeditor: Graciela I. Lorenzo Tillard.

Comité de Redacción: Sergio Bayona, Javier J. Arnau, J. A. Menéndez y Daniel Yagolkowski.

Colaboradores: Iñigo Fernández y Adriana Alarco de Zadra.

Traductores: Javier Navarro Costa .

Apoyo a la traducción: J. A. Menéndez, Daniel Yagolkowski y Graciela I. Lorenzo Tillard.

Ilustrador de portada: William Trabacilo.

Infografía: Graciela I. Lorenzo Tillard.

Resto Ilustraciones: Jorge L. Vilá.

Aviso Legal Importante:

Los contenidos de la presente revista, sea cual sea su naturaleza, conservan todos los derechos asociados al © de su autor. El autor, único propietario de su obra, cede únicamente el derecho a publicarla en ALFA ERIDIANI para difundirla por Internet. No obstante, los derechos sobre el conjunto de ALFA ERIDIANI y su logo son © de la Asociación Alfa Eridiani.

Queda terminantemente prohibida la venta o manipulación de este número de ALFA ERIDIANI.

No obstante se autoriza a copiar y redistribuir la revista siempre y cuando se haga de forma íntegra y sin alterar su contenido. Cualquier marca registrada comercialmente que se cite en la revista se hace en el contexto del artículo que la incluya sin pretender atentar contra los derechos de propiedad de su legítimo propietario.

Página web: <http://www.alfaeridiani.info>.

Correo-e: alfaeridiani@yahoo.es.

Facebook: <http://www.facebook.com/pages/Alfa-Eridiani/226578536318>.



CONTENIDO:

EDITORIAL	4
CUENTOS	
SACIEDAD HUMANA	
por Julio Reyes Sosa	6
BASE PUNTA LIBERTAD	
por Benjamin Kensey	13
LA ÚLTIMA ESPERANZA	
por José Carlos Canalda Cámara	25
LA TRAGEDIA DEL ATLANTIC	
por Omar E. Vega	36
NOVELAS	
OXÍGENO Y AROMASIA. Capítulos XV y XVI	
por Claës Lundin. Traducción: Javier Navarro Costa	52
CRÓNICAS DE LA TIERRA MESTIZA. Segunda Parte: El Guardián de Nuestros Hijos	
por Javier Navarro Costa	64
LA ODISEA LITERARIA. Capítulo final.	
por Víctor Conde	103
ARTÍCULOS	
LAS CINCO GRANDES UTOPIÁS DEL SIGLO XX	
por Pé de J. Paumer	112
CÓMO LA CIENCIA FICCIÓN CHILENA SE TRANSFORMÓ EN OTRO DISPOSITIVO NARRATIVO COMERCIAL	
por Alberto Sepúlveda	118
HYPERION, DE DAN SIMMONS	
por José Carlos Canalda Cámara	123
TRON LEGACY: LA REALIDAD DEL MUNDO VIRTUAL	
por Magnus Dagon	127
POESÍAS	
LA GRAN AVENTURA CÓSMICA Y OTROS POEMAS	
por Antonio Mora Vélez	131
PORTOFOLIO	134
CÓMIC	137
NOTICIAS	139
PUBLICADO: CUANDO LAS ESTRELLAS NOS LLAMEN	139
PUBLICADO: HELADOS CIBERNÉTICOS	139
PUBLICADO: 2123 EL AÑO DE MOEBIUS	140
LOS ESCRITORES ZARAGOZANOS DE NOCTE SACAN UN LIBRO DE LEYENDAS ARAGONESAS	141



EDITORIAL

Estimados amigos:
Felizmente, Alfa Eridiani está otra vez en vuestros hogares. Este año hemos sido nominados a los Ignotus 2011 en tres categorías. Mejor relato por Duende de Ramón San Miguel Coca, mejor ilustración por la ilustración de Duende hecha por Guillermo Romano y mejor obra poética por Paraísos cibernéticos escrita al alimón por José Javier Arnau y Carlos Martínez Sueiro. De las tres candidaturas, *_Paraísos cibernéticos_* se ha concretado en un premio. Queremos agradecer el apoyo recibido a los lectores y críticos que la recomendaron.

También tenemos el proyecto de publicar un libro por el sistema de microfinanciación. Se trata de Punto de Vista, una antología de seis cuentos de Stanley G. Weinbaum. Weinbaum es un autor norteamericano que publicó sus cuentos por los años 30 del siglo pasado. Sus cuentos guardan toda la frescura de cuando fueron escritos. Si os interesa el proyecto podéis pasaros por <http://www.lanzanos.com/proyectos/punto-de-vista/> y ver de qué se trata.

Ahora pasemos a ver qué nos depara este número de Alfa Eridiani. Entre los cuentos tenemos a Sociedad Humana de Julio Reyes Sosa. El escenario es una sociedad futura en la que Robots realizan todas las tareas básicas de la sociedad. Incluso las Policiales. Base Punta Libertad de Benjamin Kensey nos narra el drama de una misión de rescate. La última esperanza de José Carlos Canalda Cámara es una historia postapocalíptica en la que hay que reconstruir la civilización a partir del saber de unos pocos. Por último, La tragedia del Atlantic de Omar Vega nos presenta un escenario plausible de cómo serán los viajes de placer en el futuro y sus posibles peligros.

En la sección de novelas tenemos Oxígeno y Aromasia de Klaës Lundin. En capítulos anteriores veíamos la lucha que se establecía entre Oxígeno y Aromasia por un escaño en el parlamento escandinavo. La misteriosa muerte de Aromasia deja solo a Oxígeno en la carrera electoral, ganando así el ansiado escaño. En los capítulos actuales, vemos a un Oxígeno ambicioso, a la vez, que descubrimos las causas de la supuesta desaparición de Aromasia. En capítulos anteriores de Crónicas de la Tierra Mestiza de Javier Navarro Costa asistíamos a la presentación de una sociedad desarraigada que tiene que empezar de cero en un nuevo planeta. Sus componentes son medio Loo, medio hombres. No todo el mundo está contento con este mestizaje y habrá cruentas luchas para unificar bajo la égida de un solo emperador a las tres especies que pueblan este planeta. El príncipe Bakenkhonsu se hará con el poder fácilmente. ¿Conseguirá mantenerlo? La odisea literaria de Víctor Conde llega, muy a pesar nuestro, a su final en este número. Recordemos de números anteriores que en la Llanura



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

Kármica se abren unas puertas que conducen a otros mundos. Como consecuencia de ello, el mundo de Iya se ve invadido por una plaga de letras.

El primer artículo se ha dividido en seis partes que iremos publicando en sucesivos números de Alfa Eridiani. La primera parte es una introducción al término utopía, a la vez que un repaso de estas obras en el tiempo, su origen y evolución. Las cinco siguientes partes son otras tantas utopías. El segundo artículo se hace eco de los trabajos antológicos publicados en Chile. Alberto Sepúlveda nos presenta una visión crítica poco alentadora del panorama del género en su país. José Carlos Canalda con Hyperion, de Dan Simmons analiza de forma íntima y crítica, los dos volúmenes de Hyperion. Cierra la sección Tron Legacy: la realidad del mundo virtual de Magnus Dagon. Es un ensayo sobre esta excelente película.

El cómic, Volver a casa, está a cargo de Paula Irupe Salmoraigui al guión y M. C. Carper al arte. Es la historia de un incómodo regreso a casa.

En las noticias nos hacemos eco de la publicación de tres excelentes libros: Cuando las estrellas nos llamen de Vicente Hernández, Helados cibernéticos de Antonio Mora Vélez y 20123, el año de Moebius de Ángel de Aluart. También nos hacemos eco de la publicación de Nuevas leyendas aragonesas por la Asociación Española de Escritores de Terror NOCTE.

Y como siempre deseamos que disfruten leyendo la revista tanto como hemos disfrutado nosotros haciéndola.

El equipo editorial.



CUENTOS

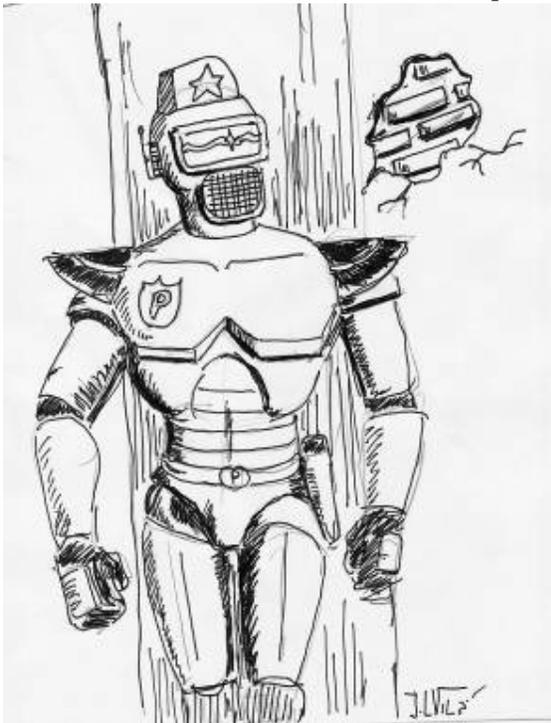
SACIEDAD HUMANA

por Julio Reyes Sosa

El tema de los robots es muy apreciado en la ciencia-ficción. Posiblemente en una sociedad futura lleven tareas policiales. ¿Aguantarán la presión?

Hacía un sol candente y cegador, mas no le afectaba mientras perseguía al chico que corría descalzo sobre la ardiente duna, desesperado, buscando alejarse de él. MT463321, un robot diseñado para velar por la seguridad ciudadana, había sido enviado a patrullar las zonas circundantes de la ciudad y había visto al intruso, a través de su escáner de temperatura, entre las ruinas de cemento que habían quedado del antiguo mundo. Pese a sus constantes disparos el intruso se las arreglaba para esquivar cualquier daño; metiéndose entre lajas durante unos segundos, zigzagueando constantemente y aprovechando el desnivel del suelo para salir del rango visual de su perseguidor.

Conforme fueron avanzando pudo distinguir los restos de los viejos edificios: los más cercanos eran repetitivos, propios de casas normales; pero a lo lejos se veían los remanentes de grandes edificios que llegaron, cuando se procuraba su cuidado, por encima de las nubes; así mismo, alrededor de lo que fuera una plaza, ya sin vegetación ni estatua o monumento alguno, se veían restos mucho más conservados de edificaciones barrocas y neoclásicas, quizá mansiones o edificios sedes del poder político de lo que fue un Estado. El robot pudo notar cómo se iban desgastando las fuerzas de su objetivo; éste, tratando de extraviarlo, se arriesgó a entrar en una vieja casa; contra lo que esperaba, se había derrumbado bloqueándole camino alguno a cualquier habitación o salida, dejándolo arrinconado.



Se volvió, tratando de escapar por



donde había venido, mas el grisáceo robot ya le había acorralado. Lo vio flotando delante de él, gracias a un aparato esférico que sobresalía por debajo de su cuerpo con forma de pentágono invertido; de éste pendían a cada lado sus largos brazos que terminaban en manos largas y anchas, desprovistas de dedos, con muchas armas ocultas en su interior, la gran mayoría armas de fuego pero también había dagas y espadas; su cabeza, con forma de cápsula ovoide, sobresalía de su tronco con dos protuberancias metálicas a cada lado y con una plancha negra reluciente que le servía de visor.

—¡Mierda! Si no fuera por la casa ésta. Vamos, de una vez, no me voy a creer jamás que una máquina como tú vaya a tener compasión; no son más que estorbos como sus parasitarios amos. Podría acabar con esos inútiles, pero fueron hechos para no tener ni un poco de voluntad... ¡Mátame, maldita lata sin cerebro!

Lo miraba con el ceño fuertemente fruncido pero con cierto nerviosismo en sus ojos de diferentes colores –rojo el diestro y violeta el zurdo. MT463321 pudo precisar por su físico que se trataba de un joven no mayor de veinte años, delgado pero con los músculos fuertemente marcados, evidenciando la gran cantidad de trabajo físico hecho durante su vida junto con algunas cicatrices, ninguna profunda, que surcaban su cuerpo. El color de su piel no era parejo siendo de un trigueño un poco más fuerte cerca de las extremidades que en el abdomen, y sus cabellos eran de diferente color –verde, azul, rojo, rubio, negro y castaño– que se entremezclaban indistintamente en su cabellera de puntas mal cortadas.

A lo lejos se escucharon disparos de metralletas, haciéndose cada vez más fuertes. El robot reaccionó y volteó para verificar el motivo. Había un grupo de sujetos como aquel chico. En realidad todos eran diferentes a él y entre sí, pero iban juntos y muy probablemente formaban parte de la misma comunidad.

Aprovechando la distracción del robot, el joven lo empujó contra la corteza superior de la derruida construcción, abriéndose camino y escapando de su perseguidor, quien intentó seguirlo pero su choque contra la estructura terminó por desestabilizarla y los escombros comenzaron a caerle encima; había altas posibilidades de que fuese destruido en el derrumbe y envió una señal de auxilio, en caso de que pudieran reactivarlo o para que reciclaran sus partes.

Comenzó a ejecutar las verificaciones de compatibilidad para las nuevas partes de su hardware: visor, unidad de repulsión magnética, fuente de energía interna, unidad de memoria, armamento no disponible. Todo estaba en orden, MT463321 volvió a activarse.



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

—Unidad de defensa ciudadana. Modelo: Mercy Team. Número de serie: 463321. Sufrió daños menores en un derrumbe en las afueras de la ciudad. Ha sido restaurado y se le asignará un nuevo grupo de patrullaje; por el momento puede patrullar en busca de algún peligro en la ciudad en lo que queda del día hasta recibir su nueva asignación —escuchó en la habitación blanca y luminosa donde reposaba. Se abrió una puerta a su derecha y salió a la ciudad a través de un pasillo oscuro.

La bulla estridente fue lo primero que notó pese a los gruesos muros del taller. Ya afuera vio las enormes pantallas donde pasaban videoclips, publicidad, muchas veces indiferenciables entre sí. Bajo la sombra de los edificios caminaban los humanos de un lado a otro, sus cabellos blancos y sus ojos verdes se repetían una y otra vez junto con la piel ligeramente bronceada; todos con una saludable delgadez y con un cuerpo que parecía entrenado. Por momentos el visor le fallaba. Cabía la posibilidad de que fuese defectuoso pero haciendo un chequeo en su sistema notó que su procesador podría ser la fuente del problema. Lo más probable es que no se hayan molestado en pequeñas reparaciones de alto costo, se dijo a sí mismo por primera vez en su vida.

Gracias a los spas y a los gimnasios la gente rebosaba de muy buena apariencia física; en los primeros se introducían a los humanos en una cápsula ovoide que extraía las impurezas de sus cuerpos y bronceaban su piel; en los otros, unas máquinas cubrían sus cuerpos del cuello para abajo; los hombres y las mujeres sonreían y conversaban mientras las máquinas destrozaban sus músculos y los volvían a reconstruir con mejor forma y cada vez menos grasas. Qué desperdicio de potencial y capacidades, se dijo MT463321 viendo a un grupo de personas conversando alegremente y analizando la función de los aparatos donde reposaban. Una música escandalosa de ritmo continuo, rápido y repetitivo se escuchaba no muy lejos. El robot se acercó al establecimiento, era un museo. Allí, decenas de hologramas en tres dimensiones, extraños y absurdos, se exhibían por el amplio salón donde la gente se amontonaba para ver las figuras que cambiaban de forma y de color mientras todos bailaban alrededor de ellas.

MT463321 le dio una vuelta al establecimiento llegando a escuchar cinco canciones diferentes, comparando sus longitudes de onda notó que eran similares en un 79 a 92%. Malgasto de energía, volvió a decir mientras veía a unos humanos de diferentes sexos saliendo del local, muy abrazados, juntando sus labios y agarrándose del trasero. Llegaron a un restaurante, adornado de luces chillonas y con un payaso vestido de amarillo y rojo saludándoles; era, obviamente, un robot programado para eso. Allí almorzaron unas masas cúbicas multicolores y unos batidos verdes, pocos elementos orgánicos habían sido usados para su preparación pero salieron con una sonrisa en la boca. No lejos de allí había una librería, entraron y compraron un libro (exactamente, una cápsula de información) para que su lector en casa se los narrara; era el último que habían publicado y que anunciaban en los panfletos de la ventana.



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

MT463321 se acercó al estante de muestras: cada libro –todos novelas– trataba temas similares, en general el humano siempre era el héroe, los robots torpes ayudantes y los invasores seres que querían hacer daño a los humanos o unos parásitos aprovechados. El libro que la pareja había comprado contaba la historia de un hombre, cazador, que salía en búsqueda de los invasores, como deporte, junto con su ayudante robot, bastante torpe y al que tenía que reprender:

- ¡Cómo se te ocurre, máquina tonta, ése no es el rifle que pedí!
- Cierto, señor, mis sistemas deben estar fallando.

La aventura continuaba hasta que eran atrapados por un grupo de invasores, por culpa del robot: era un lugar salvaje de olor hediondo, vivían en cuevas y comían carne cruda. Esos seres no hablaban, apenas balbuceaban y andaban todos sucios y piojosos. Era un verdadero asco. Al final el humano salvaba al robot y acaba con todos los invasores, menos uno –la chica, hermosa entre tanta fealdad, que se había metido en la cueva, donde el héroe había estado preso la noche anterior, y con la que había mantenido relaciones sexuales–, ella balbuceante le rogaba y el humano entendió que quería que la llevara a la ciudad, pero ahí iban a maltratarla por lo que la dejó y regresó a la ciudad. Qué grande es este hombre, capaz de apiadarse de criaturas como ésas. Fin. Cada Libro era producido por una máquina en la misma librería y no tenía más de 2000 palabras, una extensión común para los humanos.

Un bullicio se armó en un local, unas calles más abajo. Pasando por un gran grupo de museos, spas, gimnasios y restaurantes y farmacias –donde los fármacos más comprados eran estimulantes y alucinógenos–; humanos de ambos sexos concurrían al lugar donde enormes paneles, con imágenes de personas semidesnudas posando de formas sugestivas y eróticas, conformaban la fachada del enorme edificio. Era un prostíbulo; allí androides exteriormente iguales a los humanos eran alquilados como divertimento sexual; a este tipo de robots se le clasificaba como modelos Best Partner, podían ser de diferentes géneros – masculinos, femeninos, hermafroditas, una mezcla de ambos– y de todas las edades, incluso podían ser como los invasores; con ellos no sólo se podían realizar actos sexuales sino que, si se quería, podían romperlos o hacer que se destruyan a sí mismos –una afición muy propagada entre los humanos–, de todas formas los BP eran desechados una vez usados, por ello eran solicitados con anticipación. Un joven que salía de allí, como tantos otros casi iguales a él, cayó al suelo poco después de un par de pasos; como si sus extremidades fuesen de tela quedaron en una posición absurda que hacía recordar a un títere olvidado, sus ojos seguían abiertos y la expresión de regocijo con la que había salido seguía perenne en su rostro. No tardó en llegar un robot LR (Last Rest), similar a un cubo flotante con brazos, que cargó al recién fallecido, lo introdujo dentro de sí y se marchó con gran rapidez, perdiéndose de vista; las personas no se inmutaron ante el cadáver, sólo se hacían a un lado para no pisarlo. Su vida es tan fugaz, se



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

dijo MT463321, mas a ninguno de los humanos pareció importarle.

Viendo la vida de esas personas sintió agudizarse el mal funcionamiento en su sistema, retrasando su reacción y casi provocando su choque contra un robot de transporte –modelo Friendly Hands– que pasaba por la calle, era una nave grande, que levitaba suavemente, unida a un tráiler lleno de robots MT destrozados; los daños parecían hechos en su mayoría por objetos contundentes, aunque una considerable parte tenía huellas de balas.

Trabajamos por la seguridad ciudadana, mas los ciudadanos no parecen representar un valor útil; incluso dan mal uso de nuestro servicio y los costes de pérdida de maquinaria en la ciudad podrían ser semejantes a las pérdidas fuera de ésta; perdiéndose en sus divagaciones, MT463321 avanzó tras el robot FH, hasta salir de la zona comercial y ver las grandes haciendas que conformaban el área residencial de la marca, muchas de las cuales estaban vacías pero a cada tanto había alguna que resonaba estruendosamente por la música repetitiva y en cuyas ventanas se veían luces de colores cambiantes, lo que hacía que pareciera también un museo. En las calles los robots modelo Humble Friends –robots de diferentes formas y tamaños, específicos para diversos usos domésticos– transitaban de un lado a otro, con prisa, ocupados en algún mandato de sus amos.

Su sistema seguía fallando, había perdido la noción del tiempo y de su entorno, dándole gran prioridad al trabajo lógico-inductivo, actividad para la que no había sido programado. Se encontró en el deshuesadero, al otro lado de la ciudad; allí los restos de cientos de miles de robots de diferentes modelos eran destrozados, reduciéndolos a metal para reciclaje, que sería usado para la fabricación de nuevas máquinas. Los robots reposaban en enormes fosas metálicas que se hundirían y terminarían por compactarlos a todos. Percibió movimiento en una de las fosas; era un robot BP –con figura de niño humano– que poco a poco se abrió camino hasta salir del montón de chatarra. Le faltaba el brazo izquierdo y el ojo derecho, a través de cual se veían los circuitos y las chispas saltaban fuera de la cuenca vacía. Antes que el BP pudiera salir de los desechos, un ruido mecánico anunció el inicio de la compactación. Su visor captó más movimiento en otras fosas; dubitativo trató de ubicar la central neurálgica del lugar; antes de que su análisis concluyese la mano del falso humano terminó de ser tragada y un fuerte crujido anunció el fin de cualquier robot activo.

Era necesario volver al taller, su programación estaba fallando, por poco paraliza el sistema de la ciudad, lo que podría haber generado problemas para los ciudadanos, deteniendo el continuo reciclaje y generando desorden en las calles por los robots inservibles que iban a ir acumulándose. Y lo que menos parecen querer es tener problemas. Dio media vuelta y se encaminó con el visor fijo en la



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

fábrica –junto a la cual estaba el taller–, el gran edificio plateado que se sostenía a lo lejos, del cual salían todos los robots. La producción de robots era el principal negocio de los humanos, cada uno de ellos era socio de la empresa desde su nacimiento; a pesar que hacía siglos que ningún humano trabajaba porque las máquinas lo hacían todo; hasta el manejo de la economía reposaba en circuitos mecánicos que permitía el disfrute por igual a todos los habitantes de los servicios y aseguraba que cada uno tuviese los fondos económicos necesarios para subsistir.

El metal chocando contra el metal llamó la atención de sus receptores; su sistema nuevamente contradecía su programación y se desvió de su camino a la fábrica –a la cual casi llegaba– para atender la causa de aquel sonido, el cual ya infería. A mano limpia, un robot HF –diseñado principalmente para trabajos de carga, por lo que se veía como un cubo con enormes brazos– se arrancaba la protección metálica revelando el sistema de engranajes, circuitos y palancas que le permitía funcionar; delante de él, un humano miraba curioso y divertido. Vamos, destruye, le decía y el robot, obediente, cogía sus cables para arrancárselos. Viendo esto se acercó a la escena, acelerando cada vez más, llegando a tiempo para detener la mano del robot HF a punto de autodestruirse.

—Servimos a los humanos. Velamos por la seguridad ciudadana ¿Pero para qué sirve? ¿En qué invertimos nuestra existencia? ¿En qué se malgasta el metal? —decía MT463321, en alto volumen, mientras forcejeaba con los brazos del otro robot, aún empeñado en destruirse; el humano lo miró atónito—. ¿Por qué mandan ustedes?

El hombre, viendo el negro brillante del visor del robot, sintió por vez primera un frío que emanaba de su pecho, un temblor que vencía sus fuerzas y una sensibilidad en la piel, capaz de hacerlo gritar con un roce.

—¡Ataquen a ese robot MT! Destruyanlo. A todo robot que me oiga, ¡Humano en peligro! ¡Destruyanlo! ¡Mátenlo! ¡Prioridad urgente!

Con el dedo índice en alto, el humano cayó presa del pánico, retrocedió arrastrándose, con el rostro deformado por el miedo, pese a que el motivo de su temor estaba siendo aplastado por decenas de robots que buscaban destruirlo.

El robot, al que había intentado salvar ahora, lo sujetaba fuerte, evitándole un posible escape; robots MT, que patrullaban, y HF, que habían estado de paso, se desviaron de su camino para obedecer la orden y eliminar la amenaza. MT463321 podía aún librarse de los robots aunque sus brazos se estaban sobre esforzando y los golpes abollaban su placa protectora, llegando a dañar circuitos internos. Finalmente, su sistema de repulsión magnético quedó inoperante y cayó al suelo bajo la horda de máquinas.



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

Mientras caía se escucharon varias explosiones a lo lejos y una última explosión a pocos metros de distancia: la fábrica volaba en pedazos y el fuego consumía sus restos. Figuras humanoides comenzaron a avanzar de entre las llamas y una conjunción de cientos de gritos resonó en el ambiente.

MT463321 pudo ver cómo esas personas, todas diferentes entre sí, avanzaban disparando a todo robot y humano que encontraban; el humano que antes le señalaba ahora yacía en el suelo con el cuerpo lleno de balas. Con su visor analizó los colores de piel y de cabello entre esas personas, encontrando semejanzas mínimas en 1 de cada 6. Alzaron sus armas y antes de disparar; a MT463321, de un puñetazo, el robot HF le aplastó la cabeza y con ella el procesador en mal estado.

© Julio Reyes Sosa

Julio Reyes, nacido en Perú en 1991. Es estudiante de pregrado de la carrera de Literatura en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Está comenzando como escritor, siendo la literatura fantástica y de ciencia ficción sus principales influencias. Publica en internet bajo el seudónimo de JARZ y ésta es su primera colaboración con una revista.



BASE PUNTA LIBERTAD

por Benjamin Kensey

Los humanos tienen el afán de colonizar los más diversos lugares. Ese hecho queda demostrado por las sucesivas colonizaciones que han sufrido los diversos hábitats de nuestra querida Tierra. Es posible que en el futuro colonicemos medios tan inhóspitos como el que describe este cuento.

En el sueño, Derrian se sintió parte de la noche gélida, parte de sus cielos sin aire, a muchas millas por encima de una base, simples motas de edificios en el blanco interminable. Podía distinguir la señal arañada de una cerca perimetral, que se veía como una delgada grieta en el hielo. Echó un vistazo hacia atrás y vio el majestuoso tapiz estelar del espacio a espaldas de él, alrededor de él. Muy por debajo, había lagos de metano que se agitaban hasta profundidades invisibles. Continuó cayendo y el borrón del horizonte hizo que la orilla de lago fuera tomando forma, acercándose cada vez más. Vio una línea de figuras oscuras alejándose de la base, dejando las cúpulas atrás, pasando la cerca. Una de las figuras estaba apartada, parada al lado de la antena de la radio. Mientras Derrian descendía cada vez más a esta vasta tierra congelada, vio que la figura estaba grabando algo sobre una de las patas de soporte de la antena, rascando algo con desesperación; apurado, escondido.

Derrian despertó, el sudor pegándole la única sábana a su espalda. Fuera, miró a Saturno, gigantesco en la ventana de babor, las señales de formidables fuerzas de mareas gravitatorias cinceladas por toda su voraginososa superficie.

Derrian cogió agarró el libro otra vez y leyó. Patricia, la comandante de la nave, estaba sentada enfrente de él en un sofá blanco brillante y escuchaba.

En 1590, dos años después de haber dejado a los colonizadores, el capitán John White ancló el HMS Sheerness en el puerto natural de la Isla Roanoke, a doscientos ochenta y un kilómetros de Jamestown. Cuando trepó con gran esfuerzo a tierra, entre las apacibles olas del Océano Atlántico, supo al instante que algo andaba mal. No había señal alguna de gente: 115 adultos y niños simplemente se habían desvanecido en el aire desaparecido por completo; colonizadores a quienes el mismo White había llevado a estas costas en 1587. La desaparición de la colonia de la Isla Roanoke sigue siendo uno



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

de los misterios más pasmosos de la era de la exploración y del descubrimiento.

Derrian levantó la vista hacia Patricia, aguardando una respuesta a un relato que ella ya había escuchado dos veces antes a bordo de la Iris Dependable.

—¿Por qué sigues leyendo esa basura, Derrian?

La mujer se levantó del sofá, pero mantuvo la mirada sobre él. Derrian no le prestó atención; sus ojos, en cambio corrieron a su parte favorita, la parte que él sabía invadía los sueños de Patricia y los de él.

Al explorar el emplazamiento de la Isla Roanoke, White y sus hombres quedaron horrorizados al descubrir la palabra croatoan grabada en un árbol cerca de la orilla. Otro árbol cercano mostraba sólo las cuatro primeras letras de la misma palabra, su autor evidentemente interrumpido en medio de la apresurada tarea. White sabía que los croatoanos eran una tribu de indígenas salvajes y caníbales que vivían en tierra firme, una tribu que ya había demostrado un deseo sanguinario por la carne de los colonos muchos años atrás.

Patricia hizo ademán de dejar la sala de reuniones sociales de la tripulación.

—Yo sé que tienes los mismos sueños, Patricia —dijo Derrian—. Lo has dicho sin darte cuenta mientras dormías. Sé que los ves, a los de Punta Libertad, cuando sueñas.

Patricia se fue, con rápidas zancadas defensivas, sin más palabras. Derrian dejó el libro Colonias Perdidas a un lado y se quedó contemplando la vasta extensión del espacio, donde colgaba Saturno. Dentro de dos días, Titán saldría desde detrás de su planeta madre y se les mostraría.

La Iris Dependable era, en esencia, una misión de salvamento, destinada a Titán para averiguar qué podía haber pasado a los colonizadores de en la base de Punta Libertad y recuperar lo que pudieran. Patricia, como jefe y responsable de la moral del equipo, se aferraba a la débil esperanza de que todavía había un elemento de rescate en la misión.

Derrian estaba a bordo como miembro del ejército estadounidense, una presencia sobre la que los demás cuchicheaban. Simon era un neoyorkino silencioso y totalmente calvo que por lo general sólo hablaba cuando le hablaban, especializado en bio-formas, especialmente en bio-formas alienígenas. La NASA



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

estaba cubriendo todas las bases en esta misión. Completando la dotación humana de la Iris Dependable estaba Duke, un arquetípico tejano sarcástico que era piloto de la nave y cínico profesional.

Esa noche, como lo habían hecho cada noche de la semana desde que salieran del estasis, los cuatro a bordo de la Iris Dependable cenaron juntos, discutiendo sobre todo lo que sabían y no sabían sobre la pérdida de contacto con Punta Libertad en Titán casi tres años atrás. Duke era el más pesimista en la mesa y fue el primero en empezar el ritual nocturno.

—Le dije a mi esposa esta tarde: Querida, éste es un viaje de dos años para visitar algunos muertos.

El comentario pasó sin réplica. Patricia habló.

—Veremos Titán el viernes: entonces podremos echarle una mirada más de cerca y ver a qué nos estamos enfrentando. ¿De acuerdo, Derrian?

Derrian asintió distraído mientras continuaba engullendo el arroz y las verduras insípidas de su plato de papel.

Duke habló otra vez.

—Patty, admiro tu optimismo infundado, ¡sí, señor!. El único resultado posible es que fue algo catastrófico. Éste es el más colosal desperdicio de dinero de la Agencia del que alguna vez he tenido la desgracia de ser parte.

—Escucha, Duke —dijo ella, cortante y blandiendo un tenedor hacia él—. Éste no es un maldito experimento científico que sale mal y simplemente apagamos las luces del laboratorio y nos vamos a casa. Esta colonia pasó ocho años viviendo y trabajando en conjunto. Fueron reabastecidos, y cincuenta nuevos colonizadores se sumaron a la base. Hubo incluso dos partos. Esto era, es, una colonia de setenta personas que vive y respira. ¿Y tú piensas que estamos perdiendo el tiempo?

—Patty, lo siento. Sólo pienso que lo que tenemos es un caso de algo muy malo que ocurrió muy repentinamente. Seis meses después de que la nave de reabastecimiento llegara, la colonia simplemente se quedó en silencio. Ninguna indicación de alarma, ninguna advertencia. Eso me dice, sin la menor duda, que nos estamos enfrentando con una posible hipótesis de catástrofe ... impacto, motín, reductores de cabezas. No sé.

En el comedor había un silencio tenso así que Duke continuó.

—Están muertos, Patty. ¿Sabes qué creo que ocurrió? Algún tonto dejó caer un fósforo en uno de esos lagos de metano. ¡Bum!



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

A Duke le gustó esa posibilidad; rió estentóreamente festejando su broma y algunos granos de arroz volaron de su boca, aterrizando pegajosos en medio de la mesa de vidrio. Derrian se aclaró la garganta para llamar la atención.

—Nuestra misión es comprobar lo que ocurrió en Titán. No nos estaremos poniendo en peligro, Duke. La sonda que lo sobrevoló hace un año mostró que las cúpulas estaban intactas y no hay razón para creer que las cosas hubieran cambiado. No había pruebas de ningún impacto ni explosión. Ése es nuestro punto de partida. Si algo catastrófico ocurrió como dices, no involucró la base misma.

Si, silencioso durante toda la cena, se limpió la boca con su la servilleta.

—Anoche soñé con ellos —dijo a nadie en particular, mirando fijamente su plato—: todos se fueron. Simplemente se fueron caminando hacia el yermo.

El atardecer siguiente, Derrian encontró a Duke arriba, en el puente. Como piloto, a Duke frecuentemente le gustaba pasar el rato, como solía decir, donde estaba la acción. Era tarde: casi las 2 de la madrugada en tiempo de la nave. Cuando Derrian entró en el puente, carraspeó para que Duke supiera que estaba ahí.

—¡Eh, soldado! ¿Qué estás haciendo levantado tan tarde? —preguntó Duke.

—Lo mismo que todos. No he podido dormir mucho desde el estasis.

Duke soltó una fuerte carcajada.

—Sí, dormir durante un año y medio le hace eso a la gente.

Derrian fue y se sentó en lo que todavía era llamado el asiento del copiloto, un recuerdo de los viejos días de la aviación de hacía siglos. Se giró hacia Duke, que estaba contemplando Saturno. Titán todavía era invisible detrás de su colosal madrepero sabían que estaba ahí, tentadoramente cerca de volverse visible, grado a grado, minuto a minuto. Duke miraba como si hubiera estado meditando.

—¿Estás bien, Duke? ¿Quieres estar solo?

—Eres es un tipo listo, Derrian. ¿Por qué estamos todos teniendo el mismo sueño? —preguntó Duke sin quitar los ojos del gigante gaseoso que se cernía, enorme, en la ventana delantera, sus anillos casi de borde, de filo cortando a través del velo negro que la nave tenía frente a sí.



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

Derrian se movió inquieto en su asiento y abrió la boca dos veces para responder; al final se dio por vencido.

—Sigo pensando sobre todo eso —dijo Duke—, sobre lo que Simon dijo en la cena de anoche, ya sabes, sobre su sueño. Sé que Patricia y tú han tenido más o menos el mismo, y yo también.

—¿Cuándo?

—Anoche. Patty me dijo que tú habías soñado que encontrabas algún mensaje escrito por los colonizadores antes de que huyeran o que fueran ahuyentados. Algo así, ¿no?

Derrian asintió con la cabeza.

—Yo lo tuve también. Vi a los colonizadores salir de la base, exactamente como Simon dijo. Estaban siendo expulsados; no tenían elección. Pero uno estaba apartado, cerca de una viga, o una cerca, o algo, escribiendo sobre el metal. Lo vi claro como te veo ahora. Sentí impotencia, una fuerza, una presencia mucho más grande que ellos, que todo esto. —Recorrió el puente con la mirada.

—Duke, yo no le daría demasiada importancia a eso. La gente ha compartido sueños todo el tiempo. Hemos hablado de estos sueños en esta nave en más de una ocasión, así que es natural que hayan influido en lo que soñaste, ¿no crees?

—Ajá —dijo Duke.

—No pareces convencido.

—¿Por qué estás tan fascinado por ese libro de historia que no dejas de leer, ya sabes, el de la historia de la colonia en Jamestown?

—Era el asentamiento en la Isla Roanoke. Me topé con la historia en West Point; la encontré fascinante. La historia es realmente cíclica, ¿sabes?. Encuentras cosas que se repiten, personas que reaccionan, que actúan comportándose del mismo modo, así que pensé que un estudio de las primeras colonias sería una buena lectura para este viaje. ¡Preparativos para un viaje de estudio, podrías decir!

—¿Crees que tenemos otra Isla Roanoke en nuestras manos, Coronel?

—Pues, realmente no lo creo.

Duke sonrió.

—Ahora es tu turno para sonar poco convincente.



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

Los dos colegas permanecieron sin hablar durante algunos minutos. El murmullo bajo del vasto equipo electrónico sobre el puente les hacía compañía. El puente era un destino popular para los cuatro tripulantes de la Iris Dependable, al brindarles, como lo hacía, las vistas más amplias y más despejadas del océano espacial que tenían delante de ellos. A través de las ventanas de diez centímetros de grosor, decenas de miles de estrellas, galaxias, nebulosas, supernovas y toda otra manifestación de un vibrante universo eran plenamente visibles, puestas allí para que la tripulación disfrutara viéndolas.

—Déjame contarte dos cosas que me pasaron cuando tenía catorce años, Derrian —dijo Duke al final.

—Creciste en Houston, ¿verdad?

—Sí. Una vez recibí un tiro en la pierna. El tipo era un verdadero cabrón, sin ninguna duda. Me apuntó con aquella arma mientras yo estaba sobre la acera, mientras la sangre me salía a borbotones. Dije mis oraciones, todas. Pensé que estaba frito. Pero él simplemente se volvió y se alejó.

—¿De qué se trataba eso?

—Oh, cuestiones territoriales insignificantes. De todos modos, aproximadamente cuatro meses después, algunos amigos míos me llevaron al desierto. Debí de haber estado a unos dieciséis kilómetros fuera de los límites de la ciudad. Estaba con los ojos vendados, me hicieron girar sobre mí hasta marearme para pasar un buen rato y me dejaron.

—Con amigos así...

—¡Sí, no bromeo! Ni siquiera puedo recordar por qué fue, alguna tonta iniciación, creo. Como fuere, estaba lejos, en el desierto, en medio de la maldita noche; regresé a casa alrededor de las diez de la mañana cuando pude ver por dónde estaba caminando. Mamá me dio un tortazo que dolió más que esa bala, créeme.

Duke se rió un poco para sí del recuerdo. Derrian, poco seguro de lo que Duke estaba tratando de exponer, no dijo nada.

—Derrian, estar en la oscuridad y solo: eso es lo que más me asusta de esta misión. Somos cuatro y estamos tan lejos de casa como es posible estar. Tú sabes, y yo sé, que no vamos a encontrar vivos a esos pobres tontos, pero bien podríamos encontrar lo que acabó con ellos. ¿Por qué piensas que Simon, nuestro propio Sr. Biología Extraterrestre, está a bordo con nosotros?

»Cuando estaba en ese desierto, oí cosas que me me volvieron loco de terror hasta los huesos. No supe qué eran ni qué querían hacerme. Es lo



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

desconocido, Derrian. Lo desconocido y el aislamiento. Mucho más temible que algún imbécil que te apunta con un arma.

Derrian fue a dormir y soñó otra vez con el desierto congelado de Titán, un incesante vendaval ártico que soplab a ciento sesenta kilómetros por hora por la superficie, desbastando con cristales de hielo todo lo que tocaban, como si fueran papel de lija extraterrestre triturando cristales de hielo contra todo lo que tocaba. En su ensoñación, sus oídos buscaban por todas partes, en el invernial rugido, algo que estuviera fuera de lugar, algún sonido que se destacara. Sabía que estaba allí, una especie de sonido de marcha lenta y pesada o quizá de algo que era arrastrado, no natural ni constante, pero estaba allí a pesar de todo, a su izquierda y en lo profundo de la oscuridad. Sus débiles oídos humanos no podían aislar ni amplificar lo que eso era y que siempre permanecía como un irreconocible espejismo de sonido, ahí en la inmensidad, algo que podía ser explicado fácilmente o ignorado.

Un día después, Titán surgió suntuoso a la vista sobre el borde de Saturno; Derrian pasó una hora tan sólo mirando con fijeza su trayectoria, observando su agitada atmósfera y preguntándose qué podía estar ocurriendo, qué podía haber ocurrido bajo esa niebla impenetrable. Derrian sabía que la misión no era de rescate. Se lo había dicho incluso antes de partir. Se trataba de reunir evidencias, un plan que en teoría parecía grandioso pero que ahora, en órbita y a dos años de su familia, sonaba a locura.

Al final del día, Simon había apuntado sus dispositivos bioexploradores más avanzados a Titán. Nada. Ni un solo punto de calor, ni una solitaria emisión, señal o vibración.

—Es como estar mirando hacia el vacío congelado del espacio mismo —le dijo a Patricia.

—Preparémonos para el descenso, ¿de acuerdo?

Tres de ellos darían la vertiginosa caída a la superficie a través de la densa atmósfera. Patricia se quedaría a bordo de la Iris Dependable y vigilaría las cosas desde arriba, dejando que el piloto, el soldado y el biólogo constituyeran la vanguardia de su misión a la silenciosa base.

La unidad de aterrizaje de la nave era una confiable reliquia del siglo XXII, una veterana de la colonia de Marte y con más de cincuenta viajes a las bases



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

lunares. En las manos cualificadas de Duke era una dócil cabalgadura que corcoveaba a través del abrasante reingreso y que luego al seno de los remolinos de la estratósfera, visibilidad cero. Las estrellas de los sueños de todos habían desaparecido, ocultas por kilómetros de neblina amarilla y nebulosa. Sujeto al asiento, Derrian echó un vistazo por la portilla de estribor mientras, se inclinaban abruptamente y alcanzó a discernir Punta Libertad por primera vez: las tres pequeñas cúpulas con el gran bloque de alojamiento apenas visibles a través de las hileras de nube de nitrógeno y etano.

Algunos minutos más tarde, captaron otra visión de la base, aislada en un océano de suelo congelado, blanco por arriba, por abajo y todo alrededor, una diminuta llama de civilización rodeada por una tundra salvaje

Duke los hizo descender sobre una plataforma de roca plana a unos cincuenta metros de la cerca perimetral; una primitiva barrera para un peligro inexistente, pensó Derrian mientras las patas elásticas hacían contacto firme con el suelo, emitiendo un ruido sordo. Duke fue el primero en salir del módulo de aterrizaje y miró la extraña superficie.

—¡Válgame Dios! ¡Eso es agua helada! —llegó su voz, crepitando en los auriculares de los demás mientras se reunían con él.

Los tres miraron alrededor. Derrian había tenido unas gafas amarillas cuando era un niño, y al mirar el paisaje que rodeaba Punta Libertad le hizo recordar esos veranos, ese par de veranos de su infancia en Virginia, que pasara entre esos campos y bosques de color mostaza. La base estaba sobre una ligera elevación y la orilla del lago de metano más cercano era visible a unos tres o cinco kilómetros. En esta luz era difícil saberlo.

—Vayamos hacia el bloque de alojamiento —dijo Duke.

Empezaron a caminar hacia donde los colonizadores vivían... o habían vivido. Había diez bloques, que parecían contenedores para transporte marítimo, que habían sido ensamblados aquí, en Titán, y fijados con pernos para formar un edificio de dos plantas. Sobre el techo, unos grandes bancos de placas solares estaban dispuestos como soldados, todos cuadrados en atención y mirando hacia los lagos de metano, señalando hacia donde había estado el sol la última vez que los generadores de Punta Libertad estuvieron funcionando. Un reloj parado.

—Muchachos.

Era la voz de Patricia y todos se detuvieron en seco.

—Hay una gran tormenta que se dirige hacia ustedes. Desde la dirección de los lagos. Lo siento. Apareció de la nada.



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

Era invierno en el hemisferio sur de Titán, donde estaba ubicada Punta Libertad, y ellos sabían que las tormentas podían aparecer súbitamente y durar días.

—Gracias, Patty —respondió Duke—. Volveremos al módulo si se pone feo.

—Los inviernos duran siete años aquí —dijo Derrian—. Eso tiene que ser duro.

—Sólo agradece que hubiéramos llegado durante el día —respondió Simon—. En cuanto oscurece aquí, tienes que esperar dos semanas a que aparezca la mañana.

Los tres completaron una vuelta entera al bloque de alojamiento y comprobaron la cerca perimetral. Punta Libertad era diminuta, una mancha de terreno de unos setenta y cuatro metros cuadrados. Confirmaron que la cerca perimetral estaba intacta y que todas las puertas que daban acceso a las cúpulas y al bloque de habitaciones estaban cerradas. Lo estaban. No había ninguna señal de forzamiento de entrada, de escape apresurado o de impacto. La base parecía estar como cuando la erigieron.

Para esos momentos vieron la nube baja que rodaba hacia ellos como una gigantesca tormenta de polvo. Los lagos de metano eran invisibles, la marea amarilla se dirigía hacia ellos.

—Regresemos al módulo —dijo Duke.

Fueron a grandes trancos hacia la salida del recinto, pero era demasiado tarde: la tormenta casi estaba sobre ellos.

—Oh, estamos regiamente jodidos —gritó Duke, su voz siseaba en los oídos de Derrian y Simon.

Cuando llegaron a la entrada de Punta Libertad, la tormenta los alcanzó. Vientos poderosos los golpearon con dureza y todos se agacharon en el suelo.

—¡No puedo ver nada! —aulló Derrian, tratando de hacerse escuchar por encima del rugido del viento. El viento le había hecho girar y ya no estaba seguro de hacia dónde estaba mirando.

Ni Simon ni Duke respondieron, y Derrian miró a través de la niebla amarilla en la dirección donde los había visto por última vez, pero no pudo distinguir nada. Echó un vistazo a los biosensores de sus compañeros que llevaba sobre el antebrazo. Mostraban signos vitales normales, latidos de corazón un poco rápidos, que era lo que se debía esperar. Sabía que estaba precisamente dentro



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

de la cerca perimetral y avanzó a trompicones, las manos extendidas frente a él de manera lastimosa. Derrian conocía Punta Libertad como la palma de su mano; al haber sido adiestrado durante dos meses sobre un modelo a escala natural, pero nunca lo habían puesto en una tormenta de arena.

—¡Patricia!

Derrian oyó un par de chirridos y zumbidos agudos por la radio, pero no a Patricia. Probablemente ella estaba del otro lado de Titán, pensó. Giró trescientos sesenta grados y vio que había un vacío amarillo todo a su alrededor que lo rodeaba por completo. Derrian recordó el relato de Duke de hacía unas noches: el aislamiento sofocante de estar solo, sepultado en esta oscuridad amarilla tal como lo estaba él. El viento seguía dificultándole ponerse de pie, de modo que se mantuvo abajo. Sabía que Simon y Duke estaban a sólo unos metros de distancia, pero se sentía a años-luz de ambos.

Se dirigió hacia donde pensaba que estaba la antena. En sus auriculares oyó las sílabas confusas de alguien que gritaba. Hubo un grito amortiguado. Fuera quien hubiese sido, se lo oía como si estuviera bramando a través de mil millas de ventisca.

—Por favor, repita. ¿Simon? ¿Duke? Hablen, por favor.

Derrian empezó a ponerse nervioso. Tanto las palpitations de los corazones de Duke y Simon se habían desbocado, de acuerdo con sus biosensores. El brazo derecho de Derrian, palpando desesperadamente el vacío enfrente de él como lo haría un ciego, chocó con algo sólido. Era un poste de la cerca, quizás. Apenas se podía ver el extremo del brazo y encendió la luz de su casco. Su mano estaba descansando sobre la pata inclinada de soporte de la antena, la estructura de acero traída desde mil millones de millas en la bodega de la *Mayflower Three*, una década atrás, y desplegada a partir de su forma de bandoneón aquí sobre este áspero mundo. Derrian pasó su mano gruesa, enguantada sobre los suaves remaches embutidos y consiguió ponerse de pie, apoyándose sobre la antena para resistir los furiosos vendavales que todavía estaban soplando, haciendo todo lo posible por voltearlo.

En sus oídos no recibía nada más que interferencias y silbidos, de modo que apagó su radio y escuchó. Venía, más claro ahora desde afuera, el sonido de las continuas ráfagas de aire de una tormenta invernal de Titán. Tenía que hacer algo, encontrar a los otros, tratar de regresar al módulo por lo menos, pero no tenía idea de en qué dirección estaba.

Cuando estaba tratando de averiguar imaginarse dónde se hallaba el módulo, oyó algo delante de él, a sólo unos metros. Miró más allá de la pata de la antena, adentro de la sólida pared amarilla. Allí estaba otra vez. Sonaba como si alguien



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

arrastrara algo. Encendió su radio y gritó.

—¡Hey! ¡Simon! ¡Duke! ¡Soy Derrian! Estoy junto a la antena. ¿Dónde están, muchachos?

Dentro de su casco se sentía sofocado. Derrian estaba usando su suministro de oxígeno demasiado rápido y se escuchaba un sonido de advertencia apenas más allá de su horizonte de atención. Era consciente de que estaba mostrando señales de pánico. Miró su brazo izquierdo otra vez. Los biosensores de Simon estaban mostrando una línea horizontal, los de Duke estaban más allá de los límites. Miró los suyos... su corazón latía a 210.

—Tengo que recuperar el control —dijo en voz alta, feliz de escuchar una voz familiar dentro del caldero de su casco.

En su radio oyó algo que sabía que no era humano. ¿Había sido nada más que una ráfaga rara de interferencia, al funcionar con deficiencias las radios del grupo en esta perturbación atmosférica? Incluso mientras Derrian lo hacía, sabía que estaba tratando de explicar algo que no había comprendido. Se agarró a la antena. No podía quedarse aquí. Tenía que moverse. Tenía que alcanzar a los otros, averiguar por qué los sensores de Simon estaban funcionando mal. Tenía que obligarse a salir de allí a, nadar en esa nube donde sus sentidos le serían de muy poca utilidad, donde tendría que atreverse y avanzar a puro instinto y corazonadas e intentarlo con corazón e instinto.

Derrian tenía la extrañísima sensación de que estaba rodeado no sólo por nubes frías y vientos severos sino también por otros. Otros que lo estaban observando luchar. Como un nadador que se aleja del bote, se forzó a dejar la seguridad metálica de la pata de la antena detrás de él, sus brazos nadando lentamente a través de la sopa amarilla. Sintió como si estuviera cayendo, la red de protección faltando por completo. Había dejado el borde.

Por delante de él apareció una figura oscura y Derrian se congeló. Era otra pata de la antena. Sabía ahora que el módulo estaba a unos cincuenta metros desde donde él estaba. Una vez a bordo, estaba seguro, se dijo. A cincuenta metros de la seguridad, de la vida.

Dio tres pasos y cayó contra el inquebrantable acero, al que abrazó fuertemente apretándolo casi con alivio. Ésta era la esquina de la antena más cercana a la puerta de la base, estaba seguro. Estaba regresando en la dirección correcta. Agachándose para resistir las temibles rachas de viento, desplazó hacia arriba el nebuloso rayo de luz de su casco, a lo largo del lado ancho de la pata de soporte. Allí, a unos sesenta centímetros por encima de él, raspadas en el metal en desiguales letras mayúsculas, probablemente con un clavo o un tornillo, había un simple mensaje:



VINIERON EN LA TORMENTA.

© Benjamin Kensey

Benjamin Kensey es un autor de Londres, R.U., de 40 años de edad. Vive con sus perros y sus libros en una casa casi tan vieja como él. Hace muy poco tiempo que se dedica a escribir ficción y está ocupado en recuperar el tiempo perdido. Aunque prueba a menudo su habilidad como escritor sin género, encuentra con frecuencia el camino de regreso a la ciencia ficción. Benjamin tiene previsto publicar cuentos para este año en la Lowestoft Chronicle y en la 100ª antología de Lightnings.



LA ÚLTIMA ESPERANZA

por José Carlos Canalda Cámara

Nuestros mayores son nuestros maestros, de ellos dependemos para iniciar nuestro aprendizaje, socializarnos e integrarnos en la vida productiva. Para ciertos procesos educativos necesitamos personal educativo especializado. Ésta es la historia de una época futura en la que se intuye ese proceso de especialización.

— **Y** Aníbal, al que su padre de niño le había hecho jurar odio eterno a los romanos, cruzó los Alpes con un gran ejército y con elefantes buscando conquistar Roma y destruir el poderío de sus enemigos.

—¿Qué son los Alpes?

—¿Cómo eran los elefantes?

—¿Dónde está Roma?

Ante tal avalancha de preguntas lanzada por su infantil auditorio, el anciano se interrumpió impotente sin saber cómo seguir adelante. El problema no era nuevo sino, muy al contrario, completamente habitual; pero a pesar de ello, jamás había conseguido adaptarse a tan incómoda situación temiéndose además, no sin razón, que tal inconveniente no tuviera la menor solución.

Empero no era éste el problema principal sino el que acto seguido asomó puntualmente en el tabuco en la figura de la irritada persona de Ramón, su quisquilloso vecino que ejercía las funciones de jefe de barrio por mandato del consejo del poblado.

—¿Ya estás distrayendo otra vez a los chicos con tus tonterías? —fue el avinagrado saludo— ¿Cuántas veces te he dicho que dediques tu tiempo en cosas más útiles para la comunidad?

—Te he repetido mil veces que la cultura es tan importante como cualquier otra cosa de esas que a ti tanto te gustan. —respondió con dignidad al tiempo que veía cómo sus discípulos se escabullían alborotadamente huyendo de un más que probable castigo— Aún más, te diría que la cultura es fundamental para la recuperación de la que tanto hablas, por mucho que a ti te disguste.

—Bobadas —gruñó el energúmeno—. Estupideces que distraen a los muchachos llenándoles la cabeza de cosas inútiles al tiempo que olvidan las tareas necesarias para ellos y para todos.



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

—Tú no eres quien para opinar sobre este tema. De todos es sabido que...

—Me importa un comino todo aquello que no sirva para el bien común —le interrumpió el censor—. Es precisamente para defender esto por lo que el consejo me eligió jefe de barrio; y te aseguro que lo voy a hacer te guste o no —concluyó amenazadoramente.

—¿Cómo te vas a arreglar para impedirlo? —la lucha estaba ya más que asegurada.

—Prohibiéndote terminantemente que vuelvas a molestar a los muchachos. Bastante tenemos con mantener a un charlatán improductivo como tú para que además consintamos que vayas haciendo vagos por ahí.

Ante tan descarnado insulto, el anciano enrojeció vivamente más por la indignación que por la vergüenza que hubiera podido sentir. Sin embargo, era plenamente consciente de lo inseguro de su posición, por lo que optó por bajar la vista al suelo callando una vez más.

—Recuérdalo —le amenazó ominosamente su rival antes de desaparecer por el orificio que hacía las funciones de puerta—; si sigues insistiendo en tus tonterías, acabarás teniendo problemas.

La tormenta había amainado momentáneamente, pero el peligro se mantenía latente a modo de espada de Damocles presta a caer sobre su indefensa cabeza. Él lo sabía, y le preocupaba, mas no lo temía; al menos, no demasiado. Encogiéndose filosóficamente de hombros, hurgó en su morral sacando del interior del mismo la tosca flauta que tanto trabajo le costara tallar y que ahora constituía una de sus más preciadas pertenencias; y, tras respirar profundamente en un intento de calmar el desbocado ritmo de su alterado corazón, se llevó finalmente el instrumento a los labios comenzando a tañer una olvidada melodía cuyos melancólicos acordes compusiera hacía ya muchos años el asimismo olvidado Sibelius. La música, uno de los pocos placeres que todavía le quedaban, tenía la virtud de tranquilizarle y esto era precisamente de lo que más necesitado estaba en ese preciso momento.

Había perdido completamente la noción del tiempo, enfrascado como estaba en su música, cuando un movimiento fugaz en el límite de su campo visual le hizo interrumpir bruscamente la melodía.

El responsable de la alteración, por su parte, optó por escaparse de la manera más sigilosa posible, mas no sin que antes él pudiera identificarlo rápidamente.

—¡Andrés! —gritó— ¡Ven aquí!

El tono de su voz era imperioso, pero al mismo tiempo rebosaba emoción y así



debió de entenderlo el aludido ya que, habiendo desaparecido en el corredor, se volvió sobre sus pasos retornando con timidez, pero resueltamente, al cuartucho donde el anciano músico tenía su humilde morada. Era Andrés un muchacho de alrededor de trece o catorce años de edad, de complexión frágil y enfermiza y una expresión ausente en su mirada que denotaba bien a las claras las penalidades que a pesar de lo corto de su edad se había visto forzado a sufrir, circunstancia ésta por lo demás muy común en aquellos tristes años en los que un pequeño puñado de desamparados supervivientes intentaba salir adelante entre las cenizas y las ruinas del torturado y moribundo planeta. Era también Andrés su principal discípulo —hermosa palabra ésta, carente ya prácticamente de sentido en la nueva sociedad— merced en parte a su desbordado afán de conocimientos, en parte porque su procedencia le había impedido integrarse de una manera plena en la cerrada sociedad de la que formaba parte.

Y es que Andrés, recogido casi un año antes tras haber huido de una comunidad vecina y rival, continuaba siendo un extraño mitad a causa de su origen, mitad debido a su carácter huidizo y retraído. Puesto que además la debilidad de su cuerpo le incapacitaba en la práctica para realizar la mayor parte de los trabajos comunes del poblado, Andrés pasaba por ser, para la mayor parte de sus compañeros y en especial para los muchachos de su edad, únicamente un inútil mantenido tan sólo por caridad, cuestión ésta realmente grave en el seno de una sociedad cuya principal tarea cotidiana no era otra que la pura y simple lucha por la supervivencia.

—Un inútil —pensó tristemente el anciano—. Exactamente igual que yo.

—¿Qué quieres, Andrés? —preguntó tiernamente al rapazuelo.

—Disculpa, maestro —se excusó éste mirando sumisamente al suelo—. Oí la música y me acerqué para poder escucharla mejor. Lamento mucho haberte interrumpido.

—No te preocupes, hijo. —le sonrió con amargura— Me alegra que te guste la música; desgraciadamente, no se trata de una afición que esté muy extendida en nuestros días.

—Dime maestro, ¿qué era lo que tocabas? —desaparecida su inicial timidez, el niño mostraba ahora una faz radiante que hubiera sorprendido enormemente a todos aquellos que estuvieran acostumbrados a contemplar su habitualmente taciturna expresión.

—Oh, muchacho, ¿qué importancia tiene eso? Los músicos están todos muertos y la música que compusieron está también muerta en estos tiempos malditos. Nada queda ya de todo ello, sino el pálido recuerdo de unos pocos viejos cercanos ya al fin de sus días.



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

—Pero no está muerta del todo, puesto que tú la tocas.

—Yo... —balbuceó sintiendo desgarrarse algo en su interior— Yo sólo soy capaz de esbozar una mísera sombra de todas estas maravillas perdidas.

—Pero maestro —protestó Andrés sentándose a su vera—; tú sabes que a mí me gusta oír tus historias. ¡Cuéntamelas! —imploró.

—Está bien —accedió al fin—. Era un fragmento de la segunda sinfonía de Sibelius, un músico finlandés que murió hace ya muchos años.

—¿Finlandés?

—Sí, de Finlandia; un antiguo país muy lejano situado cerca del polo norte, un país de hielos y nieves, de bosques y lagos. Pero esto carece ya de importancia.

—¿Por qué no tocas de nuevo? —insistió el joven viendo satisfecha su curiosidad— Me gusta oírte tocar.

—Como quieras —concedió el anciano—. ¿Qué quieres escuchar?

—Lo que tú prefieras; ya sabes que me gusta todo.

—Sonriendo de nuevo se acercó la flauta a los labios comenzando a desgranar, tras un leve titubeo, las lánguidas notas del otrora famoso adagio del concierto para oboe de Marcello, una obra ciertamente apropiada para el estado de ánimo que le embargaba. Andrés, por su parte, escuchaba absorto y con la mirada perdida mientras el suave sol del ocaso arrancaba cárdenos destellos a los cristales que protegían la solitaria ventana. Un día más, triste y amargo como todos, se extinguía mansamente en aquella tierra maldita.

La luz del sol, penetrando con impudicia en su modesto refugio, le arrancó del sueño devolviéndole de nuevo a la dura realidad cotidiana. Una vez salvados los momentos de estupor que acompañan al despertar, recordó bruscamente que la noche anterior no se había acostado... Lo que pudo comprobar sin más que mirar a su entorno. Efectivamente, no se había retirado a la alcoba que constituía la otra pieza de su pequeño habitáculo sino que, sin darse cuenta, se había quedado dormido mientras tocaba y charlaba con su pequeño amigo, el cual dormía como un bendito hecho un ovillo a sus pies.

Ahora recordaba cómo ambos habían rehusado retirarse a dormir prefiriendo compartir las tristes migajas que el anciano era capaz de rememorar de la



esplendorosa cultura que había desaparecido para siempre; y recordaba también cómo su tosca flauta había recreado para el absorto muchacho toda una serie de melodías olvidadas que al pobre Andrés tenían por fuerza que sonarle a música celestial. Habían hablado también, y mucho además, aprovechando los intervalos de descanso que sus fatigados pulmones imponían al anciano, merced a los cuales volvieron a resurgir, siquiera fugazmente, las glorias pasadas de extintos imperios así como las hazañas marchitas de los grandes artistas, los esforzados científicos o los poderosos gobernantes.

Por su boca había sabido Andrés, al igual que lo hiciera en anteriores ocasiones, cómo el hombre había conquistado la Luna, vencido a las enfermedades y explorado los rincones más recónditos del planeta; gracias a él tuvo noticia el muchacho de guerras pavorosas y de increíbles maravillas científicas, mientras las minuciosas descripciones de cuadros, estatuas o edificios convertidos en polvo impalpable o en ruinas informes alternaban con los relatos de astronomía, zoología, historia o mitología. Era éste todo un mundo para Andrés, fascinante e irreal por cuanto tenía de inalcanzable, pero sin ningún género de dudas infinitamente más subyugador que la prosaica y hostil realidad cotidiana.

Mas si bien sus espíritus podían aspirar a ser infatigables, no ocurría lo mismo con sus debilitados organismos que, mucho menos resistentes, acabaron reclamando inflexiblemente sus derechos; y así, por mucho que el anciano ansiara comunicar a alguien sus marchitos conocimientos, y por mucho que la mente infantil se mostrara ávida por recibirlos, la naturaleza acabó imponiendo finalmente sus tiránicas leyes haciéndoles caer rendidos en ese sueño contra el que ambos lucharon pero que resultó pese a todo imprescindible para sus fatigados cuerpos.

Una sombra de temor cruzó fugazmente por su mente cuando unos discretos golpes en la desvencijada puerta le trajeron a la memoria la ominosa figura del energúmeno y su explícita amenaza; pero la calma volvió a anidar en su cuerpo cuando recordó que el zafio Ramón jamás se hubiera molestado en llamar de esta forma. Se trataba, pues, de algún otro visitante sin duda animado de intenciones menos belicosas o, tan siquiera, más civilizadas; no obstante la experiencia le recomendaba ser prudente, por lo que procedió a despertar suavemente al adormilado muchacho recomendándole silencio al tiempo que le conducía a la habitación interior de la casa, cuya puerta cerró con cuidado antes de abrir finalmente a su inesperado visitante.

Éste era un anciano de aproximadamente su misma edad y expresión franca y bonachona que contrastaba vivamente con su digno y distante porte; una persona, en suma, que inspiraba confianza a primera vista. Se trataba de José, uno de los miembros del consejo de ancianos y uno de los pocos adultos de la comunidad que podía ser considerado, si no como amigo suyo, que de éstos no



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

tenía ninguno, sí cuanto menos respetuoso con su postura. Y, cuanto menos, ambos se apreciaban mutuamente, lo que no era ya poco.

—Hola, José —saludó—. ¿Qué te trae por aquí?

—Vengo a hablar contigo. —Respondió plácidamente su interlocutor sin dejar entrever los motivos de la inesperada visita— ¿Puedo pasar?

—Oh, sí, por supuesto —respondió turbado el anciano—. Ven y siéntate conmigo.

—¿Estás solo? —preguntó el visitante recorriendo con la mirada la pequeña estancia— ¿Completamente solo?

—Sí, claro —su turbación era ya palpable—. ¿Con quién iba a estar a estas horas de la mañana, cuando me acabo de levantar y estoy todavía en ayunas?

—¿Seguro? —insistió con sorna su inquisidor vivamente interesado, al parecer, en las arrugadas ropas y el desaseado aspecto del propietario de la vivienda— ¿No tendrás algún rapazuelo escondido en el dormitorio?

—Bueno, yo... —balbució.

—Anda, no me engañes —le tranquilizó con una amplia sonrisa—; yo no soy el animal de Ramón, y no voy a tirar a nadie de las orejas. Pero, eso sí —y aquí su expresión se tornó seria—, necesito hablar contigo sin testigos de ningún tipo, y menos aún si éstos son los muchachos que habitualmente te acompañan.

—Está bien —suspiró derrotado—. Andrés, ya puedes salir; el señor José es amigo nuestro y no va a decir a nadie que te ha visto aquí.

Ante tales garantías dadas por partida doble el chaval, que sin duda había estado escuchando detrás de la puerta, asomó primero la cabeza y después el resto de su delgado cuerpo para, tras mascullar un ininteligible saludo, desapareció rápidamente de la vivienda. Una vez solos ambos ancianos, el visitante se cercioró de que efectivamente no había nadie en los alrededores de la entrada para, finalmente, cerrar con cuidado la puerta sentándose en el lugar que anteriormente le ofreciera su anfitrión. Evidentemente, lo que venía a tratar debía de ser algo serio a juzgar por las precauciones que tomaba.

—Bien, tú dirás qué es lo que quieres —exclamó al fin este último rompiendo el silencio en el que ambos se habían sumido.

—Yo, bueno, vengo comisionado por el consejo de ancianos para decirte que...

—Que deje de molestar a los chicos de la aldea, ¿no es así? ¿Os ha dado el



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

chivatazo el energúmeno de vuestro espía?

—No, no puedo decir que no —titubeó por vez primera el emisario—. Ayer por la tarde, concretamente; creo que poco antes había tenido un altercado contigo. Claro está que no tienes por qué darle demasiada importancia; Ramón nos ha estado mareando con esta cuestión infinidad de veces desde hace varios años, y tú sabes perfectamente que nunca le hemos hecho caso.

—Ni le habéis ordenado en ningún momento que me dejara en paz, lo cual entraba también dentro de vuestras atribuciones.

—Compréndelo, Ramón dentro de su bestialidad es un subordinado eficiente y, a su manera, suele actuar con una lógica implacable. Los tiempos que corren son muy duros y, nos guste o no, no tenemos otra solución que la de adaptarnos a ellos.

—Lo comprendo perfectamente —sonrió con amargura—. Y, aún más, soy también consciente de que tan sólo represento un lastre para la marcha de la comunidad.

—No, no es eso —se apresuró a apaciguarle José—. Puedes estar seguro de que el consejo está muy satisfecho de que una persona tan... culta como tú forme parte de nuestra pequeña comunidad. Pero la vida es difícil y, créeme, por el bien de la disciplina común sería contraproducente desautorizar a Ramón en lo que respecta a su fobia contigo; es por ello por lo que optamos por no decirle nada aunque, al mismo tiempo, tampoco prestábamos la menor atención a sus repetidas quejas.

—Una decisión ciertamente salomónica —ironizó—. Pero mucho me temo que finalmente habéis debido de cambiar de opinión. ¿Me equivoco?

—No exactamente... Aunque no te puedo negar que algo de eso hay —concluyó José con un hilo de voz.

—Desembucha —le espetó con brusquedad—. No, no te preocupes; esperaba esto desde hace mucho tiempo. No me pilla, pues, de sorpresa.

—Como quieras. Además, a mí me gusta la franqueza. Bien, vengo para decirte que las cosas no pueden continuar así durante más tiempo.

—¿Os ha convencido finalmente vuestro sabueso?

—Te vuelvo a repetir que no; el problema es que no es únicamente Ramón el que se queja de que distraes a los muchachos, sino una parte cada vez mayor de la aldea. A Ramón le podíamos ignorar, y así lo hemos hecho durante mucho tiempo; pero nos resulta muy difícil eximirte de la disciplina que obligamos a



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

cumplir sin excusas de ningún tipo al resto de la población, máxime si tenemos en cuenta que tú no realizas ningún trabajo productivo. Sí, ya sé lo que me vas a decir —continuó, impidiendo hablar a su airado interlocutor—; y tú también puedes imaginarte la contestación: yo no te considero un inútil, y el consejo tampoco. Pero la gente común no piensa así, y desde su punto de vista no les falta razón.

—Tengo cerca de ochenta años y apenas si me puedo mover sin ayuda. ¿Pretendéis acaso que me ponga a cortar leña, que me haga pastor o que me dé de alta en la milicia? Sería muy divertido y, al menos, el bestia de Ramón me dejaría en paz.

—No te hagas el gracioso. Sabes perfectamente que si no formas parte del consejo es porque siempre te has negado a pesar de todos nuestros requerimientos, igual que has hecho siempre que se te ha pedido que ayudaras a los maestros.

—Y tú sabes también que nunca he servido para gobernar a nadie que no fuera yo mismo; en mis tiempos simpaticé con el anarquismo, y ya dice el refrán que genio y figura hasta la sepultura.

—Se respetó tu decisión, a pesar de todo; pero en cuanto a lo otro...

—Me hubiera encantado hacerlo de no mediar una circunstancia: en vuestra escuela —escupió la palabra— tan sólo se enseñan cosas tales como carpintería, agricultura o tácticas militares... Cosas útiles, como vosotros decís, de las cuales yo nunca he sabido hacer nada.

—Y a leer y a escribir, y a hacer cuentas, que eso sí lo sabes, y bastante bien por cierto.

—¿Se puede dar una única gota de agua a aquél que se está muriendo de sed? ¿Se puede dejar leer una sola página de un libro a quien está ansiando aprender a leer? ¿Acaso podía hacer yo algo diferente a negarme a enseñar la comida al hambriento para alejarle acto seguido de ella?

—Esa es una interpretación muy personal.

—¡Es la única válida, digáis lo que digáis! —estalló— Somos apenas un puñado de supervivientes en una Tierra moribunda, hemos perdido para siempre prácticamente todo el patrimonio cultural que acumularon nuestros antepasados a lo largo de miles de años, apenas si queda la tradición oral de unos cuantos viejos que estamos a las puertas mismas de la muerte, ¡y me pides que contribuya a dejar perder las últimas migajas que nos quedan! Esto no es una incongruencia; esto es un crimen de lesa humanidad que estamos cometiendo contra nuestros descendientes al privarlos de absolutamente toda su herencia.



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

Participad vosotros, si es que así lo queréis, en este asesinato cultural; yo me niego.

—Escúchame —le contestó José con dulzura—. Yo también recuerdo los tiempos antiguos, los de antes de la Gran Catástrofe. Entonces era un simple camionero prácticamente sin cultura y, —sonrió avergonzado— sin la menor inquietud por tenerla. No obstante, yo respetaba a todos aquéllos que sí la tenían y, en el fondo, me sentía avergonzado al compararme con ellos. Y, por supuesto, no se me ocurría decir que la cultura no servía para nada; era bastante burro, por supuesto, pero no tanto.

»Llegó la Gran Catástrofe y, por suerte o por desgracia, me convertí en uno de los escasos supervivientes. De todo lo que sucedió inmediatamente después no tengo que hablarte puesto que lo conoces tan bien como yo; pero lo que sí te digo es que, si después de tantos y tantos años de luchar contra la barbarie que nos rodea hemos conseguido crear un mínimo remanso de civilización, merece la pena luchar con todas nuestras fuerzas por mantenerlo aún cuando sea a costa de perder todo ese patrimonio cultural del que tú te lamentas.

—Esto no es incompatible con lo que yo propugno —protestó airadamente el rebelde.

—Ojalá no lo fuese; pero, desgraciadamente, así lo es. En la situación en la que estamos, un pastor es infinitamente más útil que un músico, y un carpintero más necesario que un poeta.

—Pero...

—No hay alternativa, ni para eso ni para otras muchas cosas que también nos resultarían enormemente útiles. Antes te dije que yo era camionero; ahora no hay ni camiones ni ningún otro tipo de vehículos de motor, por no haber ni carreteras, y únicamente contamos con las pocas bestias de tiro que pudimos salvar del desastre. ¿Crees que no me hubiera gustado poder enseñar a conducir a los muchachos? También era un mecánico bastante bueno; ¿verías bien que enseñara a la gente a construir y a reparar motores de explosión? ¿Serías capaz de proporcionarme las herramientas, el acero, la gasolina, el caucho de los neumáticos? ¿Me construirías carreteras para que nuestros vehículos pudieran correr por ellas?

—Me rindo —expresó desalentado el pobre viejo—. Está claro que en ningún caso tendría nada que hacer.

—Todos tenemos mucho que hacer —le respondió con dulzura el consejero—. Yo no puedo conducir vehículos, pero colaboro en el gobierno de la comunidad. Luis, uno de mis compañeros, era médico, y ahora sólo dispone de un pequeño



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

puñado de plantas medicinales. Miguel, químico antes del desastre, se limita a fabricar pólvora. Alberto, que fue un excelente arquitecto, lo más que puede hacer es dirigir la construcción de una cabaña... ¿Continúo con la lista?

—No es necesario; me has convencido. La Providencia ha querido que la civilización se extinga, y tenemos que aceptarlo con resignación.

—La civilización no, la cultura —le corrigió su compañero—. Pero tras esta edad oscura vendrá un nuevo renacimiento, y finalmente el hombre podrá volver a sentirse orgulloso de su estirpe.

—Entonces ya será tarde porque los conocimientos no estarán olvidados, sino perdidos.

—Es por eso por lo que nuestra obligación es salvar cuanto podamos mientras que esta actividad no perjudique a las tareas fundamentales de la comunidad.

—No te comprendo. Tú acabas de decir...

—Que hoy en día no nos hacen falta escritores, sino boyeros. Pero eso no quiere decir que no se pueda hacer nada por salvar cuanto se pueda. ¿Recuerdas cuál fue la principal responsabilidad de los monasterios medievales? Sí, supongo que sí —bromeó José—; al fin y al cabo, tú eres el intelectual.

—¿Quieres decir que?

—Que queremos conservar tus conocimientos, aunque no podemos consentir que nos distraigas a la mitad de los chicos, como bien decía Ramón; ahora bien, es decisión del consejo que escojas a un discípulo (uno solo, ya que no podemos permitirnos más lujos) de forma que éste pueda conservar tus conocimientos para cuando tú ya no estés. Asimismo te proporcionaremos la suficiente cantidad de papel como necesites para dejar escritos tus recuerdos; y te aseguro que este papel nos va a costar realmente caro.

»Eso es lo que venía a decirte; y si te queda tiempo, podrías incluso ayudarnos a los demás a hacer lo propio. Al fin y al cabo, tampoco estaría mal que nuestros descendientes contaran con los planos de un motor diesel o una dínamo eléctrica, ponga por caso; ¡qué caramba! no todo va a ser literatura o historia.

Aquellos dos ancianos, postreros supervivientes de unos tiempos mejores desaparecidos ya para siempre, se abrazaron emocionados hermanando unas lágrimas vertidas por un futuro próspero que ellos nunca alcanzarían a conocer. Pero no importaba; si se había perdido mucho sería bastante lo que se salvara y, por encima de todo, se mantendría encendida la llama que recordaría a la humanidad que era capaz de alcanzar las más altas metas aún cuando partiera del más profundo de los pozos. Y el hombre, cual nueva ave fénix, resurgiría de



sus cenizas una vez más para recoger la herencia cuidadosamente guardada.

Poco después el Maestro —ya con mayúscula— se quedaba solo mientras su compañero y amigo retornaba para comunicar la buena nueva al consejo; levantándose trabajosamente se encaminó hasta la puerta asomándose gozoso al exterior. En la esquina de la cabaña más próxima, tal como esperaba, atisbó la escuálida figura de Andrés acechando sin atreverse a dar un solo paso adelante o atrás; había visto partir al consejero, pero ignoraba qué era lo que se había hablado en la casa y, probablemente, se temía lo peor.

Ahí está el futuro. Pensó para sí el Maestro; porque su elección estaba ya hecha y no temía en absoluto equivocarse. Andrés era prácticamente inútil para los trabajos de la comunidad y, por el contrario, aceptaría con entusiasmo la tarea que le estaba designada. No, no se equivocaría.

—¡Andrés, ven! —exclamó.

Y Andrés acudió.

© José Carlos Canalda Cámara

José Carlos Canalda (Alcalá de Henares, España, 1958) es doctor en Ciencias Químicas por la Universidad de Alcalá de Henares, y trabaja en un instituto del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (C.S.I.C.) en Madrid. Aficionado a la ciencia ficción desde muy joven, cultiva tanto la vertiente del ensayo como los relatos. En este primer apartado, es autor del libro *Luchadores del Espacio*. Una colección mítica de la ciencia ficción española (Pulp Ediciones, 2001, nominada al premio Ignotus 2002), y ha colaborado en los libros *La ciencia ficción española* (Robel, 2002, premio Ignotus 2003), *Memoria de la novela popular. Homenaje a la colección Luchadores del Espacio* (Universidad de Valencia, 2004) y *Del espacio sideral al lejano oeste. Novelas escogidas de Luis García Lecha* (Instituto de Estudios Riojanos, 2008), así como en las revistas *Solaris*, *Valis*, *Gigamesh* y *Pulp Magazine* (premio Ignotus 2002 por el artículo *El erotismo en las novelas de a duro*) y en las páginas web *Sitio de Ciencia Ficción*, *Página de las Novelas de a Duro*, *BEM*, *Stardust*, *Cyberdark* y *Silente*.



LA TRAGEDIA DEL ATLANTIC

por Omar E. Vega

A la memoria de Hugo Correa.

La conquista del espacio pasará sin duda por la puesta en órbita de estaciones habitadas alrededor de la Tierra. Éstas tendrán muchas funciones: las médicas, las industriales y, cómo no, las de puro entretenimiento. Este cuento nos narra la historia de una de ellas.

Estaba sentada en la tercera fila del espacioso auditorio, esperando que mi hijo Alberto recibiera su diploma. A diferencia de mí, él es alto, fuerte y pálido, de cabello castaño y ojos azules. Me sentía tan orgullosa de su éxito. Por fin se había convertido en un ingeniero espacial, como su padre; su padre biológico. Aquél al cual se parece tanto que los confundo.

Su padre nunca lo abandonó por voluntad propia, y sé bien que siempre está cuidándolo desde el otro mundo. Mi esposo Juan no es un mal padrastro en absoluto. Él quiso a mi hijo desde el día en que nos casamos, y son muy buenos amigos. Siempre van juntos a jugar a la pelota y a cazar, y comparten una pasión por la música. Juan nunca marcó la diferencia entre Alberto y los hijos que compartimos, y lo amo por eso. Hemos sido una familia muy unida, gracias a Dios, pero cuando veo la cara de Alberto no puedo evitar recordar a su padre; que Dios lo tenga en su reino.

En ese momento tan feliz, cuando Alberto recibió el diploma en sus manos, todos los recuerdos me volvieron a la mente, de súbito. No pude mantener la calma y exploté en llanto. Dije a Juan que lloraba de felicidad. Sí, era cierto, pero había una razón más profunda que explicaba mis sentimientos. En un instante, en un bombardeo de emociones, comencé a vivir nuevamente la tragedia del Atlantic, y a tener una visión clara del sentido que ese evento tuvo para miles de personas, que pagaron con sus vidas la arrogancia de unos pocos.

Todo comenzó de una manera muy extraña. Tenía dieciocho años en ese entonces. Era una mujer, por supuesto, pero todavía con la mente de una niña. Habían sueños jugando en mi mente; sueños de gloria y de éxito. De encontrar un príncipe azul que me rescatara de mi aburrida condición de mujer de clase media baja. Pero, por si el príncipe se demoraba en llegar, solía jugar a la lotería para apurar el evento.

Recuerdo que era la noche de un día soleado en Talca, la pequeña ciudad



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

donde nació, ubicada al extremo de las Américas, más cerca de la Antártida que del mundo desarrollado. Estaba sentada en el sofá del living, viendo el segmento de noticias que transmitía mi viejo televisor holográfico, cuando el animador comenzó a leer los números ganadores. El gran premio eran veinte millones, por lo que mucha gente quería ganarlo. Había muchos otros premios aparte del mayor, de los cuales uno atrajo mi atención: un viaje de dos semanas con todos los gastos pagados al hotel de turismo espacial Atlantic. Soñé con ir allá a jugar en sus casinos, ver sus parques maravillosos y conocer la gente más rica de la Tierra.

La ciudad espacial era el paraíso del juego y el parque de entretenimientos más grande del mundo: una nueva Orlando y Las Vegas combinadas, flotando silenciosamente allá, en órbita. Un lugar para privilegiados, pues sólo los pasajes costaban más que un año del sueldo de un médico. Y, como pueden imaginar, me veía a mi misma en ese lugar en busca de mi príncipe azul.

Bueno, éstos eran mis sueños, no muy realistas en verdad. Pero a veces pasan cosas extraordinarias y ése era mi día de suerte. ¡No podía creer que el locutor recitara con exactitud el número que yo había comprado! Verlo mover sus labios en cámara lenta dictando la cifra ganadora, que era la mía. ¡Por fin la diosa fortuna se había acordado de mí! ¡Mis sueños se harían realidad! Podría vivir las vacaciones que siempre esperé y todo gracias a un golpe de suerte. Si tú nunca has ganado la lotería no podrás entender lo feliz que estaba. Era como estar soñando despierta un sueño del que no quería despertar. Me pellizcaba los brazos para asegurarme que no estaba durmiendo. Para tener la certeza que aquello de verdad ocurría. ¡Oh, Dios! Qué feliz me sentía en aquel momento.

Hubo una gran celebración en la ciudad donde fui la invitada de honor. La música campechana sonaba fuerte y claro, y todo el mundo estaba alegre. Es difícil de entender el motivo de la alegría, pero debes comprender que ésta era la primera vez que una persona de Talca iba al espacio, por lo que toda la gente estaba muy feliz y orgullosa de mi suerte, que sentían suya.

Dos días después me vestí muy bien y llené mis maletas con las mejores ropas que pude comprar en Talca. Mis padres y la mitad de la ciudad me dejaron en el aeropuerto de Santiago, doscientos cincuenta kilómetros al norte, donde un avión hipersónico me llevó, junto a otros trescientos pasajeros, en un viaje de tres horas al desierto de Mohave, lugar de despegue de los transbordadores espaciales.

2

Cuando llegué al puerto espacial me sentí maravillada. Era una obra de



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

ingeniería tan grande que impresionaría a cualquiera. Al menos a todos en Talca. Tenía cuatro pistas, de las cuales dos eran para los aviones hipersónicos que llegaban de todas partes del mundo, y las otras dos se usaban para el despegue de los scramjets que vuelan a Mach 25 y que acceden a la órbita terrestre en minutos, transportando grupos de cien pasajeros cada uno, llevándolos a la ciudad espacial Atlantic.

El aeropuerto en sí era un pequeño pueblo lleno de hoteles y entretenimientos para gente rica. Se podía sentir que la mayoría de los pasajeros tenían dinero, con la excepción de algunos curiosos que sólo iban al aeropuerto a ver los impresionantes despegues de los scramjets. Me sentí intimidada, debo confesarlo, entre toda esa gente adinerada de modales amanerados, y me afectaba su refinada manera de aislarse de los humanos comunes y burdos: de los oportunistas, los escaladores, aquellos simplones como yo misma. Me sentí culpable por estar en un lugar que no me correspondía, como una gallina nueva que recién llegaba al gallinero. Por eso, en vez de detenerme a mirar a esos odiosos ricachones decidí recorrer el lugar para conocerlo, y así hacer el tiempo para abordar el trasbordador. Esas dos horas me parecieron siglos, pero finalmente en las pantallas del aeropuerto las letras de mi vuelo cambiaron a verde y el oficial de la nave llamó a los pasajeros a abordar el transporte.

Un bus nos llevó al scramjet que estaba a unos trescientos metros del edificio principal del puerto espacial. Era una nave magnífica: plateada y negra, con la presencia y seriedad de un avión de combate, pero con las insignias de los cruceros Cannard pintadas en ambas colas. Era un ave grande, en efecto, de sesenta metros de largo, capaz de llevar a órbita en un solo viaje más de cien pasajeros. Se impulsaba con motores scramjet de tres fases, vale decir, trabajaban como cohete convencional hasta Mach 2, momento en el cual empezaban a aspirar aire, acelerando continuamente hasta Mach 25. En esa fase sacaban la nave de la atmósfera, para volver a trabajar como cohetes. La aspiración de aire en la atmósfera reducía al mínimo el oxidante que necesitaba portar la nave, por lo cual los scramjets eran relativamente ligeros y similares a las naves hipersónicas convencionales. La nave que abordaría tenía dos de esos motores scramjet, símbolos de los logros de la tecnología moderna.

Era una bella nave, con sus alas decoradas de orgullo. Una maravilla tecnológica, pero tan cara de operar que sólo los ricos podían pagarla. Sin embargo, su tecnología hizo del viaje al espacio algo tan simple que algunos empresarios comenzaron a construir hoteles espaciales. Pero olvidaron que los scramjets sólo podían viajar al espacio dos veces al día. En otras palabras, no había un sistema de seguridad para la gente que visitaba la ciudad espacial. Si algo salía mal no habría oportunidad de ayudarlos desde Tierra.

Entré al avión y me sentí un poco intimidada por el aspecto rústico de la cabina. Me pareció abordar un transporte de tropas más que un avión de lujo.



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

Los asientos eran similares a los de un avión convencional, con la excepción de los arneses militares que deberíamos usar para mantenernos fijos a nuestros puestos. Seguí las instrucciones del capitán y me puse el arnés, más no pude hacer que se enganchara al seguro. Traté con toda mi fuerza y habilidad, pero el seguro parecía estar trabado.

—¿Le puedo ayudar? —dijo un hombre de agradable voz sentado a mi izquierda. Era él: Albert Schwarz, el hombre más bello que nunca vi: alto, fuerte, rubio y de unos ojos azules oscuros y profundos. Parecía una estrella de cine. Por mi parte soy una mujer levemente morena, de cabellos oscuros y ojos negros. En suma, una mujer pequeña común y corriente, pero en ese tiempo tenía un cuerpo muy atractivo. Soñaba con mi caballero angelical que nunca conocí, hasta que lo vi encarnado en Albert. Confieso que me enamoré en ese preciso momento, y que nunca me olvidé de la primera impresión que me produjo.

Albert manipuló el arnés y en un segundo el seguro cayó, ajustándose en el lugar correcto, como por magia.

—¡Listo! —dijo sonriendo.

—Le agradezco mucho —contesté, mirándole a los ojos.

—¿Primera vez que subes?

—Sí, es mi primera vez

—Así lo creí —dijo, y yo temí que él adivinara mi posición social demasiado pronto. Me pregunté si era tan obvio que yo no pertenecía a aquel lugar. Que era una advenediza en un mundo de ricos. Sólo una muchacha pobre que estaba en el lugar incorrecto.

—¿Por qué? —le pregunté temerosa.

—Porque estás muy nerviosa. El viaje es un poco rudo y la nave temblará como un carramato del lejano oeste, pero no te preocupes; nos llevará al espacio en veinte minutos. —Y todavía sonriendo dijo—. Estoy a tu lado por si necesitas ayuda.

—Muchas gracias —le dije—, eres muy amable. Y miré sus ojos por más de un segundo, sintiéndome muy atraída por él, como hipnotizada por una serpiente, y supe que él lo había notado. Entonces sentí miedo por el viaje. Me preocupé de marearme y vomitar en mi asiento. Solo Dios sabe si el romance hubiera muerto en ese preciso instante.

El transporte comenzó a moverse a escasa velocidad, dirigiéndose a la pista para el despegue. Mi corazón comenzó a saltar pues sabía que este no era un



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

vuelo en un avión convencional. Podía ver cómo los pasajeros comenzaban a rezar o a hacer rituales supersticiosos, cosa de asegurar el éxito del vuelo. Pero, de todos ellos, Albert era el más sereno. Con suavidad tomo mi mano y me dijo:

—No te preocupes. Todo saldrá bien. Si te asustas sólo aprieta mi mano. Eso te ayudará.

—Gracias —le dije mirándole y sintiendo su mano fuerte apretando suavemente la mía. Me hizo sentir tan segura que me olvidé del despegue, del riesgo de morir y de vomitar.

La nave despegó suavemente, tal como lo hace un avión hipersónico convencional, pero algunos segundos después los motores comenzaron a acelerar con fuerza creciente. La potencia era tan grande que toda la cabina temblaba como un auto pequeño en camino de grava. Tuve la impresión que nos desintegraríamos en segundos, pero la aceleración continuaba sin pausa.

—¡Aquí vamos! —dijo Albert, disfrutando del viaje.

Algunos minutos después un fuerte golpe provino de los motores, y la nave pareció perder la estabilidad por unos instantes. Fue un golpe metálico, como de vigas de acero quebrándose, tan fuerte que pensé que era el fin, y mi cara empalideció reflejando el miedo que sentí.

—No temas —me dijo Albert con una voz suave y segura—, el avión cambió sus propulsión de cohete a aspiración de oxígeno. Todo está bien.

—¡Qué alivio! —dije, mientras trataba de controlar el miedo—. Me imaginé la nave cayendo al suelo, ardiendo como un meteoro.

Y entonces Albert me dijo algo que nunca olvidé, y que atesoro:

—No te preocupes. Te prometo que nada malo te pasará. Nunca permitiré que algo malo te pase.

¿Por qué lo dijo tan pronto si recién me conocía? ¿Acaso previó lo importante que sería para mí? ¿Presentía algo? No lo sé, pero quiero pensar que sí lo sabía. Que conocía su destino.

Diez minutos después estábamos en órbita, esperando el encuentro con la ciudad espacial Atlantic. Sentí entonces la eufórica sensación que produce la caída libre; la pérdida absoluta de peso, y el escenario magnífico contribuía aún más a esa sensación de plenitud. El planeta entero flotaba bajo mis pies enmarcado en el negro absoluto del vacío. Exploré la escena buscando la Atlantic, pero no podía encontrarla.



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

—Mira ahí —dijo Alberto apuntando a una gran estructura con forma de anillo que se acercaba rápidamente.

—Ésa es Atlantic. La estructura más grande nunca hecha por manos humanas. Tiene tres kilómetros de diámetro y un millón de toneladas de peso. Es el más grandioso parque de entretenimientos que la civilización ha conocido jamás.

Estaba muy impresionada ante esa visión fantástica. A la distancia la estación espacial parecía una rueda de carreta, como ésas de siglos pasados, cuando se usaban caballos. Cuando la tuvimos cerca me di cuenta realmente de lo inmensa que era. La ciudad giraba una vez cada dos minutos para generar gravedad artificial, para que los turistas no extrañaran la Tierra mientras gastaban su dinero en los casinos. Sin embargo, y para quienes lo quisieran, existían lugares en Atlantic, cerca del eje de la rueda, donde se podía practicar deportes en gravedad cero.

La nave atracó precisamente en esa zona, en el eje de la ciudad espacial. Salimos de nuestros asientos e ingresamos a la aduana.

Antes de separarnos Albert me dijo:

—Oye Patricia, ¿tienes algo que hacer esta noche?

Sin pensarlo, y sintiéndome muy feliz, respondí:

—No. ¿Qué tienes en mente?

—Conozco un restaurante italiano realmente precioso que está en el tercer nivel. ¿Te gustaría ir conmigo a comer pasta?

Le sonreí.

—¿Qué tal si te paso a buscar esta noche? Digamos a las 9 en punto. Vamos y divirtámonos. ¿Te gusta la idea?

Sin pensarlo me vi respondiendo como una autómatas.

—Por supuesto. ¡Vamos! Estoy en el cuarto 573 y te espero.

—No te olvides. Pasaré por ti a esa hora. —Y entonces me besó en la mejilla y se fue.

De acuerdo a la hora de Mohave, el estándar usado por la estación espacial Atlantic, era todavía muy temprano en la mañana, por lo que disponía de todo el



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

día para conocer Atlantic antes de reencontrarme con Albert. Estuve por una hora en los casinos, jugando con esas ingeniosas máquinas que los ingenieros diseñan sólo para quitarles su dinero a las personas. Después me dirigí al parque botánico del séptimo nivel y quedé muy impresionada. Era increíble que un parque de diez por tres kilómetros estuviera justo ahí, en órbita, flotando en el vacío del espacio. Toda la zona parecía sacada de la Tierra, indistinguible de cualquier parque nacional allá abajo. Estaba lleno de árboles de todo el mundo, con lagos, grandes extensiones de césped y de toda clase de animales: desde ardillas hasta aves, y desde zorros hasta jirafas. Incluso algunas ballenas asesinas nadaban en un inmenso lago de agua salada, y en sus orillas, rocas que parecían milenarias sostenían misteriosas algas, mientras las aves marinas se arremolinaban en las olas para capturar peces.

Y todo ello había sido transportado al cielo sólo para que los ricos tuvieran el placer de verlo.

Gasté todo el día sólo caminando, conociendo todas las instalaciones de la gigantesca ciudad espacial Atlantic. Caminar ahí era placentero pues el lugar estaba diseñado para expresar belleza. Recuerdo la avenida de modas con sus ropas increíblemente caras, y sus joyas incluso más costosas. También recuerdo las instalaciones deportivas, con mucho espacio para jugar a la pelota, andar a caballo, nadar o correr. Y esos magníficos parques de entretenimientos, museos y teatros, todos construidos en una escala tan grande que no podía creer que estábamos en una rueda giratoria orbitando la Tierra.

Ese día el tiempo pasó dolorosamente lento. Lo disfruté muchísimo, pero apenas podía aguardar para ver a Albert otra vez. Volví a mi cuarto dos horas antes de la cita. Tomé una larga ducha y me vestí con mucho cuidado, poniéndome la cantidad precisa de perfume y cuidando que mi traje estuviera perfecto, sin una arruga. Me puse los aros, el collar y otras baratijas que imitaban joyas de verdad, con la esperanza de que no notaría la diferencia. Quería estar bonita esa noche y causarle una buena impresión. Pero todo cambió cuando llegó. Me sentí tan nerviosa y estúpida como jamás lo estuve antes. Es más, Albert era mayor que yo, quizás ya de treinta y cinco años, y me miraba como si fuera una niña pequeña. Y a pesar de esa diferencia de edad que me intimidaba, me sentía muy atraída hacia él, como impulsada por una fuerza irresistible; demasiado atraída, en efecto.

Él llegó temprano aquella noche, vestido con ropa deportiva pero muy elegante. Cuando abrí la puerta me regaló una rosa solitaria y dijo, sonriendo:

—Hola Patricia. ¡Vaya! Te ves preciosa.

Me sentí insegura, pero respondí:



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

—Gracias, tú también te ves muy apuesto. —Lo dije con convicción.

—Gracias, Patricia. ¿Vamos?

—Sí, vamos.

—Tómese del brazo, mi dama, y acompáñeme —exclamó, en su fascinante manera de hablar, pausada y refinada pero siempre alegre, semejante al de un aristócrata británico de tiempos idos.

Anduvimos varias cuadras hasta llegar a una pequeña plaza rodeada de restaurantes de estilo europeo. Fuimos al Torre de Pisa, el restaurante italiano que Albert me había recomendado. Entramos al lugar y el mesero nos ubicó en una mesa justo al lado de una claraboya, que nos permitía ver la Tierra girando en torno nuestro cada par de minutos; era una escena realmente bella. Y el restaurante también era muy agradable, con manteles a cuadros rojos, velas y música folklórica italiana en vivo. Sólo había un detalle que no me gustó y que hizo erizar mi bello corporal. Atrás de Albert había una gran maqueta de un barco trágico: el Titanic. Cuando lo vi, un extraño presentimiento pasó por mi mente como un relámpago: tuve una visión de lo que nos ocurriría unos días más tarde. Pero en ese momento no le presté atención. Era tan feliz que no quería pensar en nada malo. Estaba enamorada y quería disfrutar el momento. Nunca me arrepentí de eso.

Las cosas pasaron suavemente, sin prisas ni brusquedad. No recuerdo cuándo fue que me enamoré de él. ¿Fue acaso durante el primer beso? ¿O la primera vez que me besó el cuello? Ahora ya no importa. Y no sé si ya lo dije, pero en ese momento todavía era virgen y tenía una idea muy romántica e idealizada del amor. Pero Albert lo cambió todo. Como una tormenta de deseo, cambió la aridez de mi vida. Él abrió mis ojos a las realidades de la condición humana y femenina, y me hizo olvidar todas las precauciones que una mujer ha de tomar. Cuando finalmente le di mi alma y le presté mi cuerpo, me imaginé a mí misma volando a través del cielo en los brazos de Apolo: mi propio dios de cabellos ensortijados y rubicundos. Tres días después de conocerlo me convertí en su amante, y después de eso no salimos de su departamento por una semana. No le dejé solo ni por un momento. Sólo quería estar con él, sintiendo su piel y sentirlo en mí.

Fue un período de fuerte pasión y maravillosos placeres. Nunca antes pensé que una mujer podría disfrutar tanto de estos placeres carnales. Fue una celebración de amor en la cual ambos queríamos ser un solo ser, una sola mente y un solo cuerpo. Fue la semana más feliz de toda mi vida, y espero que mi esposo Juan me perdone por decirlo, pero es la verdad.



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

¿Qué hubiera pasado si las cosas hubieran seguido su curso normal? ¿Si nada extraordinario hubiese pasado y la vida hubiera continuado como siempre? Quizás me habría abandonado al momento de aterrizar de vuelta a la Tierra, o en la primera oportunidad que hubiera tenido, o quizás hubiéramos seguido siendo amantes por algunos meses hasta cansarnos el uno del otro. Pero tiendo a pensar en algo diferente. Quizás nos habríamos casado y tenido hijos, sólo para descubrir unos años más tarde que no éramos felices, terminando divorciados, pues nuestra condición era tan distinta. Bien, eso es posible, pero me gusta pensar que todo hubiera sido maravilloso, y que Dios hubiese bendecido nuestra unión.

Tengo la fantasía de caminar de la mano con él, junto a nuestro hijo Alberto, por un parque de pastos verdes interminables sembrado de robles de hojas castañas. Sólo caminando y hablando sobre nuestra felicidad. Eso no pasará en esta vida, por supuesto, pero tengo la esperanza en realizar ese sueño en la siguiente.

Sin embargo, Albert no fue una fantasía, sino una persona real con sentimientos y sueños, pero también con muchas cosas que hacer en la Tierra. Era el presidente de Empresas Schwarz, una compañía aeroespacial fundada en el siglo XX por su abuelo, George Schwarz. Albert era un mujeriego conocido, y tuvo tantas mujeres en su vida que perdió la cuenta de ellas, pero continuaba soltero, preocupado solamente del bienestar de su compañía. No había querido formar una familia todavía pues no había encontrado la mujer correcta; al menos eso me dijo.

Me contó que tenía el extraño capricho de casarse con una mujer doncella, quien no hubiera conocido hombre alguno antes de él. Estaba aburrido de tantas mujeres modernas que se portaban en la cama como prostitutas de burdeles de mala muerte. Él no quería una experta come hombres, sino una inocente chiquilla a quien querer y proteger. Y que cuando la encontrara, recién entonces comenzaría a pensar en casarse. Yo cumplía con las condiciones, como lo probó el esfuerzo, dolor y la mancha que dejó nuestra primera unión carnal, y en efecto, después de poseerme me pidió en matrimonio, acto que selló regalándome un anillo muy caro, que probaba su compromiso.

Albert tenía un contrato con los cruceros Cannard para supervisar la seguridad de la ciudad espacial. Ésa era una tarea muy compleja pues el Atlantic rotaba en órbita baja en torno a la Tierra, llevando en su vientre más de mil personas, en temporada baja, aparte de que el millón de toneladas que pesaba representaba también un serio peligro para la gente en la superficie. La seguridad de la ciudad espacial era monitoreada por una red de computadores que hacía el seguimiento de todas sus funciones en forma continua, sin interrupción, siendo capaz de avisar de antemano cualquier problema que la pusiera en peligro. El sistema funcionaba muy bien y en veinticinco años de



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

operación habían tenido un solo incidente, que fue resuelto con la ayuda de los bomberos y un par de impulsos de los cohetes que la elevaron de órbita.

La empresa Cannard había ubicado la ciudad en una peligrosa órbita baja alrededor de la Tierra, en vez de una mucho más segura en un punto Lagrange, solo porque desde ahí era mucho más barato transportar pasajeros desde y hacia la Tierra. Se trataba de una decisión basada en la economía, la misma que selló nuestro destino.

Albert no me contó entonces que él había recibido información sobre un cometa que se había desintegrado cuando se acercaba a la Luna, sembrando el espacio sublunar de témpanos de hielo. La compañía nunca se preocupó de aquello, pues la probabilidad de impacto de uno de esos fragmentos con la Atlantic era muy baja, pero estaban siguiendo las trayectorias de los restos con detenimiento. Sólo uno se escapó a su mirada: el que causó la tragedia. ¿Fue acaso Albert culpable del desastre? Lo dudo, pues él era muy humano y respetaba sobremanera la vida de las personas, por eso siempre criticaba la decisión de Cannard de poner el Atlantic en una órbita baja. Es más, su humanidad también se reflejaba en el hombre que conocí, aquél que me hizo sentir muy segura cuando me dijo: estoy a tu lado para protegerte. Aquél que cumplió su promesa.

3

La pesadilla comenzó sin previo aviso. Estábamos almorzando en una pequeña cafetería cuando ocurrió. Como de costumbre, Albert me miraba con sus penetrantes ojos azules y sonreía mientras me contaba un chiste. Yo reía y le miraba como si fuera una oveja hipnotizada, mostrándole que le amaba muchísimo. Entonces una gran explosión se sintió en todo el anillo de la ciudad espacial. Al principio pensamos que había sido una bomba, pero después supimos que un pequeño trozo de cometa había impactado en el Atlantic. Se apagaron todas las luces durante unos instantes terroríficos que fueron eternos para nosotros. El impacto nos lanzó a varios metros de nuestra mesa. Me levanté del suelo mas no podía ver absolutamente nada. La ciudad entera estaba a oscuras.

Grité pidiendo ayuda. Albert se acercó corriendo y me abrazó, diciendo:

—No te preocupes, mi niña, estoy aquí. Nada malo te pasará si estás conmigo.

Las lámparas fluorescentes empezaron a reencenderse una a una, mientras el aullido de las alarmas resonaba por toda la estructura. ¿Cuántas personas había allí? Oficialmente había mil ochocientos en el momento de la colisión. Mil



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

ochocientas personas colgando del cielo bajo el riesgo de caer, quemándose en el infierno de la atmósfera. Algunos han calculado que al menos cien murieron con el primer impacto. Yo sólo tuve un par de moretones, pero Alberto se hizo un corte en su frente que sangraba profusamente. Él no le prestó atención, salvo para ponerse una venda. Había cosas más urgentes que hacer.

La gente corría aterrorizada sin saber dónde dirigirse, mientras una voz de los altoparlantes dictó lo que todos debían hacer.

—Soy el capitán Ben McCarty. Tenemos un problema con un propulsor, el cual está siendo resuelto por nuestros ingenieros en este momento. Tranquilícense. Todos permanezcan calmados que no hay nada que temer. Vuelvan a sus habitaciones y esperen instrucciones. El Atlantic es la astronave más segura que se haya construido jamás, pero por su seguridad les pedimos que vuelvan a sus habitaciones.

Había una justificación lógica para esa orden. Los cuartos de pasajeros estaban ubicados en el anillo exterior de la ciudad espacial, donde por cada dos cuartos había una cápsula tipo Soyuz que, en caso de desastre, les permitiría a los pasajeros escapar a la Tierra; emergencia que estábamos sufriendo entonces. Sin embargo, lo que los ingenieros no previeron al diseñar la ciudad fue que la lluvia de fragmentos cometarios, desprendidos del choque, inutilizó cerca de un tercio de las cápsulas de rescate, condenando a muerte a muchos de los pasajeros. Y las cosas empeoraron a medida que los minutos pasaban. Podíamos escuchar fuerte y claro el horrible silbido que provenía del agujero abierto por el impacto en el casco. La turística Atlantic estaba perdiendo grandes volúmenes de aire que se escapaban al espacio sin remedio.

Albert me dijo:

—Tienes que salir de aquí, Patricia. Volvamos al cuarto. Te pondré en la cápsula salvavidas y te enviaré de vuelta a Tierra enseguida.

—¿Y qué pasará contigo? —pregunté desesperada—. ¡No me dejes sola!

—No puedo seguirte. Estoy a cargo de la seguridad, no lo olvides. Miles de vidas dependen de mí. Pero, por favor, quiero estar seguro de que estás a salvo antes de cumplir con mi deber.

—Pero, pero... —protesté, mecánicamente.

—No discutas conmigo ahora. Sólo haz lo que digo. No hay tiempo. ¡Debes irte! —Lo dijo de un modo muy autoritario, que nunca le conocí antes, y no me quedó más remedio que obedecerle. Corrimos al cuarto, sólo para encontrarlo ocupado por cuatro adultos y tres niños que trataban de entrar en la cápsula



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

con capacidad para sólo cuatro pasajeros.

—¿Qué están haciendo aquí? —Albert preguntó, indignado—. ¡Tienen que volver a sus propios cuartos! ¡Váyanse!

—No podemos hacerlo, señor —respondió una madre con un bebé en sus brazos—. Nuestros cuartos quedaron destruidos. Necesitamos una cápsula para poder escapar.

—Bueno, Patricia —me dijo Albert—. Eso lo decide. Tienes que irte con ellos. ¡Ahora!

Albert me dio un beso corto pero apasionado, e hizo un gesto para que no hablase. No quería que respondiera. Él sólo daba órdenes.

—¡Todos ustedes, entren a la cápsula ahora! ¡Dije ahora! —ordenó iracundo.

Albert nos arreó al interior de la cápsula como si fuéramos ganado. Muy pronto la cápsula se repletó, y parecía que nadie más cabría allí, pero Albert los aprisionó aún más, logrando que me dejaran un espacio para poder entrar

—Adiós, Patricia, te veo en la superficie. Te amo —dijo, y me tomó de la cintura y me empujó muy fuerte hasta que logré entrar. El interior de la cápsula estaba tan apretado que apenas podía respirar. Le dije adiós, oscilando mi mano tras la claraboya, al momento que lágrimas comenzaron a rodar por mis mejillas.

Afuera, Albert trataba de soltar la cápsula. La lluvia de fragmentos había destruido muchas piezas del equipamiento y dañado las escotillas presurizadas de tal manera que no pudo activar de inmediato el sistema de lanzamiento. Le vi trabajando muy duro, tratando de desbloquear la cápsula, apretando botones, girando controles de hidráulica, martillando tornillos. Al final descubrió el problema, pero lejos de sentirse aliviado su cara se tornó pálida como la de un cadáver. Me miró directamente a los ojos y movió su mano despidiéndose de mí, y entonces, sin dudar un instante, giró una última palanca. En el interior de la cápsula las luces se encendieron, y los indicadores mostraban ya la cuenta regresiva en marcha. En treinta segundos más se dispararían los cohetes, enviándonos de vuelta a la Tierra, y salvándonos del destino de la ciudad.

Ésos fueron los peores momentos de mi vida. Para liberarnos, Albert tuvo que abrir la escotilla de aire del cuarto, condenándose a morir ante mis propios ojos. Albert dio su vida para salvarnos, pero especialmente para salvarme a mí. Le vi muriendo en la forma más espeluznante posible. La presión bajó muy rápido y su cuerpo empezó a hincharse como un balón, mientras su cara se deformaba de una manera horrible. Esa pesadilla me ha perseguido desde entonces y nunca olvidaré. Su cuerpo comenzó a inflarse, convirtiéndose en una



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

horrible masa de carne y sangre. Sus ojos se volvieron rojos justo antes de reventar en sangre, y su cara explotó bajo la tremenda presión. Y no pude quitar mis ojos de él mientras perecía. ¡Fui testigo de la macabra escena! Fueron segundos eternos que transcurrían como lentitud de pesadilla. El siniestro espectáculo me atrajo como bajo la influencia de un imán diabólico. Finalmente, todo su cuerpo se desintegró, cubriendo el cuarto de grotescas partículas de intestinos, sangre y tejidos. No podía creer lo que veía, y todavía no lo acepto.

—¡No! —dije una, dos, cientos de veces, y seguí diciéndolo por largos minutos, hasta que perdí la conciencia.

Entonces los cohetes se encendieron y nos despidieron fuera del Atlantic. Por primera vez quedó visible la magnitud del desastre. Al menos eso es lo que la gente de la cápsula me contó. Numerosos agujeros se veían en torno al anillo exterior del Atlantic. Bandadas de cápsulas Soyuz, como la nuestra, se alejaban de la escena tratando de sobrevivir al desastre. El Atlantic se había comenzado a quemar, mientras entraba en las primeras capas de la atmósfera. La ciudad ya estaba condenada. No había transbordadores de rescate cercanos al Atlantic, pues tomaba varias horas dejarlos listos para el despegue. El accidente había ocurrido en un momento muy inoportuno, cuando no había preparado ningún navío que pudiera ayudar. Recobré la conciencia justo a tiempo para ver cómo se abrían los grandes paracaídas de nuestra cápsula. Minutos después caímos en el Pacífico, desde donde fuimos rescatados por un barco de carga que pasaba por el lugar.

A esas alturas en el Atlantic todo estaba fallando. La lluvia de meteoritos había destruido los impulsores de emergencia, por lo que no se pudo controlar la altitud de la ciudad turística. Es más, un trozo de hielo del cometa había impactado en un tanque de combustible de los impulsores, encendiéndose y quemándose sin control, empujando a la estación fuera de órbita en una trayectoria de colisión con la Tierra.

El Atlantic se quemaba con mil personas todavía a bordo. Personas que perecían quemadas, aplastadas o que explotaban al cambiar la presión, tal como le había pasado a Albert, o que simplemente se suicidaron antes de esperar la muerte inevitable. Algunos trataron de escapar a su destino vistiendo los trajes espaciales de emergencia y saltando fuera de la estación, con la esperanza de ser rescatados antes de quedar sin oxígeno. Eran intentos inútiles, pues la tiránica física dicta que los cuerpos seguirían la trayectoria del complejo turístico, por lo que continuaron cayendo en la atmósfera y se cocieron vivos en sus trajes espaciales.

Tiempo después, cuando me había recuperado emocionalmente, fui capaz de ver las grabaciones del desastre que las estaciones de televisión habían transmitido a todo el mundo. Las escenas fueron de una increíble crueldad; de



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

un horror espantoso que superaba la más torcida imaginación. Aquel mundo único, que el Atlantic fuera una vez, había colapsado bajo las fuerzas de la naturaleza. Vi como hombres, mujeres y niños morían de las maneras más pavorosas posibles. Pero lo que me impactó más fueron las secuencias de sufrimiento de esos pobres animales que habitaban el zoológico de Atlantic, que murieron después que el anillo exterior colapsó.

Mas todavía sería peor. Mientras el Atlantic comenzaba su caída final a la Tierra, una hora antes del impacto, los controladores espaciales se dieron cuenta de que iba a caer justo en medio de una ciudad muy populosa: Tokio. El alcalde de la ciudad fue informado de inmediato y éste improvisó un plan que salvaría millones de vidas. Primero ordenó que todo aquel que pudiera salir de la ciudad, lo hiciera de inmediato. El resto debía tomar refugio bajo tierra. Es así como treinta minutos después, una fracción importante de la gente había huido de Tokio, mientras gran parte del resto estaba atrincherada en subterráneos, en aparcamientos, bases de edificios y hasta en las alcantarillas, pero principalmente en los largos túneles del metro.

Pero no todos buscaron refugio. El alcalde y algunos de sus asistentes permanecieron en sus oficinas durante toda la emergencia, como lo hicieron también muchos trabajadores de servicios públicos. Los reporteros cubrieron todo el evento sin la menor muestra de temor, emitiendo sus informes desde los techos de los rascacielos mientras veían cómo el asteroide hirviente les caía encima. El meteoro artificial se apreciaba extraordinariamente grande al caer; quemándose salvajemente y cubriendo la mayor parte del cielo con sus grotescas llamas. A medida que la bola de fuego caía al suelo el cielo completo se tornaba naranja intenso, como anunciando el fin del mundo.

Finalmente se estrelló, produciendo una gigantesca explosión con la fuerza de una bomba atómica, la cual envió ondas de choque por toda la ciudad. Un hongo atómico de polvo, humos y destrucción se elevó desde la superficie hasta una gran altura, y una niebla de mugre cubrió la ciudad entera por una hora. Por fortuna era verano y se trataba de un fin de semana, por lo que había sólo cinco millones de personas en la ciudad cuando las alarmas comenzaron a sonar. Muchas tuvieron tiempo de escapar y la mayoría pudo protegerse en los subterráneos de la ciudad. A pesar de eso, las muertes fueron altas: cinco mil personas perdieron la vida en Tokio en aquel día trágico.

4

Tres años más tarde, la compañía Cannard fue encontrada culpable de todos los cargos que se le imputaron durante la investigación de la tragedia, hecho que terminó por quebrar tanto a la empresa como a las aseguradoras. Desde



entonces, la sociedad reguladora del turismo espacial ha prohibido la instalación de complejos turísticos en órbitas bajas e inseguras, permitiéndolos sólo en los puntos de Lagrange o en lugares más lejanos. Las normas de seguridad se incrementaron sobremanera y nuevos métodos de emergencia se pusieron en marcha, tales como los remolcadores espaciales, que pueden empujar cualquier objeto espacial que quede a la deriva, los navíos de rescate de emergencia, que desde entonces están en órbita siempre alertas para asistir instalaciones turísticas en peligro, y la red de detectores de fragmentos de asteroides y cometas, que ahora cubre todo el espacio sublunar en tiempo real.

La industria del turismo espacial se recuperó muy lentamente luego de aquel desastre, pero finalmente salió a flote. Al parecer, la única que no se ha recuperado soy yo.

Por mi parte, no creo que la Cannard haya tenido el monopolio de la culpa, pues pienso que la principal causa del desastre fue la arrogancia. Tanto inversores como científicos e ingenieros, todos ellos, estaban tan seguros de que la ciudad espacial era segura que nadie tomó medidas para prevenir el desastre. Atlantic había sido llamada el edificio más seguro que la humanidad hubiera construido jamás. ¡Qué arrogancia! Y esa ceguera, tan común en la raza humana fue la causa real de tamaña calamidad. Esa soberbia siniestra, inspirada por el Demonio, siembra de confianza los corazones humanos, empujando a los hombres al abismo.

Albert murió aquel día, pero no le perdí por completo, pues dejó su semilla en mí. Un mes después, ya de vuelta en casa, estaba muy deprimida por todo lo que había pasado. De pronto comencé a sentir náuseas muy seguido, e incluso vomité. Pensé que estaba enferma y que quizás me había envenenado por aspirar gases tóxicos durante el desastre del Atlantic, por lo que fui al doctor. La sorpresa fue mayúscula cuando me contó que estaba embarazada. No podía creer que parte de mi amado Albert estaba creciendo en mi vientre.

Iba a tener problemas, de seguro, y no estaba en mis planes ser madre soltera, pero recordé cómo mi pobre Albert había dado su vida por salvar la mía. Si alguna vez pasó por mi mente la idea de un aborto, la deseché rápidamente, como si hubiera sido la inspiración del Demonio. Lo menos que podía hacer por Albert era permitir que su hijo naciera. Y así lo hice, y mi hijo Alberto nació ocho meses más tarde.

La vida me ha tratado bien, pues recibí la ayuda de muchos, desde mis vecinos hasta del estado, incluyendo a tanta gente que se dio cuenta que tener ese hijo era lo correcto. Pero la mayor ayuda me fue brindada por los padres de Albert, quienes se apresuraron a conocerme cuando se enteraron que portaba a su futuro nieto. Fueron muy comprensivos conmigo, y me trataron como si fuera su hija. Les visité a menudo y comprendía sus sentimientos muy bien, ya que



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

Albert fue su único hijo, y Alberto era ahora su único nieto.

El tiempo pasó rápidamente, y en un par de años me enamoré y me casé con Juan. No quería estar sola. Juan es un buen hombre que comprende cuanto he sufrido. Años después, mientras la familia crecía, esos trágicos eventos comenzaron a difuminarse en las sombras del pasado. Sin embargo, a veces, a medianoche, todos los recuerdos me vuelven de improviso atormentándome, y entonces empiezo a llorar, de la misma manera en que lo hice cuando Alberto se graduó con honores de la universidad.

¿Soy feliz? Sí, lo soy, y estoy satisfecha con lo que Dios me ha dado. Sin embargo, en el fondo de mi corazón, no puedo aguardar el momento de dejar este mundo para correr a los brazos de mi amado Albert, quien sigue ahí, más allá de las sombras de la muerte.

© Omar Vega

Omar E. Vega (1958), nació en Santiago de Chile. Ingeniero en computación, con estudios de postgrado en I.A., trabaja desarrollando software geográfico para la minería. Tiene una familia conformada por su esposa, tres hijos, una gata y un conejillo de indias, y vive cerca de unas ruinas incaicas.



NOVELAS

OXÍGENO Y AROMASIA CAPÍTULOS XV y XVI

por Claës Lundin

Traducción: Javier Navarro Costa.

En capítulos anteriores Aromasia ha sido dada por muerta y Oxígeno ha sido elegido al parlamento de Gothenburg. Pero no todo es tan claro en esta historia. En los presentes capítulos, hay un vuelco y se aclara la misteriosa muerte-desaparición de la protagonista. Prepárense para experimentar las nuevas emociones que nos depara la novela.

CAPÍTULO 15: AQUÉL QUE DOMINA LA VOLUNTAD AJENA

— **H** e aprendido mucho durante mi estancia en Gothenburg — dijo Oxígeno a un amigo con el que solía compartir confidencias. Era el día antes de las elecciones.

—Aprenderás mucho más si eres reelegido para tu cargo en el Parlamento —apostilló su amigo.

—No siento la menor emoción por ser elegido para un cargo político —repuso Oxígeno.

Su amigo le miró sorprendido, como esperando una explicación.

—Afortunadamente, ahora me conozco a mí mismo mejor que en el pasado. Ahora sé cuál fue la razón de mi actitud durante el proceso electoral: la verdadera razón. Por otro lado, comprendo que no soy nada sin mi Aromasia. Pero ahora no es el momento de hablar de ella.

»Soy consciente de que es un tema que te preocupa.

»Porque hay algo que he aprendido de todo esto: nunca te quedes quieto, actúa siempre; nunca creas que has conseguido lo mejor, lo excelso. El órgano cerebral me ha permitido alcanzar una maestría en mis manifestaciones artísticas superior incluso al propio Ododión.

»Pero, ¿acaso tengo la sensación de amar a los admirables artistas del



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

Ododión menos que antes?

»Muy al contrario, ¡amo a Aromasia y a su arte más que nunca!, —exclamó Oxígeno— pero su arte va a ser desplazado por el órgano cerebral. Estoy seguro de ello, tanto como de que no regresará a su pasado status de la más elevada de las artes. Incluso mi propia profesión de fabricante de clima está amenazada por considerables restricciones. Sé que queda mucho por hacer pero dentro de poco tiempo nuestra función principal en el pasado, la creación de lluvia o la lucha contra la sequía, no será necesaria y las fábricas de clima terminarán por no ser rentables.

—Antes de que eso pase —objetó su colega, con gesto de suficiencia—, estoy seguro que crearás miles de nubes de lluvia que harán reverdecer los campos. Serán unos buenos años de trabajo en tus fábricas.

—¿Pero por qué esperar a que cesen los encargos? —repuso Oxígeno—. Venderé mi participación en las empresas de clima. Mis conocimientos pueden ser mejor empleados en negocios de nuevo cuño. Tengo la intención de desarrollar y perfeccionar lo que otras personas antes que yo iniciaron. Pero mi primer objetivo será trabajar en, por así decirlo, ciertas conexiones subterráneas.

»Ése es mi nuevo sueño. Pero antes de entregarme por completo a él, mis ambiciones personales deben ser satisfechas. Sin duda, los objetivos empresariales están en primer lugar, pero el ego del ser humano toma el asiento delantero. Ahora trabajo en ese sentido. Sé muy bien que es una tarea gigantesca, más difícil que todas las demás empresas en las que haya puesto mi empeño.

Oxígeno se interrumpió, perdido en profundas consideraciones.

—Pero, después de todo —repuso su amigo—, ¿cuál es la verdadera naturaleza de ese trabajo, esas conexiones subterráneas de las que hablabas?

—No es una cuestión de agujerear la tierra o los volcanes extinguidos —replicó Oxígeno—, tampoco de tocar las estrellas o hacer explotar la luna. No retrocedo ante las quimeras pero soy consciente de qué puede hacerse y de qué no. Pretendo doblegar de forma furtiva, subterránea, la voluntad de una mujer. A esa tarea entregaré todo mi ingenio.

—¡Doblegar la voluntad de una mujer! —exclamó su interlocutor—, ¿pero es que la voluntad de una mujer difiere de la del hombre?

—Oh, por supuesto. Eso creo. La voluntad femenina es infinitamente más fuerte.

—Eso es lo que se decía en tiempos pasados, querido Oxígeno, especialmente



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

en aquellas viejas canciones de los poetas de la antigua Noruega. Ahora encontramos sus versos pasados de moda, pero ellos estaban en contacto con la naturaleza y la esencia verdadera de la humanidad. Y pese a todo, continuaban dedicando la máxima atención a los deseos de sus mujeres.

—¿Por qué debemos recordar la era antigua? —exclamó Oxígeno—. Hoy vivimos en un universo muy distinto.

—Y por lo tanto —se opuso su amigo— no se debe pensar en forzar la voluntad de otro ser humano, ya sea un hombre o una mujer.

—Te pido que olvides toda esa rancia filosofía moral. Mis deseos deben ser satisfechos: esa es la única meta a la que aspira todo ser vivo a menos que sea un hipócrita. Aromasia ha demostrado que posee una voluntad lo bastante fuerte para oponerse a la mía y a causa de ello...

—A causa de ello quieres quebrar sus designios para que se ajusten a los tuyos —le interrumpió su amigo—. ¡Una filosofía moral no antigua sino prehistórica! Y es el hombre de hoy (tal vez incluso ese Oxígeno que está por venir) el que piensa de esa manera y quiere actuar de esa manera.

—El pasado, el presente y el futuro son una única cosa cuando se trata de poseer a Aromasia —explicó Oxígeno con gesto de firme convicción.

—¡Poseer! —exclamó su amigo—. ¡Esa es otra concepción prehistórica! ¿Acaso un hombre debe poseer a una mujer? ¿No es más cabal que ambos convivan con los mismos derechos y deberes unidos en matrimonio?

—Me parece que tú nunca has amado. Lo percibo. Por ello, hablas de abstracciones y conceptos. Yo hablo de la vida real. Debo poseer a Aromasia para ser feliz. Siento que he de obrar así para conseguirlo.

—Debes poseerla —insistió una vez más su amigo—, ¿aún en contra de su propia voluntad?

—No contra su voluntad, pero si ésta se convierte en algo imposible de manejar, debo intentar reorientarla para que coincida con mis designios. En ello me concentro ahora mismo.

—Bueno, pues muéstrate dulce, generoso, valiente, y cualquier otra cosa que tenga un efecto disuasorio en esa voluntad que describes como imposible de manejar. Pon énfasis en la persuasión cuando hables, encanto en cada una de tus acciones, el atractivo más deslumbrador en tu apariencia física.

—¡Tonterías! Eso es lo que se hacía antes; nunca me gustó actuar de tal forma (aún por un corto espacio de tiempo). No, esta nueva era en la que vivimos



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

demanda acciones enérgicas, fuertes, y la voluntad es el mayor reto, aquello que es más difícil de sojuzgar en un ser humano. Ahora estoy trabajando en la búsqueda de los medios apropiados para conseguirlo. Tal vez incluso un tratamiento de choque sobre el sistema nervioso central, para lograr el efecto deseado sobre la voluntad, instigando los sentimientos de simpatía del sujeto del experimento.

—En tiempos pasados, los hombres recurrían a pociones mágicas de amor.

—No hagas un chiste de todo esto —Oxígeno habló muy seriamente—. No hablo de supersticiones del ayer sino de métodos científicos de hoy en día. No he pensado en otra cosa desde hace semanas, y sabes que yo pienso rápido y con meridiana claridad gracias a la formación específica que mi cerebro ha recibido.

»Sin embargo, todavía necesito usar cierto mecanismo especial y, lo que es aún más importante, no sé cómo voy a ser capaz de acercar a Aromasia al objeto al que me estoy refiriendo. Ella me evita y en cambio ofrece su mano a ese tonto de Apollonides. Pero mañana va a dar un concierto en el bloque Örgryte. Entonces podré acercarme a ella.

»No me va a seguir de buena gana, pero hay una manera de conseguirlo. Una ligera corriente del gas de la botella, ésta que puedes ver aquí, creo que podrá conseguirlo. Y con un poco de tiempo, incluso sin mi aparato especial, creo que podré doblegar su voluntad de intratable a algo... digámoslo así, que no me moleste demasiado.

»Si puedo recuperar su amor, estoy seguro que sentiré en breve una tierna devoción hacia ella, aunque gradual y científicamente, claro. Desde que por primera vez me puse a mí mismo bajo la influencia del órgano cerebral, he incrementado el conocimiento de mi mente hasta límites insospechados.

CAPÍTULO 16: UNA PERSECUCIÓN AÉREA

La misma tarde en que Aromasia dio aquel desgraciado concierto en el bloque Örgryte, Oxígeno partía a toda prisa de una reunión electoral en Majorna y se dirigía en bicicleta aérea al edificio donde tendría lugar el concierto. Estaba en un gran apuro. Sus nervios se hallaban muy tensos.

Pocas horas atrás terminaba de investigar qué puede hacer o no la ciencia para someter la voluntad de una mujer. Tal vez fuera un experimento preliminar, pero el resultado le acercaba a una primera hipótesis sobre cómo usar su Doblega-Voluntades (así había dado en llamar su invento); Oxígeno estaba seguro que el aparato funcionaría.



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

Aunque llegó ligeramente tarde, consiguió situarse cerca del escenario donde tocaría Aromasia, pero ella no pareció fijarse en él cuando tomó asiento frente al ododión. Al primer olor-acorde Oxígeno dejó fluir el gas hacia la artista. Se sorprendió por el extraño hedor que se disipaba, pero estaba demasiado concentrado manejando el gas del Doble-ga-Voluntades para preocuparse de nada más.

Cuando todo el público empezó a estornudar, incluido Oxígeno, todavía no fue consciente del peligro, no hasta que vio a Aromasia caer al suelo desmayada.

Sólo entonces detuvo la espita del gas y corrió hacia la inconsciente Aromasia. Nadie parecía preocupado por su indefensa situación: la audiencia corría para salvar el pellejo. Oxígeno tomó a su amada entre sus brazos, pero no advirtió signos de vida.

Por suerte, había dejado su bicicleta aérea aparcada detrás de una ventana y no en una de las entradas o salidas señalizadas. Cargó a Aromasia y se la llevó en su bicicleta, sentada sobre su regazo, camino de las alturas. El asiento era demasiado pequeño para los dos pero se las arregló para conseguir conducir el vehículo como el mejor jinete flotante.

Pero un pensamiento torturaba a Oxígeno. ¿Estaría Aromasia muerta? ¡No!, sentía su corazón latiendo contra el suyo. El aire frío de la noche consiguió hacer el resto. Ella abrió los ojos, observó el brazo de Oxígeno agarrándola mientras conducía con el otro y miró en derredor con gesto aterrorizado. Aún planeaban ambos sobre el cielo azul. Muy por debajo de ellos, aguzando la vista, podían advertirse las llamas que consumían el salón de actos. La luz del alumbrado público de Gothenburg brillaba vagamente. Un fuerte viento soplaba sinuoso por el aire.

Aromasia recordó su turbación en el momento del accidente, durante el concierto. Sintió un profundo dolor a causa de todo ello. ¿Cómo podía haber sucedido? ¿Cuál fue la razón? Sin embargo, después miró a Oxígeno, que la abrazaba con fuerza mientras avanzaba por el aire como una exhalación.

La noche estaba cubierta de estrellas, brevemente iluminada, y no había señal de vida humana excepto por ellos dos. Tan sólo una luz lejana, un brillo por encima de la oscuridad a la misma altura que ellos, acaso otra bicicleta aérea.

Era como en aquellos lejanos años en que caballeros llevaban en su montura a nobles damas desde algún castillo, o tal vez no de un castillo sino raptadas de una choza maloliente. Aromasia recordó que había leído sobre aventuras de este tipo en los libros antiguos y encontró aquella situación humillante para una mujer de su tiempo.



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

—Oxígeno, ¿por qué nos alejamos de Gothenburg? —dijo ella, pellizcando su brazo con fuerza.

—Te llevo a un lugar seguro —replicó él—. Debes abandonar todo contacto con ese terrible accidente que ha sucedido.

Y pasó a describir las circunstancias del siniestro, aunque omitiendo por supuesto toda mención al gas que él había disipado.

—Quiero descender al suelo —explicó Aromasia.

—¡Más lejos! ¡Debemos ir aún más lejos! —exclamó Oxígeno—. Pronto veremos... —y Aromasia oyó o imaginó oír que añadía—: lo que el Doble-ga-Voluntades puede hacer.

Pero ella no sabía de qué demonios estaba hablando.

Así que avanzaron hacia el noroeste, camino del lago Vättern, y sin duda habrían alcanzado la antigua ciudad de Alingsås, pero una voz se elevó de los altavoces de la bicicleta, conminándolos a detenerse.

Oxígeno trataba de averiguar de dónde había venido la llamada cuando vieron en la distancia a un jinete flotante, que se apresuraba en su dirección. No había suficiente luz para reconocerlo, pero Oxígeno imaginó que la voz pertenecía a Apollonides.

El descubrimiento hizo que Oxígeno acelerase. Aromasia, que también había reconocido la voz del poeta, no dijo nada. Se sentía humillada al ser llevada como un fardo a una meta desconocida, sin capacidad de oposición o de respuesta. Porque, ¿qué podía hacer? Estaba por el momento en poder de Oxígeno.

¿Quería ella en verdad escapar? ¿Había surtido efecto el gas Doble-ga-Voluntades? ¡No!, pero ella se sentía en parte en deuda hacia su salvador y aún albergaba cálidos sentimientos hacia él. Nunca había dejado de amar a Oxígeno, aunque su orgullo de mujer se había revuelto ante la actitud, a sus ojos, extraña e indigna de éste.

Los recuerdos del accidente se mezclaban con todos estos sentimientos. Aromasia comprendía que lo sucedido sería un duro golpe para su arte y una influencia deplorable en muchos aspectos.

¿Cómo había ocurrido el accidente?, se preguntó. La sospecha surgió en su mente al tiempo que Oxígeno tendía una mano sobre la de ella, como reafirmando su poder, pero Aromasia descartó esa idea por imposible. Pensándolo bien, no podía creer que Oxígeno pudiera ser culpable de un acto tan indigno.



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

Mientras el cerebro de Aromasia se ocupaba de estos asuntos, no le prestaba mucha atención a aquella odisea aérea, a pesar de que de todo corazón quería que terminara pronto. Pero su deseo no parecía que fuera a cumplirse. Oxígeno aceleró con una intensidad febril, sin poder disimular su furia. Parecía como si quisiera a toda costa evitar ser alcanzado por su perseguidor, que estaba tan cerca que pudieron reconocer sin atisbo de error los rasgos de Apollonides.

Éste, cuando el incendio había arrasado la sala del concierto en el bloque Örgryte, apenas había tenido tiempo de escapar vivo en compañía de la anciana señora Vera. Entonces lanzó un aullido de dolor y creyó imaginar a una bicicleta que huía emergiendo sobre las llamas.

De inmediato razonó que Oxígeno podía haber aprovechado el momento para escapar con Aromasia, viva o muerta. El rancio y abrasado poeta¹ siempre tenía la cabeza llena de fantasías románticas, pero esta vez su imaginación le condujo por el sendero de la verdad.

—Una bicicleta, ¡mi reino por una bicicleta! —chilló Apollonides, y corrió por los aledaños del edificio en llamas buscando algún vehículo que sirviera a sus propósitos. Conocía la obra de Shakespeare y lo citaba a menudo, pero en el siglo XXIV resultaba un poco más difícil que en los tiempos de Ricardo III pagar cualquier servicio con un reino, ya que era un artículo que no se encontraba en los mercados desde hacía ya mucho.

—Señor, puede usar mi bicicleta aérea si lo desea. Se trata del último modelo, provisto de unas nuevas mejoras en la velocidad, que la hacen imparable — declaró un hombre que acababa de descabalar de los cielos.

—Oh, benefactor y libertador de la humanidad —exclamó calurosamente el abrasado poeta en su rancio lenguaje habitual, aceptando la oferta del desconocido. Luego dijo unas breves palabras de disculpa hacia Vera y, despidiéndose, se encaramó al sillín.

1 N. del T. (juego de palabras intraducible): en el texto se hace referencia en varias ocasiones a una forma de poesía arcaica de la antigua Noruega y de Islandia (scaldic poetry). Más arriba he traducido la primera referencia a esta poesía como canciones de los poetas de la antigua Noruega. Ahora bien, la palabra scald significa también quemadura. Describiendo a Apollonides con ironía, el autor le coloca el adjetivo scald, que podríamos traducir por abrasado, en diferentes momentos de este capítulo, queriendo con ello significar que está abrasado de amor por Aromasia y que a la vez comparte los fundamentos heroicos y pasados de moda de los antiguos poetas Noruegos. Por ello traduciré rancio y abrasado poeta en varios momentos de este capítulo.



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

—Son quinientos francos —dijo el dueño de la bicicleta aérea.

—¡Qui... quini... quinientos francos! —Apollonides tartamudeaba, componiendo una expresión de terror.

—Estoy seguro que el precio podría considerarse mayor que el de uno de esos reinos de antaño, pero me parece que usted tiene muchas ganas de partir. Así que tal vez la suma no le resulte demasiado alta, después de todo —remarcó el hombre que le había ofrecido la bicicleta.

Apollonides meneó la cabeza y le miró con gesto verdaderamente triste. Estaba a punto de abandonar la persecución incluso antes de haberla iniciado, pero Vera avanzó hasta situarse entre ambos hombres. Entonces, tomó un papel, garabateó unas palabras a toda prisa bajo la luz de los edificios en llamas y dejó el documento por escrito al dueño del vehículo. Luego dijo, apremiante:

—Tenga usted, un cheque del Banco de Gullbärg. Mi nombre es bien conocido allí.

—¡Rápido! ¡Deprisa! —dijo luego en voz alta a Apollonides—. Ve a traer de vuelta a Aromasia si es que no se ha quemado hasta la muerte en el incendio.

El poeta saltó sobre la bicicleta aérea, pulsó el mecanismo de elevación y dijo adiós, desapareciendo sobre las nubes.

Se trataba, en efecto, de un vehículo de una extraordinaria velocidad punta. En pocos minutos divisó a Oxígeno y a su bicicleta en la lejanía. Luego se aproximó a una distancia desde la que pudo llamarlo por el comunicador del vehículo.

Cuando el conductor se volvió, Apollonides se dio cuenta de que en la bicicleta aún había dos personas. No dudó que se trataba del fabricante de clima y la hermosa Aromasia. Esta certeza aumentó su determinación de darles alcance.

Pero aunque Oxígeno todavía tenía una buena ventaja, su bicicleta, al llevar a dos personas, no podía contrarrestar la velocidad de su perseguidor. Cada minuto perdía un buen puñado de metros. Oxígeno se daba cuenta de ello. Tenía que hacer algo. Debía llevar a Aromasia a un lugar donde pudieran esconderse de los demás por un tiempo. El Doble-Voluntades tenía que hacer su trabajo.

¿Debía revolverse y enfrentar a aquel poeta rancio y abrasado de amor? Pensó en ello durante unos momentos. Cómo le gustaría librarse de aquel bufón insufrible de una vez por todas.

¡No! Se sacudió violentamente, comprendiendo que mientras acarrease a Aromasia no podía estar seguro del resultado de un combate semejante. Era más



prudente esforzarse en poner tierra de por medio.

Y aquella caza sin tregua prosiguió sobre el distrito de Falköping. El lago Billingen estaba bajo ellos. El campo de visión de Oxígeno se tiñó de púrpura: era la luz roja del amanecer brillando sobre la superficie reflectante del lago Vättern. Las viejas ruinas de Karlsborg se destacaban como un relieve hecho a cincel contra las aguas en calma.

—¡Qué bella visión! —exclamó involuntariamente Apollonides, dominado por su vieja costumbre de arrojarse ante las maravillas de la naturaleza. Se detuvo el poeta por un momento, obnubilado por los sonrosados rayos de sol que presagiaban la aurora² y que ahora parecían escurrirse como olas entre sus dedos desde el otro lado del lago Vättern.

Incluso Aromasia dejó llevar sus pensamientos hacia la belleza de la luz carmesí del amanecer. Hubiera sido maravilloso, pensó, flotar en el cielo junto con al hombre que amaba, regocijándose en la hermosa mañana que se apresuraba a hacerse uno con el sol naciente. Pero ella no había iniciado aquel camino por su propia voluntad, ni había sido consultada acerca de sus deseos de continuar el viaje. Ese conocimiento perturbaba su alegría por el hermoso cuadro que poco a poco se desarrollaba a sus pies, a veces escondido entre las nubes, a veces asomando en un fulgor rosa y escarlata.

Apollonides se sacudió por fin su entusiasmo poético y, una vez más, dirigió su atención a aquellos a los que perseguía. Demasiado tarde. Ahora Oxígeno había aumentado su ventaja, y tomó altura hasta situarse por encima de una nube que le ocultó por completo. Su perseguidor disminuyó su velocidad sin saber a dónde ir. Los primeros rayos del sol golpearon la nube que ocultaba a Oxígeno y Aromasia, tornándose dorados y luego atravesándola. Apollonides había sido testigo de una imagen gloriosa, pensó, porque vio a Aromasia rodeada por los rayos del sol de la mañana en lo alto en el cielo, una de las diosas del

² N. del T. (Juego de palabras intraducible o de traducción críptica para el lector): el texto dice textualmente the rose-fingered Eos which seemed to wave its hand, refiriéndose al viejo arquetipo homérico rosy-fingered dawn, que alude a los sonrosados dedos (fingers) en este caso de Eos (la aurora). Por ello la metáfora se extiende a Apollonides que alarga su mano para ver el amanecer en la lejanía entre sus falanges. Naturalmente no se trata en este caso de dedos sino de rayos de sol y así lo he traducido en lugar del literal sonrosados dedos de Eos. El arquetipo literario también existe en castellano pero la traducción más exacta es abstrusa y cultista: obnubilado por los sonrosados dedos de Eos, que ahora parecían escurrirse como olas entre sus propios dedos, desde el otro lado del lago Vättern.



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

pasado, una Virgen María con un halo cegador. Y estaba más cerca de ella de lo que había estado nunca desde que inició su persecución.

—Voy a lanzar a Apollonides al lago —exclamó Oxígeno, olvidando su anterior decisión de no enzarzarse en una lucha.

Ahora estaban ya en las inmediaciones del gran lago Vättern. La superficie del agua se encrespaba a cada segundo. El viento soplaba desde Östergötland. Se hizo más fuerte y Oxígeno se elevó, buscando capas aún superiores de la atmósfera. Tenía la esperanza de que Apollonides no se atreviera a seguirle, pero esta esperanza no se materializó, y le dominó la firme voluntad de encontrar una manera de deshacerse de él para siempre.

El fabricante de clima frenó su vehículo y descendió en picado hacia el agua, cara a su enemigo, que aún estaba bastante lejos. Una resolución salvaje brillaba en sus ojos.

—¡Oxígeno! —gritó Aromasia, con miedo en la voz.

Ella sospechaba sus intenciones.

Pero Oxígeno hizo como que no la escuchaba. Se encaminó veloz hacia el poeta, quien se sorprendió al ver la bicicleta que perseguía en pleno descenso. Un instante más y la colisión habría sido inevitable. Era como un águila cayendo sobre una presa indefensa. Pero en el último momento, Aromasia logró girar el manillar de la bicicleta, que silbó al pasar junto a la de Apollonides a una velocidad terrible.

El movimiento de la mano de Aromasia había sido tan rápido y poderoso que Oxígeno no había sido capaz de evitarlo. Su sorpresa fue tan grande que se olvidó de recuperar la posesión de los manillares, que Aromasia abandonara después de su intervención. La bicicleta siguió cayendo en picado de forma vertiginosa. Aromasia sintió que su cabeza le daba vueltas.

El viento aumentaba en vigor. El lago Vättern de repente cambió su apariencia. La superficie se veía oscura y amenazadora, y el mar estaba embravecido. Se oyó el silbido de las olas y la espuma salpicó en el aire. La bicicleta no tardaría en hundirse en el burbujeo de las aguas, sumergiéndose en las profundidades.

Sin embargo, los fuertes brazos de Oxígeno asieron el manillar y con ambos pies, pedaleó con fuerza en el mecanismo de elevación hasta que el vehículo se alzó una vez más hacia las alturas. El viento soplaba en ese momento del norte, y en el estrato inferior de aire, donde ahora se hallaban, Oxígeno no podría devolver el vehículo a su dirección pretérita, a pesar de todos sus esfuerzos.



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

Avanzaban pues a la deriva a una velocidad salvaje, hacia el sur, y pronto emergerían flotando por encima del extremo meridional del lago, a través de la bahía, donde una vez la antigua ciudad de Jönköping había combatido las acometidas del lago Vättern, para finalmente sucumbir y hundirse bajo sus aguas. Sólo la cresta más alta del Dunkehall se había mantenido por encima de la superficie del lago.

Ahora, una vez más, aparecía ante sus ojos el Dunkehall como atalaya del continente. La bicicleta seguía su rumbo, derivando lentamente hasta que apareció la montaña Taberg. Parecía una piedra tallada a bisel. Se acercaron a la orgullosa Värnamo, una de las ciudades más destacadas de los países escandinavos. Sus antiguas ferias desde hacía mucho ensombrecían las de Leipzig y las reuniones de negocios en Nizhni-Novgorod.

No sabían a dónde había ido a parar Apollonides. El fabricante de clima se sentía satisfecho de que se le hubiera escapado antes de que cometiera una barbaridad. Más tarde se habría lamentado amargamente. La ira que sentía cuando Aromasia giró el manillar se había extinguido. Ahora se sentía agradecido por que le impidiese herir a Apollonides. No obstante, Oxígeno no dudaría en volver a atacarle si se le ocurría asomar de nuevo la nariz por allí.

Ni Oxígeno ni Aromasia habían dicho una palabra desde que escaparan de la muerte en lago Vättern. Él había estado demasiado ocupado conduciendo su bicicleta desde entonces, pues ésta parecía tener problemas con las marchas y no ascendía ni descendía los obstáculos como antes.

Después de evitar la colisión con Apollonides, Aromasia estaba de nuevo entregada a sus pensamientos, indiferente al momento presente.

¿A dónde iban? Una vez más vieron una gran ciudad, más grande incluso que Värnamo.

—¿Dónde estamos? —preguntó Aromasia.

—Parece ser Älmhult —respondió Oxígeno—. La principal ciudad del sur de Suecia.

—Pero yo quiero bajar, ya sea en Gothenburg o Estocolmo —explicó Aromasia con convicción en su voz.

Oxígeno le aseguró que ya no eran dueños de su vehículo. Las marchas fallaban e iban a la deriva trasladados por la fuerte corriente de aire. Sólo podía evitar que la bicicleta se estrellase o subiera demasiado alto.

La situación no era la más deseable, a pesar de que tanto Oxígeno como Aromasia eran experimentados jinetes del aire y más de una vez habían



marchado juntos de excursión. A finales del siglo veinticuatro, aún no habían sido construidos vehículos aéreos plenamente operativos, como los que se utilizarían en el siguiente siglo. Pero la gente viajaba mejor y mucho más segura que en los ferrocarriles de hoy en día, por no hablar de las peligrosas travesías a caballo.

La corriente de aire cambió de dirección una vez más y parecía como si quisiese enviarles hacia el Kattegat. A pesar de que sólo divisaban Öresund por debajo de ellos, tuvieron grandes dificultades para cruzar sobre el agua. El aire estaba lleno de diferentes vehículos y aviones de carga cruzando entre las costas de Skåne y Sjælland camino del Mar Báltico y las costas alemanas.

Necesitaron grandes dosis de habilidad y fuerza para no chocar con algunos de los muchos barcos de vela aéreos que corrían en diferentes direcciones tocándose entre sí. Era muy difícil maniobrar, ya que la bicicleta de Oxígeno estaba dañada por los esfuerzos de la persecución y la caza nocturna, tal y como acaba de ser explicado, lo que les obligaba a navegar a la deriva siguiendo la corriente de aire.

Y así fue que la corriente decidió transportar el vehículo confortablemente a través de las aguas, y después de doce horas de venturoso trayecto, nuestros dos viajeros aterrizaron en Copenhague, en lugar de Estocolmo.

(Continuará...)

© Claës Lundin

Hace cien años, Claës Lundin (1825-1908) era bien conocido en Suecia. Fue periodista y corresponsal en el extranjero, trabajando para periódicos en su oriunda Estocolmo y en Gothenburg. Escribió muchos libros, principalmente sobre la vida en Estocolmo, pero también libros de viajes por Europa y Suecia. Antes de su tormentosa colaboración con Strindberg, publicó en 1878 su novela de ciencia ficción Oxígeno y Aromasia. La novela se inspiró en Bilder aus der Zukunft (Imágenes del futuro), del filósofo y escritor de ciencia ficción alemán Kurd Lasswitz (1848-1910). La novela se puede leer en su idioma original en el siguiente enlace: <http://runeberg.org/oxygen/>



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

CRÓNICAS DE LA TIERRA MESTIZA

SEGUNDA PARTE: EL GUARDIÁN DE NUESTROS HIJOS

por Javier Navarro Costa

La Tierra Mestiza ha llegado a un punto de relativa tranquilidad después de diversas guerras y muertes prematuras de sus reyes. La trama del presente capítulo se desenvuelve entre juegos, matrimonios arreglados, muertes sorpresivas, un príncipe disminuido y un rey que deberá aprender la lección más importante de su existencia.

Hurgando en mi corazón,
pretendo hallar lo que en él se oculta;
pero lo que un día aprendí
duerme hoy en el olvido
y de lo que forjaron nuestros antepasados
ya nada sirve.

(Palabras de Anju)

CAPÍTULO 4: TREPADORAS

211 d.A.
(6 años después)

0

Perdurar más allá del tiempo. El tránsito al otro mundo en veinte casillas. Cinco peones que se adentraban en los misterios de la eternidad para salir victoriosos, henchidos de sabiduría, o quedar atrapados en ella para siempre, presos de laberintos incognoscibles. Ése era el premio que se barajaba en cada partida.

El príncipe Bakenkhonsu lo sabía perfectamente. Por su mesa de Senet habían pasado buena parte de los notables de la Tierra Mestiza. Fijada sobre un trineo, sus patas, acabadas en garras de león, se apoyaban en soportes de oro. Construida en el más fino ébano, la superficie de juego se había revestido de marfil. Bakenkhonsu, por su parte, era un jugador hábil y reconocido; pocos habían logrado doblegar su mano hasta ahora. Pero no siempre se puede ganar.

—Sois un contrincante extraordinario, mi Rey. Tres triunfos consecutivos. ¡No puedo creerlo!

Hapu rió de buena gana. Tenía la certeza casi absoluta de que su rival había forzado deliberadamente el error, cayendo en la Trampa de Agua para retroceder las posiciones suficientes que le permitiesen a su Rey acceder a la Casa de la Felicidad, y luego a la victoria. Pero no importaba, el príncipe Bakenkhonsu era



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

una de las pocas distracciones que se permitía desde hacía mucho tiempo. Y era un buen amigo, alguien de confianza. Esa cosa que es tan difícil de hallar, de conservar, para un gobernante.

—Creo que hoy la suerte se ha aliado conmigo. Mañana lo hará con mi primo.

Bakenkhonsu se inclinó en una reverencia.

—Eso espero.

Con una copa de vino en la mano abandonaron la mesa de Senet y alcanzaron la terraza, donde la puesta de sol desgranaba su último y agónico desenlace. Hapu se sentó en una banqueta y tomó un pequeño un sorbo de su bebida.

—A menudo me entristece ver a mi padre Re alejarse en el horizonte para librar su batalla contra la serpiente Apop y todos esos terribles demonios de la oscuridad. Si en el Doble País brillase siempre la Luz Divina el mal desaparecería.

Bakenkhonsu no pudo estar de acuerdo.

—Si no hubiese tinieblas no habría luz, ¿cómo sabríamos distinguir las? A la luz la llamaríamos oscuridad, y al desorden, luz. La Regla se quebraría.

—Una cosa no es nada sin su contrario.

—Así lo veo yo, mi Rey.

Las puertas se abrieron con gran estrépito. Un Guardia se abalanzó hacia donde se hallaban y les miró desconcertado. Se postró de hinojos.

—No oíamos voces. Todo estaba en silencio desde hacía demasiado rato. Desconfiamos. El Jefe de la Guardia me ordenó entrar. No pensamos que Su Majestad se hubiese retirado a...

—Si alguna vez más volvéis a interrumpir mi descanso en las estancias del príncipe Bakenkhonsu perderéis la vida tú y el que te lo mande. Transmitid este mensaje al Jefe de la Guardia y a sus Capitanes.

El soldado desapareció.

—¡Esos borricos!

Hapu parecía enojado, pero no tardó en recuperar la calma. Miró a su primo, que aguantaba sus carnes atocinadas en una banqueta aún menor que la suya, al filo de la balaustrada, y pensó que seguramente aquel hombre, aunque de otra manera, soportaba como Re y como él mismo un peso superior al que, de forma



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

natural, estaba preparado para sobrellevar. Quizás era eso lo que les unía. Le pareció una reflexión cruel y la desechó de su corazón.

—Hay algo de lo que toda la corte habla, primo. El Visir, la Reina y todos los Amigos han venido a molestarme con ello. No me dejan en paz. Pero tú, primo, me distraes, me sirves bien y callas cuando es debido. Así pues, a ti te escucharé.

Bakenkhonsu se sintió halagado y algo sorprendido. ¿Cómo era posible que la vieja bruja Constelación hubiese previsto tantos años atrás aquel instante? Llegados al punto en que las cosas deban empezar a trastocarse, le había dicho una noche, si quieres influir en Hapu, no le hables de nuestro tema si lo encuentras notorio y percibes que los demás le apremian. Él vendrá entonces a pedirte consejo. Aquella mujer había sido una maga muy poderosa, aunque no creyera en la magia. Y todavía lo era desde el otro mundo.

—El asunto del Heredero, desde luego.

—Desde luego.

Respiró profundamente. Expira y habla despacio, pequeño Bakenkhonsu, mi nietecito. Así creará que improvisas lo que dices. Aunque todo esté escrito, dibujado en las estrellas y en los diseños del Oculto.

—Ajep es un Heredero disminuido, y será un Rey disminuido. La traición de Marea no puede quedar impune. Sería una afrenta a los ojos de dios —tragó saliva—. Pero, por otro lado, es el único Heredero válido. El resto no son sino hijos de concubinas, necios y bastardos. La mera posibilidad, el acercamiento, la duda que indujese a pensar que cualquiera de ellos tiene una opción de sucederos, aunque fuera remota, daría alas a todos los otros, y habríamos encendido una antorcha que puede envolvernos a todos con su llama. Tal vez una guerra civil.

—Eso pienso yo. Pero son muchos a los que les repugna la idea de que el hijo de esa ramera desleal vaya a...

—Queda Pleamar —le interrumpió Bakenkhonsu.

—Pleamar será Reina; lo que debe ser.

—¡Oh, puede ser mucho más que eso! Podríais dejar bien sentado ante vuestra esposa Solsticio, ante vuestro Visir y los Amigos del Rey, y ante todos los notables si es preciso, que es la niña Pleamar quién detenta el legítimo vínculo de sangre, el poder y la balanza del Doble País. Ella será Reina y Ajep caminará a su lado, o mejor, detrás de ella. ¿No es eso lo que todos desearían?

Hapu le envolvió en una penetrante mirada. Había despertado su interés.



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

—¿Y Ajep no se levantará contra una sumisión semejante?

—¿Ajep? ¿Conocéis un poco a vuestro hijo? Se contentará con su plumier y sus cálamos, sus rollos de papiro y sus sueños. ¿Sabíais que pretende compilar toda la novelística desde Djordedef? ¿Que sueña con escribir unos Anales de nuestro país desde la unificación de vuestro abuelo Tutmose? ¿Que no usa RLV y escribe manuscritos como lo hacían nuestros antepasados en el lejano Egipto? No, ese muchacho se conformará con lo que le demos, fue cuidadosamente elegido por noso... —Bakenkhonsu se envaró, había estado a punto de hablar más de la cuenta, de revelar cómo los otros Herederos, niños sanos y un día hombres y Reyes fuertes, fueron apeados del camino para que la niña Pleamar pudiera gobernar sin nadie que le hiciera sombra—. Elegido por los dioses, quería decir, para acompañar a vuestra hija en el trono. Sabéis, siempre he creído que Pleamar será la primera mujer en gobernar de pleno derecho la Tierra Mestiza. El primer Rey nacido mujer.

Hapu rió de nuevo. No se había dado cuenta de nada.

—Una mujer... Rey, ¡qué ideas se os ocurren!

Pero su rostro estaba tenso; imágenes confusas inundaban su corazón. Recordaba tal vez los extraños prodigios que sobrevinieron durante el nacimiento de la niña: la visión del Supervisor de los Enanos; la mágica aparición de la Sagrada Banda de Amón en manos del recién nacido; los magos, que interpretaron todos estos hechos como señal de una especial conjunción entre el Oculto y Pleamar. Ya entonces le habían hablado de que ella podía acabar siendo la que gobernase el Doble País por sí misma, sin nadie a su lado.

Una mujer, un Loo... Rey.

Repentinamente, se puso en pie y abandonó la terraza murmurando una despedida. La Guardia le siguió alarmada hasta los aposentos de su hija. Frente al umbral, Hapu esperó largo rato con su escolta mirando nerviosa en derredor, las manos reptando hacia el mango de sus cuchillos. Entró por fin, sin hacer ruido. Pleamar ya dormía. Su cabecita se inclinaba al compás de sus sueños.

—Una mujer... Rey de este nuevo Egipto de las estrellas —musitó, perdido en sus pensamientos.

Pero sus palabras no despertaron a la niña.

Siptah estaba, como siempre, sentado en su fantasmal banqueta, prisionero de sus habitaciones sobre las caballerizas de los Heteri... esperando. En



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

ocasionales momentos de lucidez y de cordura conseguía entender que no había nada por lo que esperar, pero luego, con el nuevo amanecer, lo olvidaba, y seguía esperando.

A veces venía a visitarle el Amigo del Alba, la entidad que le había empujado a luchar contra la conjura de las Loo del harén real y sus Nlòplales pestilentes.

—Supongo que a estas alturas te habrás dado cuenta que no existo, que soy un fruto de tu mente, un símbolo de la tradición, de toda esa bazofia y esos preceptos caducos que llevan atando a los hombres al poder desde el principio de los tiempos. Sólo te utilicé, o tú me utilizaste a mí; en este nivel de enajenación es difícil saberlo.

Por suerte, el amigo del Alba venía pocas veces, y desaparecía luego de alguna frase ingeniosa como la anterior, en medio de una espiral de humo.

Y eso le dejaba todo el tiempo del mundo para parafrasearse a sí mismo y pensar en sus dátiles: dátiles suaves, dátiles grandes, hermosos, entre las manos, en la boca, bajo lengua. Su pulpa dulcísima se deshace entre tus dientes y el hueso, ¿cómo es posible? Apenas es un punto negro, una pepita, que dejamos pasar sin problema a la garganta. Nada se desperdicia en ese dátil, grande como una montaña, carnoso como uno labios de mujer...

Desde joven habían sido la debilidad de Siptah. Los cogía él mismo mientras tuvo fuerzas y las palmeras no resultaron demasiado altas. Luego los hizo comprar, traer, almacenar, servir... Nada echaba en falta el mago de su vida anterior salvo los dátiles. Maldita sea. Si su espíritu no estuviese ya condenado lo vendería por un puñado de ellos.

Y, entre tanto, seguía esperando.

Neheb también esperaba. En el Dominio de las Esposas del Dios, las sacerdotisas adeptas a la vieja Constelación le habían educado hasta convertirle en un muchacho con las aptitudes y los conocimientos de un príncipe. Él, por su parte, aunque sólo contaba con once años, era lo bastante inteligente como para no desperdiciar una oportunidad como aquella: la sabiduría era un bien escaso en el mundo, y en la Tierra Mestiza conseguir dominar los jeroglíficos tanto en la lectura como en la escritura era ya, por sí mismo, y en el peor de los casos, la seguridad de un trabajo digno y bien remunerado como escriba; pan y cerveza suficientes, una casa y una buena mujer y el respeto de tus conciudadanos. Un hombre que supiese manejar los signos de un RLV era un pilar de su comunidad.

Pero en el Dominio de las Esposas del Dios tenían otros planes para Neheb. Se había decidido que el niño, una vez completada su formación intelectual, ingresase en el ejército y se labrase una buena hoja de servicios. Luego ya se



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

encargarían ellas de acercar al muchacho hasta los círculos cortesanos del palacio de Ity-tawy. Y allí serviría a los intereses de la sabia maga Constelación como ya lo hacía el príncipe Bakenkhonsu desde hacía años.

No importaba que la Señora del Cielo hubiera fallecido y alcanzado finamente la otra orilla. Su larga mano alcanzaba a los mortales tanto desde este mundo como desde el otro, que no era sino una plataforma más desde la cual vigilar a sus hijos como lo hiciera en vida. Todos habían oído rumores de que la Casa Real pensaba divinizarla y llevarla al panteón junto a los otros dioses. Un honor impensable, que ninguna mujer había conseguido en más de mil años en el antiguo Egipto. Pero Constelación no era sólo una mujer, sino la Señora del Cielo, la última de los Primeros, la madre del Doble País.

Y entre tanto, Neheb, paciente, esperaba; esperaba en la biblioteca, aplicado en los estudios que un día le convertirían en un hombre erudito; esperaba que llegase el momento de escribir su historia con letras de oro en el Árbol del Destino, tal y como le habían prometido los Recitadores del Dominio y la propia Constelación. Pero si eso no sucedía, él podría conformarse con un trabajo digno y bien remunerado como escriba. Porque para él, aquél era ya un futuro digno de escribirse con letras de oro en cualquier parte. No necesitaba, no ambicionaba más. Al menos, no todavía.

Y es que Neheb no le pedía demasiado a la vida. Estaba cansado de todas las atenciones que recibía y de todo lo que se le exigía por haber recibido el honor de ser el primer humano entre aquellas cuatro paredes. Ojalá pudiera volver a atrás y escupir a la cara de Constelación el día que lo presentaron en sociedad. Ojalá pudiera volver a ser sólo un niño.

Embebido en sus pensamientos, Neheb no reparó en la figura que le observaba desde el fondo de la estancia, en la penumbra, guiados por sus ojos compuestos que enfocaban y desenfocaban vertiginosos al muchacho. Precesin percibía alguna cosa extraña en él, algo que le inquietaba sin poder evitarlo. Era como si su precocidad no le permitiera haber madurado como al resto de los jóvenes y le faltase algo que todos los hombres poseían: humanidad. Pero para un extraterrestre el concepto de humanidad era demasiado ambiguo, y su mente trataba de apaciguarle diciéndole que aquel joven era tan incomprensible a sus ojos como el resto de los mestizos de apariencia y costumbres humanas. Él era un Loo, el más alto cargo de la SoGen y del Dominio de las Esposas del Dios ahora que faltaba Constelación. Nunca entendería lo que de verdad pasaba por la cabeza de aquellos seres pálidos y enigmáticos.

Precesin avanzó al cabo por la biblioteca, una gran sala con imponente columnas papiriformes, que guardaba la mayor colección de RLV de toda la Tierra Mestiza. El suelo formaba un mosaico de teselas rojas y blancas de las que emergía la figura de la leona Pajet, el alma protectora del Dominio, rindiendo



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

pleitesía a la todopoderosa Reina-Madre Constelación.

—Me han dicho que tus ansias de conocimiento te han convertido en el primero de tu clase —comenzó el Rector—. Nos sentimos satisfechos de que hayas respondido a las expectativas puestas en ti.

Neheb se incorporó y miró fijamente a su interlocutor, que le sacaba al menos cuatro Codos de altura. Su porte era majestuoso, vestido con una túnica de primera calidad y una cinta en la frente, también de lino, bordada a mano con la efigie de un león rampante. Mientras, el Loo, como todos los miembros de la SoGen, había venido a su encuentro completamente desnudo.

—Vuestras expectativas no son cosa mía, Precesin. Yo estudio para labrarme un futuro.

—Sin embargo, supongo que sabrás agradecer todo lo que hemos puesto a tu disposición, desde alojamiento a materiales educativos, en todos estos años.

Neheb pareció meditar su respuesta.

—Yo sé a qué y a quién debo mi ascendente y sabré recompensarle como se merece.

Esta crítica respuesta no gustó al Rector de la SoGen, pero prefirió no ahondar en aquel asunto, pues intuyó que sólo serviría para comprobar su incomprensión de los asuntos humanos. Tomaron asiento en sendas banquetas y rehuyeron largamente sus miradas.

—Creo que has preguntado por nuestras investigaciones en cohetes —dijo de pronto Precesin.

—Sí, me ha llamado la atención que dediquéis tantos esfuerzos a algo que de nada va a servirle al pueblo.

—El pueblo no sabe lo que es útil y lo que no lo es —contraatacó el Rector—. Además, la Señora del Cielo dejó dicho que debíamos llegar lo antes posible a la luna Tonutir.

Neheb parecía interesarse por los primeros grupos de estudiantes, que salían a aquella hora de sus clases y empezaban a llegar a la biblioteca para completar sus horas lectivas. Sin embargo, repuso:

—¿El que la vieja Constelación lo pidiera en sus últimos días justifica el fabuloso gasto que sin duda se llevará a cabo en la próxima década? Ambos sabemos que su cabeza no estaba en su mejor momento por entonces.



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

—Tú no la conociste antes de esa fecha; tenías cinco años cuando murió. No puedes juzgar lo que pasó entonces como hoy no puedes juzgar qué es lo mejor para la Tierra Mestiza. Sigues siendo un niño.

—Y aún así ingresaré esta misma Estación en la SoGen, y ¡nada menos que en el Consejo Dirigente! —exclamó Neheb, simulando un asombro que no sentía.

—Así lo dejó dicho también la Señora del Cielo —dijo Precesin, encogiéndose de hombros.

—¡Menuda suerte! Debe ser maravilloso no tener que decidir nada y que un difunto se encargue de ordenar las cosas desde la otra orilla. Debes sentirte liberado de tantas inútiles obligaciones...

Precesin se sintió súbitamente observado. Sin quererlo, habían elevado el tono de sus voces y los novicios les contemplaban azorados.

—No conseguirás sacarme de mis casillas tan fácilmente, muchacho —dijo el Rector, dulcificando su gesto—. Debemos llegar a la luna Tonutir. De momento no hemos pasado de lanzar algunos cohetes a poca distancia y de elaborar un sinfín de planos. Pero en una década como bien dices, o tal vez dos... ¿quién sabe?

Neheb se inclinó sobre un RLV que llevaba en la mano derecha y lo desenrolló. Parecía buscar un antiguo texto. Lo leyó y preguntó con ojos penetrantes:

—Dicen los Recitadores que en la luna hay árboles de Nlòplal amarillo. Que si conseguís unos especímenes y conseguís trasplantarlos ya no habrá necesidad de acudir a las Tierras Baldías buscando un pedazo de esa planta pestilente. Toda la Tierra Mestiza se llenará del hedor de vuestra victoria.

—Sólo es una leyenda. Bastante absurda, por cierto —dijo Precesin con una sonrisa—. ¿A santo de qué los Moribundos habrían decidido plantar en todo nuestro satélite unos árboles que no tienen utilidad alguna?

—Todo tiene su utilidad, depende sólo de para qué se necesite —sentenció el muchacho que, haciendo una reverencia, dio por terminada la charla y se encaminó resueltamente hacia los portones de la biblioteca.

—¡Neheb! —dijo una voz a su espalda.

El muchacho se volvió. Precesin le escrutaba con sus ojos compuestos de veintiséis lentes.

—Sólo un necio se volvería contra la mano que le da de comer —dijo el Rector,



con tristeza.

El rostro de Neheb estaba desencajado por la rabia. Habían puesto demasiadas esperanzas en él, y aún era demasiado pequeño para comprender que debería estar agradecido. De momento, sólo entendía que habían arruinado su infancia.

—Tienes razón —contestó, midiendo sus palabras—. Sólo un necio se volvería contra la mano que le da de comer... mientras no pueda conseguir alimento por sí mismo.

2

El abanico podía esconder su rostro, pero no su ira. Se movía de un lado a otro de sus aposentos como un animal enjaulado. No podía hacer nada. Su padre, el poderoso Médico Jefe del Sur y del Norte, había sido tajante:

—Mira a tus amigas; tenían dieciséis años cuando se casaron. Tú tienes dieciocho, vienes de buena familia, debes contraer matrimonio por tu bien o por el mío.

Remolino empezó a urdir una excusa: aún no estaba preparada, tenían una prima en provincias que se casó a los veinte y... Pero su padre no quiso siquiera escucharla.

—Sabes que nuestro mundo necesita descendencia. Aún somos pocos y debemos diversificar nuestra sangre. Así que este año mis ojos te verán convertida en una respetable mujer casada.

Remolino, finalmente, se mostró conforme, mas su corazón no dejó por eso de lucubrar.

Este año. Maldita sea.

Así pues, sería ese año. Pero a su manera, naturalmente.

En una de las fiestas de la corte conoció a un joven noble de Abedju cuya presencia no le causaba más disgusto que la de cualquier hombre que no fuese Kamutef. Se fueron al lecho aquella noche. Se prometieron aquella misma Estación. Todo fue tan rápido que no parecía estar pasando de verdad.

Una tarde del último mes de la Cosecha, un día de calor inusitado, se reunieron ella y su prometido en una villa que poseía la familia de él en las afueras. Tenía una dársena artificial, y allí pasearon en un navío solar y más



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

tarde en una aerobarcaza de vivos colores con la que surcaron un cielo azul de lapislázuli. De vuelta a la villa, el muchacho, ¿por qué era incapaz de recordar su nombre?, le ofreció amablemente asiento en una silla con respaldo, al fondo del comedor, en un lugar donde podía sentirse la poca brisa que corría a esas horas. Un robot doméstico les sirvió unas copas y quedó a la espera, su mirada bobalicona esperando un gesto, una palabra, un input sensorial, que le ordenase alguna cosa, la que fuera. Pero el gesto no llegó y la máquina esperó pacientemente, como espera un arcón o un florero.

—Los Sabios Inmortales recomiendan que en la juventud no escatimemos amoríos y relaciones pasajeras antes de unir nuestras almas en matrimonio — dijo el noble de Abedju.

—Eso es verdad —dijo Remolino, que no sabía a dónde conducía aquello, pero que, de entrada, ya no era de su agrado.

—Yo aprendí el amor con una esclava nubia, y con varias de las sirvientas de mi madre. Ah, y también con Neny, la hija del Guardián del Zoológico Real, aparte de, claro está...

Remolino hizo un gesto airado con la mano y su prometido calló abruptamente.

—No deseo saberlo.

Su pretendiente sonreía.

—Pero yo sí deseo saberlo de vos.

Así que era eso, pensó, algo desilusionada por la zafiedad de su amante. Saber, los hombres siempre quieren saber. Piensan que sólo pueden controlar si conocen, e ignoran que todo conocimiento es sólo fuente de nuevas dudas, de dolor, de sorpresa, de indignación.

—Sólo estuve con un hombre antes que con vos. Su nombre no lo sabréis jamás.

—¿Por qué?

—Porque al tiempo que el amor me enseñó respeto hacia mí misma y el incalculable valor del silencio.

Era mentira. Pero a los hijos del Gran Río les gustan las frases pedantes, y ella jamás en la vida confesaría que yacía cada noche en sueños con el Segundo Servidor de los Jardines del Rey, porque luego de decir su nombre se hubiera echado a llorar, y todos sabrían que le amaba más que a nadie en este mundo.



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

Sus palabras no debieron convencer mucho a su prometido, pues al poco se presentó en la casa de su padre para ofrecerle un contrato temporal de matrimonio, sólo nueve meses, por el que le hacía donación de unos bienes depositados en el templo de Ptah, del que ambos eran devotos. Su padre puso mala cara pero ella aceptó, por supuesto; algo temporal, nada definitivo, eso es lo que Remolino siempre había deseado.

El día de la boda se ciñó su velo y acudió al domicilio de su prometido con tres valijas con su dote y un montón de pálidos robots domésticos que arrojaban flores a los transeúntes, a los invitados, al arpista y hasta a las bailarinas — humanas, todo un lujo— que, aceitosas y desnudas, respondieron con un gesto obsceno que la novia consideró muy apropiado.

—Tú eres mi marido —dijo ella.

—Tú eres mi mujer —dijo él.

Y eso fue todo. En la intimidad, y sin que nadie lo supiese, firmaron un documento anexo. En él se especificaba que, luego de los nueve meses de prueba, y aunque ellos consumaran su acuerdo, el matrimonio no sería definitivo hasta pasados diez años.

Y diez años era mucho tiempo. Para entonces, el entrometido de su padre ya habría muerto, o ella habría pensado alguna excusa para divorciarse.

Al poco de casados, su esposo marchó de viaje de negocios y no volvió en nueve meses, fecha en la que ratificaron su unión. Desde esa fecha, ella durmió sola en sus habitaciones y su esposo y su asistente en la otra ala de la casa.

—No hay matrimonio más avenido en todo Ity-tawy —decían todos.

Y así era. Su padre sonreía feliz y los dioses dieron su bendición a una existencia tan tramposa como la decencia y las buenas costumbres nos aconsejan que emprendamos.

3

La losa de los cielos estaba turbia de nubes negras en el momento en que se despidió de su amada. El resto del día el sol había brillado generoso pero, de pronto, su faz se ensombrecía para teñir la tierra de oscuridad. Era un mal presagio. Kamutef, dominado por un súbito impulso, en lugar de girar hacia la salida, dio la vuelta, se encaramó a la tapia y pasó al otro lado.

—¡Maldita sea! —exclamó, comprendiendo que algo iba verdaderamente mal.



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

Porque entonces estuvo seguro de que le seguían. Desde la mañana que notaba la presencia de aquel sucio Puro. Primero en la Casa de Cerveza, luego en el parque de los tamarindos, más tarde de camino a la Casa del Guardián del Zoológico Real y ahora, luego de llegarse a la parte trasera de la hacienda y saltar el muro, le veía al otro lado de la calle, esperando que su presa apareciera por la entrada principal. Echó a andar y el hombre emprendió camino tras él. Ahora sin disimulo. No había ya qué disimular.

Recordaba a aquel hombre ¿Donde le había visto? Calle tras calle, barrio tras barrio, quedaron atrás mientras se devanaba los sesos. Dos aerodeslizadores casi colisionan y las voces airadas de dos adolescentes hijos de papá se elevaron sobre el murmullo de la multitud, todavía poco acostumbrada a aquellos ingenios voladores que se perdían perezosos hacia las factorías de las afueras. Cerca ya del Doble Palacio, cuando por un momento había dejado de pensar, el recuerdo vino por sí solo y lo dejó helado, sin fuerzas. Se detuvo. Habían coincidido una vez, hacía mucho. Era un servidor de Remolino. Uno íntimo, de confianza, que llevaba años al servicio de la familia del Médico Jefe del Sur y del Norte.

Y, sin embargo, no era más que un puerco sólo-humano, una bestia del Desierto Occidental.

Entró en otra Casa de Cerveza a ahogar en vino sus penas. Pasó una hora bebiendo, tal vez dos. Pagó y se volvió para irse. Entonces, al fondo de la sala, vio al Puro, engullendo ruidosamente una jarra de cerveza. Kamutef sintió náuseas, luego frío, luego de pronto sintió que regresaban sus fuerzas y sonrió al criado, que le devolvió la sonrisa. Dominado por un súbito impulso, cruzó el comedor en dos zancadas y se sentó en su mesa antes de que éste pudiera abrir la boca.

—Dime, extranjero, ¿no está Remolino casada?

—¿Quién decís? No conozco a esa dama.

Kamutef sacó su daga y se hizo una honda herida en la mano. Cerró el puño con fuerza y la sangre empezó a manar profusamente sobre la mesa, justo delante del extranjero.

—Responde con verdad a lo que te pregunte o la próxima sangre que manará será la de tu garganta. ¿Me entiendes?

El Puro vio la muerte en sus ojos y asintió brevemente aunque, sin inmutarse, alzó luego la mano y pidió otra jarra.

—Pregunta y sabrás lo que yo sepa.

Kamutef elevó su voz hasta convertirla en un alarido.



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

—No está Remolino casada con ese noble de Abedju, ¿cómo se llama? —no conseguía recordar su nombre. Unos cuantos miraban pero nadie hizo nada. Al fin y al cabo, aquello era una Casa de Cerveza.

—Lo está.

—¿Entonces? ¿Por qué se interesa por lo que hago o dejo de hacer?

—Yo obedezco su mandato. Nada más.

—¿Y cuál es su mandato?

—Seguiros, informar de vuestra relación con cualquier mujer; Neny, particularmente.

—Neny... ¿Por qué?

El Kemit removi6 la cabeza.

—Vos deberíais saberlo mejor que yo. Si guardaseis esa cosa diminuta que tenéis entre las piernas en vuestros pantalones, tal vez...

—¡Tú que sabes, sólo-humano!

El Puro se echó a reír.

—Un sucio mestizo me llama a mí sólo-humano. Es toda una ironía. Tú eres el extraño, tú eres el extranjero, tú eres el monstruo de piel blanca, y algunas escamas, aquí y allá, que delatan tu mitad de sangre reptil. Yo soy un Puro Kemit, un egipcio verdadero.

—¿Un Puro Kemit? —replicó Kamutef—. Nunca oí nada semejante.

—Eso es porque nunca te has detenido a pensar en nosotros. Sólo te interesa tu civilización mestiza que nos ganó en Hetuaret; te crees mejor que nadie porque vives en la opulencia y los míos deben vivir escondidos en el desierto. Pero no eres sino un ignorante. —El Puro le lanzó una mirada de condescendencia—. Hace más de dos siglos, cuando la Ciudad del Horizonte desapareció y llegamos a este condenado planeta, vivían en ella no sólo egipcios sino libios, nubios, hititas y otros cien tipos de asiáticos. Aquellos de nosotros cuya sangre es egipcia, sin tacha, somos los Puros Kemit.

—¿Y los descendientes de los otros pueblos?

—Bah, son sólo sucios Puros Mashauash, Libu, Retenu... hay centenares de ellos —reveló el sirviente, sin disimular su desprecio.



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

Esta vez fue Kamutef quien rió de buena gana. Humanos enfrentados a Loo, Puros Kemit enfrentados a Puros de otras ascendencias. Cada especie encontraba la forma de demostrar continuamente cuán lejos estaban de crear una sociedad donde los diferentes pudiesen convivir en igualdad.

—Puede decirle a tu ama Remolino, esclavo, que por mí puede mandar a veinte como tú a perseguirme —dijo Kamutef, en voz lo bastante alta para que todo el local le escuchase—, pero que no conseguirá que esto que tengo entre las piernas se incline sobre las tuyas. Jamás.

Asqueado, avergonzado de un acceso de ira que ahora le quemaba por dentro, Kamutef abandonó tambaleándose la Casa de Cerveza. Su mano sangraba, su cabeza, retumbando sin cesar, parecía yugo que arrastrase un tiro desbocado de caballos.

Amón misericordioso... ayúdame en esta hora de tribulación, gimió para sus adentros.

El Puro Kemit vio alejarse a su presa y engulló su última jarra de cerveza. Qué poco conocía aquel tierno hijo del río a su ama. Cuando Remolino supiese lo serio que era aquel asunto entre Kamutef y Neny, se pondría como la Pantera del Oeste. No escucharía ningún otro de sus informes o explicaciones, y mucho menos las bravatas de un chiquillo acosado por más perras que las que podía domar.

—Pobre jardinero.

Ay, aquellos mestizos eran tan blandos, tan dóciles, tan incapaces como individuo, tan distintos a sus hermanos Puros, revoltosos, mucho menos condescendientes con el destino. Y, sin embargo, aquellos mismos Loo-humanos, como pueblo, eran invencibles, nunca conseguirían librarse de ellos.

Sí, como una nube de langostas a los sembrados.

El Bello Occidente, Osiris y sus cuarenta y dos asesores, el descanso eterno y el recomenzar. ¿Por qué sus pensamientos le habían llevado hasta ese punto? Volvía a estar despistado. No era extraño que encadenase una derrota tras otra.

—Pierdo turno otra vez —Hapu trató de mostrar el mismo tono cordial que mantenía toda la tarde, pero a nadie le gusta ser vencido, y menos a un Rey. Por un instante le asaltó la idea de que su primo trataba de humillarle, pero pronto la desechó. Bakenkhonsu era un hombre recto, de una sola cara, le había mostrado



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

su fidelidad no pocas veces. Entonces, era otra cosa pero, ¿qué otra cosa?

—A veces, en la vida nos toca perder. Es algo difícil de aceptar. Especialmente para un Rey. Pero eso ya lo estabais vos pensando. En eso no podré ayudaros.

Hacía mucho que Hapu no subestimaba a su primo. Era un digno heredero de su abuela, Constelación, a cuyas artes sabían todos que se entregaba con devoción. En eso no podré ayudaros. Así que en todo aquello se escondía una enseñanza, una nueva lección. Estaba impaciente por aprenderla.

Una lección moral. Algo importante, que no podría pasar por alto. Se incorporó a medias, apoyando los codos en la mesa de juego y miró a su adversario.

—Pierdo turno otra vez más primo, ya lo sabéis. ¿Por qué no ganáis de una vez? Podríais hacerlo.

Bakenkhonsu negó con la cabeza.

—Debéis entender la esencia del Senet. Aun cuando sólo me reste una ficha y la haya avanzado a la penúltima casilla, la Casa de Horus, por ejemplo, siempre puedo perder: un cuatro o un cinco me harían retroceder hasta el medio del tablero. Nada es seguro. Todo es voluble y el piso de esta estancia puede convertirse en una ciénaga sólo con un chasquido de mis dedos.

—Palabras, primo. Desde el principio de la partida vuestras cónicas huestes han pasado sobre las mías, y ni cuatro penalizaciones como ésa que os imagináis me darían la victoria.

Bakenkhonsu destapó una jarra de Shedeh y llenó la copa de su Rey. No llenó su copa que, aún a medio vaciar, le esperaba junto a las fichas victoriosas de Hapu, las pocas que habían conseguido abandonar el tablero.

—No, sin duda. Desde el comienzo los hados os dieron la espalda. Y os resignasteis, jugando sin concentración ni interés, y ahora no estaríais preparado aunque la fortuna cambiase de bando.

Hapu reflexionó sobre sus palabras: si hubiese bloqueado la casilla central con una de sus espirales, una penalización como la que acaba de servir de ejemplo, detendría definitivamente el cono de su primo hasta que él retirara la ficha. Entretanto, podría liberar el resto de sus huestes. Resopló, algo irritado consigo mismo. Apuró su jarra de vino. En realidad, había tenido la victoria al alcance de la mano.

—Sólo es un juego.



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

—No lo es. No podréis equivocaros en la partida que se avecina, que es la definitiva para todo hombre. No os descuidéis y poned en práctica todo lo que os he enseñado.

Hapu sintió una punzada de terror. ¿La partida definitiva para todo hombre? Lo había dicho de una forma que... Recordó cómo en la muerte el difunto debía combatir en el Senet frente a las fuerzas de las tinieblas como un paso más en su camino al Bello Occidente y el reencuentro con los dioses. Pensó en llamar a la Guardia. ¡No! Todo aquello era una lección moral. Algo muy importante le iba a ser revelado. ¿Acaso estaba su vida en peligro? Su primo le protegería.

—Últimamente me han dicho que padecéis serios contratiempos con la marcha de vuestro corazón, que sus veintidós vasos no reparten sabiamente el aire y la sangre, la mucosidad, las lágrimas y la orina a las partes de vuestro cuerpo que las necesitan.

—Sí, mi médico está algo preocupado. Es un patán que no sabe más que rezongar y exclamarse por todo. Ha puesto a todos en mi contra por esas sospechas estúpidas de...

Hapu se echó hacia atrás en su banqueta, a punto de caer. Se sintió cansado, como si el mundo no dejase de dar vueltas y él estuviese en el vórtice de la espiral.

—Yo puse esas ideas en la cabeza de vuestro galeno, ese estúpido Médico Jefe del Sur y del Norte, mi Rey —dijo Bakenkhonsu, con voz apesadumbrada—. Le pedí ayuda para un amigo que no existe, alguien con esa misma dolencia. Adrecé la descripción de mi amigo con síntomas vuestros de sobras conocidos y dejé que la estupidez de vuestro sanador hiciese el resto. Es un hombre débil. Le haré matar un día de estos. No podemos permitir que un imbécil de este calibre ponga en peligro el equilibrio del Doble País.

Hapu perdió el equilibrio y quedó de rodillas. Se dobló sobre sí mismo tratando de estirar un brazo hacia su asesino.

—Primo, tú...

—No luchéis, será más difícil. ¡Oh, sí! Lamento no haber encontrado un veneno menos doloroso, pero debe parecer una muerte natural. Debéis entenderlo, yo lo hago todo por Pleamar, vuestra hija. Ella ya está preparada. Vos sobráis.

Un dolor intenso, una quemazón que abrasa la garganta y avanza hasta la boca del estómago. Un torbellino de sensaciones que estallan y se enredan para luego fundirse y callar para siempre.



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

—Tengo casi cincuenta años, mi Señor. No podía esperar. Los próximos diez, quince o veinte años, los que Amón quiera entregarme, servirán para que forme en vuestra hija al Rey más grande que nunca se haya visto. Y yo gobernaré a su lado. A este fin he dedicado toda mi vida. No podía desatenderlo.

Un último estertor, un espasmo y sobreviene la muerte. Bakenkhonsu hizo chasquear sus dedos, al borde del llanto. Apreciaba a aquel hombre. Había sido un buen Rey.

—Echaré de menos nuestras partidas de Senet, primo Hapu.

Y echó a correr atropellado, lloroso, abriendo de un manotazo las puertas de su cámara, pidiendo ayuda a la sorprendida Escolta, llamando a gritos a los médicos.

5

Un áspid que se enfurece, una serpiente rebosando maldad y sinuosos anhelos, una bestia que es capaz de matar con su lengua venenosa. Sin duda era una de esas culebras del desierto la que había penetrado en su casa.

—Aparta, viejo, no es a ti a quien busco.

Muy lentamente, Jeda cortó un jazmín del ramo que llevaba en la mano y se lo ofreció a su visitante.

—Cogedlo, no os morderá, yo mismo los elegí.

—¡Oh, calla, viejo estúpido! ¿Está en casa? ¿Tendré que ir a buscarlo?

El Maestro de los Jardines se encogió de hombros manifestando su ignorancia, acaso también su falta de interés, luego continuó trabajando en sus flores. De vez en cuando, aquí y allá, en la habitación de huéspedes, junto a la falsa puerta de la entrada, o detrás, en el silo, oía un objeto caer y hacerse pedazos. Casi podía olerse la rabia de tan pútrida y concentrada que llegaba a despedirse. Remolino parecía haberse vuelto loca.

—¡No está! Tú lo sabías. ¿Está con esa puerca de Neny? ¿No es eso? ¡No digas nada, viejo! Pero mejor será que le hagas entender al perro de tu sobrino...

Sollozos. Hacía mucho que no veía lágrimas en aquella casa. Desde que trajeron a Kamutef desde Ipu y, en medio de la noche, tuviera que levantarse de su estera a consolar al niño, carne de su carne, avanzando desvalido por sus pesadillas.



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

Los cocodrilos, tío. Los cocodrilos, se esconden detrás de esa lámpara para devorarme.

—Siempre se esconden.

—¿Que dices viejo?

—Los cocodrilos, noble Dama, siempre se esconden, siempre acechan.

En los ojos de su visitante brillaban chispas de furia. Maldito viejo loco. Afuera, había empezado a anochecer y pronto el hermoso resplandor del sol sería engullido por las tinieblas.

—Me marchó. Pero vuestro sobrino, maldito sea, no va a olvidar...

—¿No os apetece una copa de vino, dama Remolino? ¿Una infusión, tal vez?

Maldito viejo loco, pensó de nuevo la muchacha. Y, de pronto, sintió que la rabia desaparecía, la furia era una tela que ya se había rasgado del todo, y la noble Remolino se dejó caer en un taburete exhalandó un largo quejido. Las mujeres Loo son como el fuego, pensó Jeda: lejos no calientan, cerca abrasan, la justa distancia es difícil de hallar. Y, en todos los casos, son tan indispensables como ladinas, maravillosas e inquietantes... amenazadoras como un cocodrilo oculto en las sombras.

—¿Por qué no? Una copa de Shedeh estará bien.

Jeda se incorporó. Los jazmines resbalaron de sus dedos, trazando albas espirales pedunculadas, y cayeron blandamente en la mesa.

—Por supuesto.

Había pasado una hora. Remolino se había serenado un poco, aunque engullía pastillas engordantes como si fuesen caramelos. Kamutef, por su parte, tardaría aún mucho en regresar. Si regresaba aquella noche. Así pues, el tiempo es mi aliado, pensó Jeda.

—Noble dama, ahora sois una mujer casada. Quizá conviniera dejar los juegos de adolescente y pensar en la familia, en...

—Vos no sabéis nada. Yo no juego.

—¿Entonces?

—Le amo. ¿No lo podéis entender?



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

No podía.

—Pero os desposasteis con ese noble de Abedju, ¿cómo demonios se llama? ¿Por qué no escogisteis a mi sobrino?

—Él no me ama. Y mi padre no hubiera aceptado jamás que me casase con un hombre de su condición.

—¿De verdad, noble dama?

—No lo habría aceptado.

Jeda volvió su vista al interior, a su corazón, y todo le fue revelado. Hay personas con un innato talento para la tragedia. Remolino podía fácilmente haber enamorado a su sobrino. Era hermosa, mucho más hermosa que Neny, y su sobrino no sabía nada de las mujeres y sus artes. No le habría costado demasiado. Pero su carácter era áspero, caprichoso, a menudo grosero, siempre consentido, y Kamutef amaba la sutileza. Definitivamente, Remolino no hubiera sido buena jardinera. Asimismo, también hubiera podido convencer sin mucho problema a su progenitor de la conveniencia de un matrimonio con el joven jardinero Kamutef. Jeda no se engañaba: su estirpe venía del lodo pero, hoy por hoy, su posición social y económica superaba en más de un Codo a la de un Médico Jefe del Sur y del Norte que, en la propia corte, nadie respetaba ya demasiado, y hasta se decía que pronto caería en desgracia. Pero esas cosas eran del dominio público. Si Remolino no las sabía era porque no quería saberlas.

—¿Y que haréis? —inquirió Jeda, sin dejar de trabajar en un nuevo ramo.

—Será mío y sólo mío. Y cuando a mí me plazca.

—¿Y si no?

—Si no, lo arrastraré conmigo a la muerte y a la perdición.

Hablaba en serio. El Maestro de los Jardines recogió sus jazmines y retornó a su trabajo sin prisas. El Oculto ponía a prueba día a día a sus devotos para que no errasen en su búsqueda del camino de la verdad.

—Apurad vuestra copa, noble Remolino, y hacedme el favor de abandonar luego mi casa. No os entretengáis.

—¿Pero qué dices, viejo? ¿Por qué?

Su visitante se había erguido, ultrajada. La muy estúpida ni siquiera comprendía el alcance de sus propias palabras. No era más que un áspid cuyo espíritu se contaminara de su propia ponzoña. Jeda lamentó tener un carácter



apocado y flemático que le impedía levantarse y abofetearla.

—Porque, a partir de hoy, maldita loca, eres mi enemiga.

6

—Una serpiente tendría más respeto que tú en un día como éste. Eres el digno hijo de tu madre —sentenció la ahora Reina-madre Solsticio.

Se hizo el silencio. Parábola se lo pensó dos veces antes de atreverse a hablar; pensó en la terrible carga que suponía para su señora el ver al hijo de Marea ser proclamado Heredero al trono. Recordó el rostro de Uadjamosis, contrayéndose de dolor por el veneno. El hijo de su asesina sería pronto Rey del Doble País. Una afrenta a los dioses. Su voz era casi un murmullo inaudible cuando dijo:

—Señora, no sea tan dura con el muchacho.

De nuevo, se hizo el silencio. Había perdido la cuenta de la primera vez, del momento preciso en que la Reina-madre empezó a ensañarse con el Heredero... por llegar pronto, por llegar tarde, por vestir con excesivo decoro o con ninguno, por estar allí, sencillamente... por existir. Ajep hacía rato que aguardaba sentado en un rincón, esperando que se olvidaran de él. Pero el Rey había muerto y Ajep tendría que ocupar su lugar. El joven comenzaba a entender que todos querían poder olvidarse de él, pero no podían.

—Es una vergüenza que vaya a ser nuestro Soberano un... —dijo una voz a su espalda.

La vieja nodriza se volvió. Una criada desaparecía al final de la estancia. Su voz se perdió en el rumor de otras muchas.

—Oh, por dios bendito —ladró Parábola.

Ni las criadas tenían respeto al que debería sostener el equilibrio de la Tierra Mestiza. Eso tampoco era bueno para nadie. Suspiró y se sentó al lado del Heredero. Después de todo, tenía sólo quince años. No era culpable de lo que había hecho esa bruja de Marea. Nadie tenía la culpa.

—Tienes razón, vieja amiga... —terció la vieja Reina—. He sido quizás demasiado severa con Ajep.

Pero su tono reveló alguna otra cosa. Parábola era también una criada, a pesar de todo. Sus muchos años de servicio le permitían dirigirse a ella sin preámbulos laudatorios, sin reverencias, y hasta se atrevía a hablarle con liberalidad. Pero censurar en público a una Reina, con Chambelanes,



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

Supervisores y servidumbre entrando y saliendo sin cesar... Eso era otra cosa.

—Perdonadme, Majestad.

La vieja nodriza se había postrado en el suelo con los brazos extendidos en señal de sumisión.

—Muy bien. No pasa nada.

Solsticio asintió, satisfecha, pero demoró casi una hora dispensar a su criada para que pudiera levantarse.

Pleamar miró con desprecio a su medio hermano, aún encorvado en su banqueta, escondido en un ángulo de los aposentos de Reina Solsticio. Saludó a Parábola, que se frotaba unas rodillas misteriosamente enrojecidas y, por fin, se abrazó a su madre. Pronto rodaron las lágrimas.

—No llores, mamá, Hapu murió en brazos de su primo Bakenkhonsu, el Guardián de sus Hijos. Cogido de esa mano amiga inició el largo viaje.

Alguien carraspeó. Parábola, acostumbrada a intuir cuándo debía salir de escena aunque no se lo ordenasen, cogió al joven Ajep de la mano y juntos abandonaron los reales aposentos. Pleamar les siguió con la mirada. Cuando estuvo segura de tenerlos lo bastante lejos el tono de su voz se hizo un acorde más agudo, casi estridente.

—He estado hablando con el buen príncipe Bakenkhonsu. Mi padre no deseaba que ese bastardo le sucediese, sino que en secreto planeaba...

—No sigas, tu padre también me habló de sus sueños. Pero eran solo eso: sueños. Tu tatarabuela Constelación, a la que no conociste, todas las mujeres del harén real, hasta yo, todas hemos nacido a la sombra de ese sueño. Pero una mujer no sostendrá el Cetro y el Símbolo de Vida, no en este lugar, no el Doble País que guían nuestros antepasados ni en la Tierra Mestiza que imagino para los que vendrán mañana. El peso de la tradición es demasiado grande. Además, los humanos no permitirían que una Loo... —No terminó la frase y se quedó con la boca abierta, dubitativa—. Tú, que serás la esposa de un Rey no deseado, tal vez encuentres la manera de construir lo que hoy no puede ni concebirse.

Pleamar sonreía.

—Yo sí puedo concebirlo, madre. Sé cómo hacerlo posible. La vieja maga, la Señora del Cielo, me explicó el secreto hace muchos años. ¿Conoces la fábula del Príncipe Predestinado?



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

Solsticio la miró sin entender. Conocía la fábula, claro. Un príncipe que recibe el mal presagio de las Háthores de que su vida acabará por el ataque de un perro, de una serpiente o de un cocodrilo. Marcha al este y escapa de su destino con otro nombre. Hace fortuna. Al regresar a su país, recupera su pasado, su nombre y su linaje, y éstos le pasan factura, y muere según los augurios. Aquella historia se parecía demasiado a la del propio Senra, el primer hijo de Constelación, aquél que había abandonado la seguridad de palacio para convertirse en un ser anónimo, uno más entre los hijos del Gran Río.

—No veo la relación, mi niña.

—El príncipe podría haberse ahorrado ese final, ¿no es verdad?

—Sí, hija, pero no entiendo que tiene eso que ver... —De pronto, una idea penetró precisa en su corazón. Parecía absurdo pero, tal vez por eso mismo, no habría ningún impedimento legítimo para hacerlo posible. Las dificultades, sin embargo, serían extraordinarias.

—¿No pretenderás...?

—Sí, madre. Ahora seré Reina, y esposa de ese bastardo. Pero un día reuniré las fuerzas, los apoyos en la corte que necesito. Ese día, este mismo Ka, alma y esencia luminosa, en otro cuerpo, se convertirán en el Soberano del Doble País. Tres de mis cuatro partes serán Rey. Para mí, es más que suficiente.

7

Ajep entró en sus aposentos seguido de su aya, la dulce Parábola. Un robot doméstico estaba barriendo el suelo, que resplandecía como Re al amanecer. Como no recibió ninguna orden, cuando terminó su tarea desapareció en silencio, dejando a su paso un vago rumor chirriante. El Heredero se sentía cansado y soltó un bostezo:

—Aya querida, contadme una historia. Una historia de un lugar muy lejano, de un tiempo muy lejano, que no se parezca a nada de este lugar ni de este tiempo.

Parábola observó al pequeño Ajep esconderse tras su tablero de escritura y sus rollos de papiro cortados a medida, tras su paleta con tinta roja y negra, tras todos aquellos instrumentos que le servían para huir de la realidad.

—¿Cuál elegís, la del Rey y los Magos, la de la Travesía a Tonutir, la del Campesino y el Dignatario?

—La del Príncipe Predestinado, aya querida.



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

—Ésa no es una historia que tú...

—Por favor, aya querida.

Y Parábola comenzó aquella historia que oyera por primera vez a la Señora del Cielo, la gran Constelación, a la sombra de un endrino, entre los frutales.

Mientras Parábola desgranaba aquella vieja historia, Bakenkhonsu se estaba ocupando de un asunto de singular importancia.

Una de las muchas dignidades con las que se había agasajado últimamente al príncipe, era la muy estimable de Tercer Profeta de Amón en Ity-tawy. El Guardián de los Hijos del Rey, a fuerza de preeminencias, se había convertido en un cortesano de calculados modales, de expresión impenetrable, de mirada hosca y fiera. Había respondido con creces a las expectativas depositadas en él, que no era, después de todo, más que un hijo de una esposa secundaria que no pertenecía ni al círculo de la Gran Casa. Sin embargo, todos anticipaban que, fuera cual fuese el destino del Doble País, hombre o mujer el que las gobernase, con pleno derecho o sin él, Bakenkhonsu estaría a su lado.

—Mi Señora, el pueblo os espera en el Balcón de las Apariciones. Quieren saber del Tránsito del viejo Rey, del nombre del nuevo Horus —dijo Bakenkhonsu, con gesto dócil y sumiso, inclinándose hasta hincar su frente con el enlosado. Como parte de sus nuevas obligaciones como servidor del Dios Oculto, había sido designado oficiante en aquella ceremonia de regeneración en que los hijos del Gran Río sabrían por fin quién sería su próximo Soberano.

Solsticio le miró fijamente. Su hija le había dejado hacía solo unos instantes, suficientes empero para que sus ojos resplandecieran una vez más por ser cauce de lágrimas recién derramadas.

—Díselo tú al pueblo; yo no tengo fuerzas.

Pero el príncipe permaneció inclinado con las manos a la altura de las rodillas, en el mismo punto donde aguardara antes Parábola, con un mohín colgando de su boca a modo de eterno conato de sonrisa. Sabía que la Reina obedecería a la llamada de sus súbditos, de sus obligaciones, de su sangre. Esperando, paciente, el mohín se transformó en mueca de labios apretados y sudor que resbala por la frente a la nariz y al fino, geométrico, enlosado. Solsticio, aburrida de ver arrugarse aquel cogote de tintes rosáceos, hastiada de silencios y de contener el llanto, se levantó por fin, ajustándose la peluca, que caía sobre su espalda en acaracolados mechones.

—¡Oh, Bakenkhonsu, maldito seas! ¿Quieres que salga a decir a esos idiotas



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

que Ajep es el nuevo Rey y Pleamar su Reina?

—Es vuestro deber, mi Señora —tartamudeó el viejo príncipe.

—Mi deber debería ser pasar a la otra orilla como ha hecho mi esposo antes de consentir que el hijo de Marea sea Soberano del Doble País, pero... —Solsticio detuvo su discurso y miró de hito en hito a su interlocutor—. Aunque supongo que ambos estamos aquí para que Ajep sea el Rey con menos poder y predicamento de la historia, ¿no es así?

Bakenkhonsu sonrió.

—Yo sólo deseo servir a la niña Pleamar —dijo, y le ofreció graciosamente el brazo a la Reina para que ambos, muy juntos, fuesen vistos por el pueblo en el Balcón de las Apariciones.

8

Los abanicos se balanceaban arriba y abajo con una cadencia cansina que le resultaba exasperante. La reina Pleamar detuvo su vaivén con un gesto nervioso de la mano, que se llevó luego a la cara para cubrirse sus párpados cansados. Marchaos bien lejos y no volváis, restalló. El Flabelífero de la Derecha se deshizo en alabanzas y desapareció tras los setos; su compañero de la izquierda repitió su ejemplo y tomó el camino de los frutales y el jardín bulboso. Ambos eran androides, de cuerpos relucientes y rosados, los primeros de entre sus hermanos dotados de la capacidad de hablar. Pero Pleamar sólo veía un montón de metal, de cables y de circuitos gobernados por un Krank que, Dios sabía cómo, había aprendido a usar una interfaz que traducía los pensamientos de su pequeño cerebro.

Distraída, perdida en sus propios pensamientos, abandonó el Templete del Norte y avanzó hacia donde los granados y las palmeras formaban el tercero de los paseos que rodeaban el estanque. De pronto, su mirada se precipitó a un punto en la lejanía, una forma que parecía... ¿O no? Se acercó poco a poco, temblorosa, hasta que estuvo completamente segura.

Sólo entonces empezó a gritar.

Aquella mañana, luego de que el vocerío de los príncipes, las nodrizas y la servidumbre se apoderara de los Jardines del Rey, Tebi y Djoser iniciaron su ronda. Hablaban del buen vino y las buenas mujeres y de la mejor manera de romper el sello de ambos sin ensuciarse demasiado las manos. Reían. Eran viejos amigos.



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

—¡Por el mismísimo falo de Osiris! —exclamaron al unísono.

Tebi y Djoser habían oído los gritos desde su puesto de guardia. Echaron a correr, y avanzando apresurados con la lanza en ristre sus recuerdos volaban hacia el pasado, y Djoser tenía veintiún años, y Tebi tenía diecinueve, y acababan de licenciarse tras cuatro años de servicio en la infantería Meshaw. Con gran orgullo habían participado en el asalto a la fortaleza de esos bárbaros sólo humanos, los Puros, en Hetuaret, y ahora que los enemigos de la luz huían despavoridos hacia el Desierto Occidental, y aunque el Dios Bueno se aprestaba a perseguirlos, ellos abandonaban el ejército. De pronto, sus ansias de sangre y de gloria se habían colmado, súbitamente empobrecidas al pasar del anhelo a lo cotidiano, y de lo cotidiano a sus pesadillas.

—Hoy no saldremos de este condenado lugar —dijo Tebi.

Parecía que no iban a conseguir ninguna embarcación, al menos no aquella jornada. Quizás mañana, les dijeron uno o dos patronos en el puerto. A decir verdad, no era demasiado extraño. Todo el mundo quería abandonar la ciudad maldita, la Hetuaret de los infames sólo-humanos. Muchos porque dejaban el servicio, como ellos mismos, otros para huir de represalias por su colaboración y connivencia con el enemigo, y por fin, los más avisados, iban y venían, sacando provecho de ese lúgubre negocio que es la guerra. Pero lo cierto es que la mayoría no revelaba la causa de su repentino apetito nómada y se alejaban sin prisas entre el estrépito de la muchedumbre.

—Hoy no saldremos de este condenado lugar —repitió Tebi.

Sin embargo, estaban contentos. Un suculento botín de lingotes de oro, plata y simbio-piedra, distribuido en varios baúles, un par esclavos varones y la hembra más hermosa de todo el harén del generoso caudillo bárbaro, eran sólo la parte principal del patrimonio que deberían repartirse entre los dos. Si todas las jornadas victoriosas fueran como aquélla, en el Doble País abundarían los terratenientes y la estirpe de los soldados caminaría hacia la extinción.

—Será mejor que busquemos una fonda donde pasar la noche —repuso Djoser, apremiando a sus siervos, que arrastraban apesadumbrados los arcones con sus preciadas riquezas. Tenía la impresión que tampoco sería fácil encontrar un techo seguro en aquella ciudad mitad destruida, mitad saqueada, y llena a rebosar como Ity-tawy en un día de mercado.

Dieron con una mansión destartalada poco antes del anochecer. Los almacenes y parte del ala posterior habían sido pasto de las llamas, pero el primer piso, aunque ganado por el desorden y la rapiña, se mantenía en pie; la planta de arriba estaba prácticamente intacta.



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

Entonces oyeron los gritos. Un hombre pedía clemencia y demandaba socorro en el dialecto del Desierto Occidental. Cuando llegaron ya sabían que estaba muerto. Su cabeza se había abierto como una calabaza. Lo cierto es que daba bastante mala impresión, con todos aquellos sesos derramándose por el suelo en medio de una extraña profusión de lingotes dorados.

—¡Por el mismísimo falo de Osiris! —exclamaron al unísono.

Senra, su antiguo jefe de unidad, les miraba con las manos sucias de sangre. Estaba pálido, desvariaba, como si no pudiese soportar el peso del crimen que acaba de cometer.

—El príncipe predestinado no debe recordar su nombre —balbuceaba.

Luego de un largo interrogatorio, armados de paciencia, consiguieron que Senra dijese alguna cosa con sentido y, por fin, consiguieron sacarle algunos detalles de lo sucedido. Su madre siempre se había opuesto a que entrase en el ejército y había mandado espías a buscarle por todo el Doble País, llegando a contratar a sicarios de entre los mismos enemigos del estado. Aquel Puro había dado con él, pero el muy imbécil no había aceptado el soborno de Senra. Habían luchado, y entonces...

—Diremos que ha sido un accidente, un caída, un mal gesto estúpido que acabó en... —empezó a decir Djoser, tratando de salvar el pellejo de su amigo como tantas veces él hiciera con el suyo—. Además, a nadie le importa el destino de estos Puros. No creo que el juez de distrito te encause siquiera.

—Tu madre debe ser una mujer muy poderosa —dijo de pronto Tebi, pensando en el coste de enviar agentes por toda la nación buscando a un solo hombre.

—Mi madre es la Reina Constelación —confesó de pronto Senra, harto de tanta impostura.

Tebi y Djoser dieron un respingo y miraron a su viejo amigo como si fuese la primera vez que lo veían en toda su vida.

Luego de una corta conversación, resolvieron los tres que lo mejor sería marcharse de allí y no informar a las autoridades de lo sucedido. Después de todo, aquello había sido un accidente estúpido y nada más.

—Un accidente estúpido y nada más —dijo el príncipe Bakenkhonsu, que había llegado tras ellos. Tebi y Djoser fueron devueltos con aquellas palabras al presente, lejos de los muros de Hetuaret y del orbicular paso del tiempo. Advirtiendo la presencia de su Reina, se postraron a toda prisa.



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

—¿Qué ha podido suceder?

Pleamar, una trémula figura de labios mortecinos, señalaba el cadáver, que mostraba el cráneo destrozado, abierto como una calabaza, en medio de una extraña profusión de dátiles esparcidos en todas direcciones.

—Debió caer —aventuró Tebi, mirando la alta palmera que ascendía a sus pies.

—Un accidente estúpido —convino Djoser, con el ceño fruncido.

El Médico Jefe del sur y del Norte, ministro de sanidad y médico personal del viejo rey Hapu era, como todos sabían, aficionado a los dátiles, una costumbre común en palacio, donde se decía que crecían los mejores del país; mejores incluso para algunos que los del oasis del sur. Tal vez tenía tanta urgencia de ellos que decidió prescindir del siempre penoso trámite de llamar a los criados, mandarlos con orden de darse prisa y esperar que llegasen de vuelta aquel mismo día.

—Qué asunto más desagradable.

Un accidente doméstico no era contratiempo que debiera perturbar demasiado el ánimo de una Reina. Así que Tebi y Djoser quedaron al cuidado del difunto y comenzaron a dar órdenes a todo el que tuvo la mala suerte de asomar la cabeza por allí. Entretanto, el Guardián de los Hijos del Rey condujo a su sobrina de nuevo hasta el Templete del Norte, y de allí a la plataforma que precedía al embarcadero. Poco a poco, la pequeña Pleamar fue recobrando el color y la sonrisa.

—Era el padre de Remolino, mi querida amiga. Pobrecilla. No sé cómo voy a darle la noticia —dijo la Reina, bajando la cabeza.

—O poco conozco a la dama Remolino, o más bien creo que sabrá guardar la compostura en todo momento. No creo que ni se inmute —opinó Bakenkhonsu, y al poco, percibiendo que Pleamar no aceptaba de buen grado que se criticase a aquella arpía a la que consideraba íntima y de toda confianza, añadió—: Al menos exteriormente; por dentro seguro que sufrirá de una forma inconcebible.

—Pobrecilla —repitió la Reina.

—Si es vuestro deseo, yo mismo podría darle la mala nueva.

Pleamar sonrió. Desde el comienzo, ése había sido su propósito.

—Muchas gracias, tío. Sois de gran ayuda para todos en estos momentos en que se suceden las desgracias.



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

—Yo sólo aspiro a estar a vuestro servicio, mi Señora.

Caminando distraídos, atravesaron el Templete y su plataforma y llegaron sin saber cómo al estanque.

—¿Siempre os tendré a mi lado para protegerme, tío?

—Siempre, mi Dama.

La primera de las barcas era un pequeño esquife que no pertenecía a la escuadra voladora de paseo; tal vez se tratara de una de las embarcaciones que los jardineros utilizaban para sus tareas. Por su bajo calado, les permitiría alcanzar lugares que las adornadas naves de recreo sólo podían divisar entre la espesura. Subieron los dos sin tener que consultarse, embargados por la traviesa sensación de estar haciendo algo indigno o fuera de lugar.

—¿Se cumplirán los deseos de mi padre? ¿Seré un día Rey?

Bakenkhonsu no tenía muchas ganas de hablar. Se sentía mal consigo mismo. Había asumido demasiados riesgos con la muerte del Médico Jefe del Sur y del Norte. Le había ganado el ansia, la necesidad de sacar de escena a un idiota y a un incompetente. Pero no en los jardines, donde podrían haberle visto aplastar su cabeza con una piedra y luego arrastrar el cuerpo debajo de aquella palmera... Había asumido demasiados riesgos. Además, no era una empresa necesaria. Lo había matado por capricho. Quizás comenzara a gustarle demasiado su trabajo. Y un hombre con un designio no puede permitirse disfrutar de nada fuera de su predestinación.

—Procuraremos que así sea, mi Dama.

El Nlòplal de flores amarillas les esperaba majestuoso al final de su trayecto. Guiados por su sueño, les resultaron invisibles lirios, espigas de agua, filigranas y nenúfares; por supuesto también plantas marginales, flotantes, y el resto de las embarcaciones, que esquivaron con soltura. El hedor de las flores ambarinas llegó por fin hasta ellos.

—Pero Ajep es el Rey, y yo, con todo, sólo soy su mujer.

—No sólo, Majestad. Vos acumularéis más poder que ninguna otra Gran Esposa antes o después. Ajep se ha resignado a su destino y no pondrá impedimentos a que toméis el timón del estado. A la muerte del intruso, nadie os discutirá que sigáis haciéndolo.

Un solo Nlòplal, sólo uno había podido sobrevivir en aquel lugar hostil. Rodeado, superado en número pero no en determinación, crecía irreductible desafiando incluso a las leyes de la naturaleza, ocupando por lo menos el doble



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

de la superficie que cualquiera de sus hermanos.

—Por un tiempo, solamente. Porque al final, sólo un hombre podrá sucederle.

Bakenkhonsu asintió. Aquel espécimen era hermoso como nada que antes se hubiera visto. Tenía algo especial, seductor, fascinador, que atraía la mirada sin poderlo evitar. Si no fuera por aquellas espantosas emanaciones... Pero el príncipe y Guardián de los Hijos del Rey sabía que todo tiene necesariamente dos caras: una falsa y embriagadora, otra cierta y nauseabunda.

—Y, como bien sabemos, un hombre le sucederá. Un hombre llamado Pleamar.

9

—¡La Reina ha abandonado la casa!

Un murmullo creciente, como un zumbido de moscas, fue elevándose a su espalda hasta derivar en rumor de pasos a la carrera. Estaba harta.

La Guardia estaba preocupada por su seguridad, algo nerviosa después del asunto del Médico Jefe del Sur y del Norte. Los Capitanes en persona velarían hasta el final de la jornada por la seguridad de la sagrada persona de Pleamar, Reina del Doble País.

Ajena a sus preocupaciones, tan pronto Bakenkhonsu marchó con el luctuoso encargo de informar a la dama Remolino del accidente sufrido por su padre, la joven ordenó que la dejaran a solas en el estanque. Tebi y Djoser aceptaron a regañadientes y se alejaron murmurando sus quejas acerca de aquellos hombres-dioses que, a fuerza de extravagancias, les hacían imposible su trabajo. Luego les vio encaramarse a una de las torres de vigilancia y expulsar a los dos robots flabelíferos, que luego de recibir la orden de marchar bien lejos y no volver, llevaban horas vagando sin rumbo por los jardines, como un perro sin amo. Pleamar se volvió para mirarlos, y los descubrió al pie de la torre, con los abanicos caídos, mientras los Capitanes de la Guardia los escudriñaban con ojos homicidas. Se echó a reír. Bueno, por lo menos, todos aquellos tontos le servían como diversión.

Kamutef había aparecido de pronto, avanzando a través de los huertos, y la esperaba ahora junto a la barca, como hacía a menudo. Para Pleamar, fuese cual fuese su cargo, siempre sería el barquero. Además, compartir a solas la nave con una Reina era un privilegio que bien pocos podían conseguir y que la mayoría le envidiaban.

—Majestad...



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

Se inclinó para dejarla pasar pero Pleamar le estiró del brazo. Hoy no habría un segundo paseo para ella. No le apetecía surcar los aires en aquella aerobarcaza de paseo. Deseaba otra forma de intimidad. Así que, con paso lánguido, tomaron el camino del Paseo de las Higueras. Hacía un buen día y caminaron sin importarles los comentarios que, a buen seguro, correrían sobre ellos a la mañana siguiente.

—Tenía ganas de hablar, y puesto que, pese al tiempo que hace que nos conocemos, de hecho no nos conocemos en absoluto, he pensado que serías la persona adecuada para charlar un rato.

Es por Remolino, pensó Kamutef. Querrá convencerme de.... Y de pronto se dio cuenta, apesadumbrado, que si la reina intercedía en favor de aquellas relaciones adúlteras, él no podría negarse.

—No tiene nada que ver con Remolino, no te preocupes —le explicó Pleamar, entre risas, viendo su mirada de preocupación—, es sólo un truco que me enseñó mi abuela Constelación: Cuando quieras hallar las respuestas que hay en ti, habla con desconocidos —Bajó los ojos, algo incómoda con sus propias palabras—. Constelación era una mujer curiosa, ¿no crees? Siempre diciendo todas esas cosas tan raras. Pero lo que me dijo las pocas veces que hablamos... murió cuando yo tenía nueve años ¿sabes? Lo que me dijo está clavado en algún lugar, muy adentro. —Rió de nuevo—. Ella tenía ese poder.

Kamutef recordó aquel asunto absurdo de los Nlòplales, y el espécimen que crecía y crecía en soledad dentro del estanque, y la obsesión de su tío luego de haber hablado con la Señora del Cielo, la gran Constelación.

—Sí, creo que sí.

Contemplaron los rosales. Qué bonitos, dijo Pleamar y luego rodearon los setos, más altos que nunca. Habrá que recortarlos pronto, pensó Kamutef; y siguieron caminando hasta que la Muralla Sur les impidió proseguir. Aquel muro, con aquellas enredaderas colgando majestuosas como islas de verdor en el viejo adobe.

—¿Tú crees, Kamutef, que una mujer puede ser Rey?

—No parece razonable. Los reyes son humanos y las Loo sois reinas. Así ha sido desde que nuestros dos pueblos fundaron el Doble País. Vosotras controláis la ciencia o la gestión de los estanques con los que recordáis vuestro planeta Biwoses; mientras, los hombres tenemos el poder y... —Había respondido sin pensar, demasiado rápido. Pensaba en las enredaderas, y sobre todo en las parras que había a su lado. Le extrañaba que su tío las hubiese plantado tan cerca de los muros. Debe haber sido uno de esos estúpidos ayudantes nuevos



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

que...

—¿Sí?

Ahora no podía dar marcha atrás. Habla lo menos posible con los poderosos y los hombres más sabios que tú. Te sobra con escuchar. Jeda, a su manera, también era un hombre sabio. Pero Kamutef no era su tío.

—¿Veis esas parras? Sus brazos acaban en órganos prensiles y se enganchan como trepadoras. Sin embargo, su lugar son las superficies horizontales. No está adaptada a la vertical, no es su lugar; las paredes son demasiado altas en este punto. Así que ahora tenemos una ... —No pudo seguir, ni siquiera él era tan estúpido. Había oído los rumores en palacio. Quizá debiera asentir y abandonar aquel asunto cuanto antes.

—Una mala parra y una mala trepadora, ¿no es así?

—Supongo que sí, mi Reina, aunque no es eso exactamente lo que quería insinuar. Si la parra la hubiésemos plantado en su sitio estaría sana y más desarrollada. Está inclinada a ello, después de todo.

—Pero sólo sería una parra, barquero.

Giraron a su izquierda hacia la Muralla Este y siguiendo la línea del Patio de Ejercicios, alcanzaron el Templete de Poniente, donde confluían las últimas higueras con los palmerales. Allí comenzaba la segunda línea del campo de fuerza. Se le erizaron los cabellos a ambos ante aquel poder invisible que emitía un zumbido sordo, inextinguible. Kamutef extrajo un mando de su bolsillo y una abertura verdeazulada brilló delante de ellos. La atravesaron en silencio. A Pleamar parecía no importarle la audacia del joven jardinero durante la conversación anterior, pero éste continuaba intranquilo, meditabundo. Es privilegio de los reyes dejar diluir lentamente sus pensamientos para luego dejarlos caer en una sola y definitiva estocada.

—Me parece que tu tío te ha inculcado demasiados miedos, barquero. Si un día alguien poderoso busca tu ruina, el miedo no te salvará.

De alguien como Remolino, pensó Kamutef.

—De alguien como mi amiga Remolino, sí, por ejemplo —dijo Pleamar.

—Vos no podríais interceder para que...

—Los Reyes tenemos el deber de salvaguardar el equilibrio del universo, la Armonía y nociones de ese tipo, elevadas, intangibles; pero el amor, mi querido Kamutef, está en el lado de las tinieblas y del desorden. La Regla le teme más que



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

a nada de este mundo. Está muy lejos del poder que los dioses han puesto en mi mano.

—¿El amor, mi Reina? Qué es lo que esa ramera busca sino...

—¡Calla, Kamutef! No vuelvas a hablar en ese tono de alguien que me es querido. No sabes nada de las mujeres. Ella os ama con una pasión desenfadada. Una pasión que la destruirá, que os destruirá a los dos seguramente si no vences esos miedos.

—Esto es una locura. ¿Por qué no habláis con ella y la ayudáis a entrar en ra...?

—Ya hemos hablado bastante. Márchate, barquero, me quedaré a solas en el templo.

—Mi señora...

El rostro de la Reina se había contraído en una mueca de ira. Si la osadía del jardinero durante el paseo no lo había conseguido, el poner en entredicho a su mejor amiga, la había enojado de verdad.

—Adiós, Kamutef —restalló, y no era una orden que pudiese ser obviada.

Al salir, el joven jardinero casi se tropezó con los Capitanes de la Guardia, que, alertados por los gritos de su Reina, se arrastraban a cuatro patas por detrás de los arriates para no ser descubiertos por ésta, que les acaba de prohibir que la molestasen. Les saludó con una inclinación de cabeza. Una voz se elevó entonces a su espalda.

—Barquero, supongo que has pensado en avisar a tu tío de lo de esas parras... Para poderlas.

—Así es, Majestad.

La Reina buscó acomodo entre unos cojines y su figura desapareció en el interior del kiosco. Sólo quedó su voz.

—No lo hagas. Aguarda un tiempo. Tal vez consigan escalar el muro.

Los ornamentos que cubrían la regia persona eran infinitos como la arena del desierto, perlados como las olas del mar, resplandecientes como los astros del cielo: pectorales, collares, brazaletes, ajorcas, anillos y amuletos... oro, plata,



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

cornalina, lapislázuli y electro. O, al menos, así querían llamarlos. A pesar de que aquel planeta hubiese sido terraformado a imagen y semejanza de su Egipto natal, no era el mismo mundo, no eran los mismos minerales, no eran las mismas bestias las que poblaban sus tierras; ellos les habían dado el mismo nombre: cocodrilo, chacal, serpiente... pero no eran sino engendros extraterrestres, como ellos mismos, que ya no eran humanos ni Loo, sino mestizos en un planeta mestizo.

—Otro atardecer —murmuró la vieja Soberana.

La Reina-madre Solsticio había contemplado las horas avanzar imparables en la clepsidra. En el atardecer de Re, las sombras se erguían ya para engullir voraces el universo que una vez fuera lienzo de luz, océano de colores que se contoneaban ignorantes de su fatuidad, de su efímero existir. Se entretuvo intentando imaginar cómo serían los verdaderos cocodrilos que poblaban el Gran Río del verdadero Egipto. Aquéllos que les trajeron a este planeta —una raza moribunda, le había confesado una vez la vieja Constelación—, ¿trajeron también a todos los animales, aves, insectos? No parecía probable. A veces, Solsticio creía estar a punto de convertirse en una mujer sabia; en aquellas ocasiones, entendía que todo cuanto sabía de la Tierra Mestiza no era más que una gran mentira.

—Otro atardecer.

Tres largas estaciones se habían sucedido tras la muerte de Hapu, su amado esposo. Inundación, Siembra y Cosecha. El tiempo había pasado tan lento que parecía que Hapu iniciara su tránsito a la otra orilla hacía un millón de años. Y ahora, más que nunca, le parecía que todo cuanto le rodeaba era un engaño de los sentidos, un truco de magia que buscaba enloquecerla.

—¿Parábola?

La nodriza real emergió de una de las cámaras interiores, siempre alerta; sus ojos inquietos la miraban tiernos, compasivos. Solsticio se odió por despertar la compasión de una criada.

—¿Sí, mi Reina?

—Oh, Parábola, es que...

Había olvidado por qué la había llamado. Sacudió la cabeza y se hundió en sus recuerdos: Hapu en su carro desfilando tras una victoria ante los Loo del sur, Hapu y ella el día de su coronación, Hapu en el lecho mostrando su pecho fornido y susurrándole dulces palabras.

No. Basta. Debo pensar en el ahora.



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

Parábola. Su fiel Parábola la estaba mirando.

—Tengo entendido que el joven rey Ajep espera para verme. Hacedlo pasar. — La nodriza marchó. Se oyó un rumor de pasos. Luego, un rumor distinto, titubeante, el sonido de una piernas fuertes, adolescentes, pero indecisas.

—Majestad, para mí es un honor —comenzó el muchacho.

—¡Siéntate, Ajep! —restalló la Reina—. Y no hables si no se te pregunta.

El muchacho bajó la cabeza y buscó una banqueta en un rincón, donde se sentó a esperar. Chasqueó la lengua.

—Voy a hablarte del pasado. ¿Ello te place?

—Sí... supongo, Majestad.

—Desde que murió Uadjamosis el corazón de mi esposo se llenó de pena. El agua que bebía ya no sabía fresca, la comida ya no era sabrosa. Luchar toda la vida para ver de entregar el Trono de los Vivientes al hijo de una... —Su rostro, contraído por la ira, se fue tensando más y más hasta que, de pronto, se relajó violentamente, como si algún secreto mecanismo hubiera cedido—. ¿Crees que es justo, mi joven Rey-consorte?

Silencio. Llamarle Rey-consorte era un insulto que nadie con sangre en las venas hubiera podido desatender. Era como decirle que Pleamar era quien tenía el poder y él sólo un títere. Pero Ajep permaneció mudo, imperturbable.

—Te he preguntado.

—Supongo que no, Majestad.

¿Supongo? Solsticio deseaba perder el control, necesitaba perder el control. Aquellos asentimientos susurrados desde el miedo con un huidizo «supongo» no eran suficiente. Ajep tendría que defender su causa para que ella pudiese abrazarse por la suya.

—El Rey se fue distanciando de mí —prosiguió—. Quizás por el dolor, quizás porque tu madre, Marea, la víbora asesina, y yo éramos las mejores amigas, y siempre tuvo acceso a todo el palacio como si fuera yo misma, sin sospechar que iba a darme semejante pago. Pero bueno, lo mismo da, el Rey se alejó de mí... y mi corazón, ya resquebrajado, se hizo pedazos. ¿Crees que es eso justo?

Otro silencio. Solsticio prosiguió, aún incapaz de destapar su ira a borbotones.



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

—Tú eres lo más cercano a un culpable que puedo imaginarme y, mientras yo viva, y más tarde aún, las cosas no te serán fáciles en el Palacio de Ity-tawy. Tengo más amigos que los que puedas...

—Todo eso ya lo sé, Majestad —le interrumpió el muchacho, esbozando una sonrisa—. El príncipe Bakenkhonsu habló conmigo. Tengo suerte de que se me permita pasar mi estúpida vida recopilando viejos textos y haciendo acopio de sabiduría, como es mi voluntad. Si me comporto extremadamente bien y demuestro que soy digno de tantos honores, se me permitirá acudir a donde vayan nuestros ejércitos, hacer ver que los comando y contemplar cómo se extienden poderosos por los Nueve Arcos.

Algo había cambiado. El joven Rey la miraba directamente a los ojos, se había levantado de su banqueta. Solsticio notó que su cólera aumentaba, bullía, dispuesta a saltar.

—¿Detecto sarcasmo en tu voz? ¿Piensas que no se te trata con justicia? ¿No ves que el crimen de Marea...?

—Mi madre no cometió crimen alguno y mi deseo no es gobernar, nunca lo fue, así que vuestra cárcel no es para el Rey-consorte, como bien me llamáis, más insoportable y opresiva que la propia existencia.

Miró una vez más al hijo de su prima, pero ahora desde una nueva perspectiva. ¿Marea inocente? ¡Qué disparate!. Tal vez, como la madre, su gesto cándido escondiera un monstruo incapaz de gobernar sus razonamientos y sus pasiones.

—¡Explícate!

Ajep rió estentóreamente. Se reía de su ira, de su cólera; las llamaba con su carcajada, las incitaba a manifestarse.

—Vos conocisteis a Marea desde niña. ¿La creíais capaz de un crimen así? ¿Ajep Rey? ¡Por favor! Ella rezaba para que los dioses le dieran algún año más de vida. No codiciaba para mí más que un poco de salud.

—Entonces, ¿quién mató a...?

—No entendéis nada, no es eso de lo que estoy hablando. Hace mucho que no me pregunto por ello. El gordo Bakenkhonsu tal vez, aunque no sé con qué motivación; o vos, mi Reina —Ajep volvió a reír, consciente de su atrevimiento—, casi siempre sospeché de vos. Pero ya os digo que no importa, esas muertes son sólo una anécdota. Algo poco importante...

—¿Poco importante? ¿Cómo puedes decir semejante cosa? ¿Qué es para ti



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

importante? —chilló Solsticio.

El rostro de Ajep estaba desencajado, macilento, como si su interior estuviese yermo, vacío, sólo un saco de piel y huesos. Entonces comprendió que el muchacho también buscaba alguna cosa, tal vez no que la rabia estallase dentro de sí, tal vez que la rabia de Solsticio estallase contra él. Una agresión real, física, que sublimase las muchas agresiones veladas que recibía.

—¿Os habéis parado a pensar qué sucedería si, por un azar, todos muriésemos de una extraña enfermedad y nuestra civilización desapareciese? Todos nuestros monumentos sepultados en el polvo. Las ciudades tragadas por la arena, todo desaparecido.

—¿Adónde conducen esas fantasías?

—Millones de años después, otra civilización encontraría nuestros restos. ¿Qué pensaría de su hallazgo? ¿Lo entendería, tal vez?

Esta vez fue Solsticio la que guardó silencio.

—Vería nuestras mentiras, poco más. Uadjamosis, Amenmosis, mi madre y quién sabe cuántos más murieron en la oscuridad de nuestras mentiras. Nadie sabrá lo que realmente fue de ellos. Proyectamos una imagen de la Tierra Mestiza que se ajusta a un ideal tan imposible como nuestros dioses y su búsqueda de lo eterno en una floresta de rostros cambiantes. Nuestra religión es un desfile de máscaras que se superponen, humano-Loo, Loo-humano, como nosotros mismos. Los hombres de ese futuro tratarán de encontrar explicación a nuestros disfraces sin entender que ellos son nosotros.

La Reina-madre sabía que algunas formas de locura eran contagiosas, otras hereditarias, otras tan personales que desafiaban toda clasificación. La del joven Rey se manifestaba de pronto como amalgama de todas ellas.

—Calla de una vez. Tus desvaríos me fatigan.

—Cuando perdemos una batalla decimos que la ganamos —proseguía Ajep, imperturbable—, pues somos divinos y no podemos equivocarnos. En el lejano Egipto, borramos Soberanos de la Listas Reales, aquéllos que no nos gustan, que no responden a la tradición o a la eventual idea que se impone de qué es la tradición. No creemos en la verdad, pues hemos edificado en su nombre toda nuestra civilización y la verdad es la civilización misma, con todas sus contradicciones y todas sus civilizadas falsedades.

—No eres más que un perturbado, aléjate de mi presencia.

—La Regla no responde a la ley ni a la justicia, sólo es un valor mutable que



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

enmascara lo acaecido ajustándolo a sí misma.

—He dicho que te marches. ¡Parábola!

—Y vos, sentada aún en el Trono de los Vivientes, habéis malgastado la vida palideciendo a la sombra de un esposo que nunca os amó, con el que os casasteis por obligaciones de sangre, un hombre que compartía el lecho con todas las hembras de palacio menos con su mujer. ¿Cuántas veces al año compartíais el lecho? ¿Dos? ¿Cuántas desde que dejasteis de ser fértil? Me consta que ninguna, y eso fue antes de que muriera Uadjamosis, vuestro heredero. Quizá, mi Reina, deberíais recordar el pasado como realmente fue y dejar de buscar culpables en otra parte. Pero no, sois una hija del Gran Río, no creo que seáis capaz de recordar las cosas como sucedieron. Así que haremos remembranza ajustándonos a la Regla. ¿Cómo fue? Ah, sí, vuestro amante esposo, el rey Hapu, se cansó de la vida y de vos tras morir Uadjamosis a manos de la puta de mi madre.

Por fin, Solsticio encontró las fuerzas para levantarse, aullar de rabia contenida y embestir a su enemigo, que cayó hacia atrás con la vieja Soberana arañándole el rostro.

—¡Perro! ¡Maldito perro hija de una ramera!

Se necesitaron cuatro hombres para separarles. Ajep estaba magullado, sangraba por la cara y por el pecho: el lóbulo de una oreja colgaba de su cuello, a punto de desprenderse.

—¿Es esto lo que buscabais, joven Rey? —La Reina-madre jadeaba, agotada, abochornada, exultante.

—Sí, mi Señora. Quería saber qué sintió mi madre cuando la arrastraban a la soga para quitarle la vida y así justificar la vuestra.

—¿Y qué habéis descubierto, pobre loco?

—La vida duele más que unos pocos golpes, Majestad. —Volvió a reír con aquella risa crispada, que parecía provenir del otro mundo—. ¿Os he dicho antes que estáis muy hermosa hoy? ¿Que habéis acertado a la hora de escoger vuestro sudario?

Los ornamentos que cubrían la regia persona eran infinitos como la arena del desierto, perlados como las olas del mar, resplandecientes como los astros del cielo: pectorales, collares, brazaletes, ajorcas, anillos y amuletos... oro, plata, cornalina, lapislázuli y electro.

Solsticio se llevó la mano al pecho; hacía rato que le dolía el brazo izquierdo, y



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

durante la discusión, el dolor había ido aumentando, sordo y constante, como un latido.

—Sacadlo de mi vista.

Y sin poder añadir una palabra más, la Reina-madre cayó pesadamente al suelo.

12

Los Divinos Antepasados, los Reyes pretéritos del Doble País, aquellos que un día fueron declarados Justificados ante dios, la esperaban al final del sendero de luz.

El aullido del viento despertó a la Reina-madre Solsticio. Soñaba con la Sala de las Dos Verdades, con la perra Amait encorvada, presta a devorar su alma. Los cuarenta y dos Asesores habían dado a Osiris su veredicto: culpable. Uno de ellos, convertido en sombra, le interrogaba antes de que se leyese su condena.

Tres largas estaciones se habían sucedido tras la muerte de Hapu, su amado esposo. Inundación, Siembra y Cosecha. Demasiado tiempo. No pudo esperar más.

—¿Quién eres tú, pequeña?

—Yo soy una posibilidad —respondió Solsticio.

Entonces, la perra Amait se lanzó sobre ella y la arrancó del mundo de los vivos. Esperó, sintió millones de posibilidades desvaneciéndose, paladeando el instante de los instantes; ¿era esto la muerte? Un suave balanceo, como navegando por el Gran Río. Un bogar eterno. ¡Pero no! Alguien le arrastraba por una sala oscura y tenebrosa, y no era la perra Amait quien conducía sus pasos; se había quitado la máscara.

—Hola Solsticio, querida mía.

—¡Abuela Constelación! ¿Dónde estamos? ¿Dónde me llevas?

Le vieja bruja le tendió una cuerda trenzada de un material que no supo reconocer; comenzaba muy lejos, a su espalda y terminaba más allá de donde alcanzaba su vista, en la oscuridad.

—¿Qué es esto, abuela? ¿Qué pasa?

—Prepárate para tirar, Solsticio, y no hagas preguntas. La batalla final se



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

acerca. Tenemos que estar unidas en esto o fracasaremos.

—¿Fracasar? ¿En qué? ¿Para qué debemos estar unidas?

La vieja Señora del Cielo esbozó una sonrisa cruel y maliciosa.

—Para morir de una condenada vez, naturalmente.

(Continuará...)

© Javier Cosnava

Javier Navarro Costa, bajo el pseudónimo COSNAVA, nació en Hospitalet de Llobregat, aunque reside en Oviedo. Se formó como historiador, pero en el tercer año abandonó la carrera, más interesado en una formación autodidacta. A finales de 2006 comienza la colaboración con el dibujante Toni Carbos; fruto de este empeño sumaron 20 premios de cómic en apenas año y medio antes de pasar al mercado profesional (actualmente Cosnava suma 29 premios contando cómic, guión y literatura). Juntos publican en diciembre de 2008 su primera novela gráfica: *Mi Heroína* (Ed. Dibbuks), que ya había cosechado hasta 7 premios a cada una de sus partes. Cosnava publica en septiembre de 2009 su segunda novela gráfica: *Un Buen Hombre* (Ed. Glenat), sobre la urbanización donde los SS vivían, al pie del campo de exterminio de Mauthausen. En octubre de ese mismo año, continuando con la temática nazi, publica la primera parte de la biografía del padre de Adolf Hitler, titulada *De los Demonios de la Mente* (Dibbuks). Se trata de su primera novela. Paralelamente, recibe una beca de la Caja de Asturias (Cajastur) para viajar al campo de concentración de Mauthausen y se le encarga un libro de fotografías al respecto que llevará por título *Espanoles en el Infierno*. Asimismo, parte de esa beca debe dedicarse a la finalización de *Prisionero en Mauthausen*, novela gráfica que junto a Carbos ultimaba para la editorial alicantina *De Ponent*, de Paco Camarasa. Esta obra fue publicada en febrero de 2011.

También ha publicado una novela de corte fantástico-juvenil: *Diario de una Adolescente del Futuro* (Ilarion, Diciembre de 2010).



LA ODISEA LITERARIA

por Víctor Conde

Resumen de lo publicado: Stephanie ha viajado místicamente al mundo que hay más allá del espejo, y se ha encontrado con una muchacha llamada Iya en un poblado arrasado por letras gigantes. Ambas se miran, la una a la otra, con estupor.

9. UNA ODISEA DE PÁRRAFOS Y SINTAGMAS

■ ¿Quién... o qué eres tú? —preguntó la joven nativa. Tenía la piel pálida, y vestía de una estrambótica manera que Stephanie jamás había soñado imaginar. Parecía humana... y no lo parecía, en una forma como sólo la demencia podía explicar.

Stephanie aceptó su mano cuando se la tendió, para incorporarse.

—Soy... Stephanie.

—¿Una de la raza Stephanie?

—No... sólo Stephanie. He llegado a... a...

Echó un somero vistazo alrededor: sí, era un poblado, medio derruido por el efecto devastador de una invasión de lo que parecían letras gigantes. El suelo estaba abierto en muchos lugares, de una manera que sugería un brote espontáneo y brutal de algo, no que hubiesen enterrado aquellas masas pétreas desde arriba. Justo a su derecha se levantaba una M gigantesca, grisácea, amenazadora en sus implicaciones gramaticales.

¿M de Muerte?

Stephanie sintió que un escalofrío provisto de mil patitas de hielo se le enroscaba en la columna.

¿Era eso lo que había pasado, había muerto al estrellar su cabeza contra aquel espejo, y esto era lo que su agonizante cerebro le mostraba en las últimas etapas de la asfixia?

Porque si no era la muerte, o el paraíso prometido que habría (según común opinión) al otro lado, ¿cómo se explicaba aquel paisaje dadaísta?



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

—¿Y tú quien eres? —preguntó a la joven extraña. Ésta se cruzó de brazos, aceptando la inversión de papeles en la conversación. Una cierta reciprocidad en aquel cruce de asombros entre ambas les haría más bien que mal.

—Me llamo Iya, soy una Siglamante.

¿Una qué?, preguntaron los ojos de Stephanie. A su boca no le dio tiempo.

—Estudio los efectos taumatúrgicos de la gramática divina —explicó Iya—. Hasta ahora, en los años que llevo haciendo esto, he visto muchos efectos colaterales de la aparición de sintagmas, pero nunca... nunca creí que fueran capaces de convocar a una... una...

La señaló con las manos, en un gesto que englobaba el asombro hacia la presencia de Stephanie y la invitación cordial a que ella continuara.

—Creo que dentro de un segundo me voy a desmayar, y no podré seguir hablando —murmuró Stephanie—. Así que voy a aprovechar para preguntártelo: ¿dónde estoy? ¿Esto sigue siendo... la Tierra?

—Sí, es la tierra. La tierra de las letras, en el camino a la Llanura Kármica.

—Me temo que no has oído la mayúscula.

Iya acarició la textura de la letra de piedra. Sí, M de METROSTOPÍA, si la unía a las demás letras mediante el quiebro del caballo de ajedrez. O de MALFRUMA, si el que regía era el alfil.

—El pueblo de los escalares se dirige hacia aquí. Hallarán las letras, y las destruirán para obtener material de construcción para sus casas —pensó Iya, en voz alta—. Pero las letras sobrevivirán. Tarde o temprano acabarán surgiendo de nuevo de sus gargantas en forma de palabras terribles, y muchos morirán. Un nuevo éxodo inercial será convocado entonces.

—Perdona, guapa, pero estoy teniendo una crisis nerviosa —dijo Stephanie, con voz calmada—. Podías tener un poco de respeto hacia eso y explicarme las cosas un poco más claritas.

—¿Cuál es tu oficio? Aquí los oficios definen a la gente.

—Soy... —La palabra estalló como una bomba, nada más abandonar sus labios. Stephanie se vio lanzada hacia atrás, cayendo sobre su trasero de una forma muy poco digna en el barro, mientras que Iya chocaba contra la M y salía rebotada hacia un lado.

Stephanie se llevó las manos a los oídos, intentando amortiguar la



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

reverberación. Su cabeza estaba a punto de estallar por el eco que había creado aquella simple palabra. Y no era ninguna palabra especial, encima: ella había querido decir investigadora, pero algún tipo de nexos entre las consonantes o las vocales había reaccionado con la cualidad no-esdrújula de la palabra, haciéndola explotar.

¿Cómo sabía eso? ¿Se le estaba contagiando la locura de aquel mundo extraño?

No, estaba muerta. Muerta. De víctima patéticamente marcada. Y el cielo era un antro lisérgico lleno de drogas.

Iya se levantó, tambaleándose. Le salía sangre de un oído. Dos hombres corrían hacia ella para auxiliarla, y eran los dos tipos más alucinantes que Stephanie hubiera visto nunca. Uno hasta tenía dos graciosos cuernos que le salían como chichones redondeados del cráneo.

Los hombres ayudaron a Iya para que no se cayese otra vez.

—¿Estás bien!? —preguntó el de los cuernos. Su expresión era de puro terror—. ¡Iya, háblame!

—Seguro que me estáis hablando... —murmuró la joven—, pero sólo escucho un pitido. Dadme unos minutos... se me pasará.

Los hombres clavaron la vista en Stephanie. Estaba claro cuál era el siguiente paso en la emergencia, después de socorrer a su amiga: buscar culpables. Abrió la boca para explicarse, asegurarles que ella no había tenido nada que ver y que si aquello era un sueño que por favor la despertaran. Pero al darse cuenta de los riesgos la cerró. La explosión había ocurrido al intentar decir algo tan inocuo como investigadora. ¿Qué cataclismo se desencadenaría si empezaba a lanzar tacos filosóficos, o peor, si se atrevía a citar a Marcel Proust, su autor favorito? ¿Cuánto daño podía hacer en un mundo basado en el equilibrio literario una frase de En busca del tiempo perdido?

Los hombres raros ayudaron a Iya a salir por su propio pie del valle. Stephanie los siguió. En realidad, no tenía a dónde ir. Tuvo un acceso de risa al pensar en la cara que habría puesto el patético Húbor-Rak al verla desaparecer en el espejo, cual Alicia desquiciada y resabida. Pero el humor duró poco; de nada servía viajar a un país de las maravillas que te condenaba a ser muda, para no matar a nadie.

Entonces se le ocurrió una idea, bastante estúpida en sí misma pero genial en aquellas circunstancias: ¿Habría algún lugar donde la tal Iya pudiera llevarla, que sirviera como academia de entrenamiento? Algo así como un campo de tiro de palabras terribles, donde Stephanie pudiera coger un diccionario e ir entrada



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

por entrada, disparando frases contra dianas lejanas a ver cuáles explotaban y cuáles no.

Dios, tenía que salir de allí, y pronto. Volver al mundo real. Aunque fuera para enfrentarse a la cara de loco de Húbor-Rak.

—¡Esperadme! —jadeó, subiendo la colina. Menos mal que esa palabra no mató a nadie.

—No hables, mujer —dijo uno de los hombres extraños—. Eres portadora de sintagmas agresivos.

—¡Está infectada con la enfermedad de los kornukianos! —acusó el de los cuernos, asustado, abrazándose al otro hombre—. ¡Extenderá la plaga, palabras de poder, miedo en las palabras!

Stephanie los miraba alternativamente, temblando de miedo. Aquello se estaba poniendo peor por momentos. Y lo más agobiante era que no sabía qué hacer. No sabía si quedarse sentada en compañía de aquellos locos, si echar a correr, si lanzarse por un precipicio, si dar cuerpo a una nueva deidad femenina capaz de desatar cataclismos con la voz...

En un mundo normal (y por ello entendía a su mundo, al del otro lado del espejo), existían reglas invariables. La principal ayuda que tenían los humanos para sobrevivir era que el mundo, aunque críptico e incognoscible, era predecible: los ciclos se repetían, y las causas tendían a provocar efectos mensurables.

Pero allí no. En el poco tiempo que llevaba respirando aquel aire que se parecía tanto al de la Tierra, y caminando por aquella tierra que olía y recordaba la forma de sus pies con la misma facilidad que la de su mundo, Stephanie ya había transgredido diez o doce reglas universales básicas. Aquél era un universo de locura, reflejo quizás de la locura de su creador, como le pasaba a Alicia.

Se le ocurrió que, después de todo, aquel mundo sí podía ser predecible, aunque bajo sus propias condiciones. Tendría que aprender cuáles eran las reglas (si es que había alguna) si quería sobrevivir. Y para eso, necesitaría de un guía. Alguien que conociera bien los entresijos del espejo.

Quizás aquella chica con pinta tan avispada.

Iya se recuperó al cabo de un rato. Pat y Chou (no es que se hubieran presentado formalmente, pero Stephanie aprendió sus nombres de oírlos hablar y lanzarse improperios entre ellos) le limpiaron la sangre del oído, le dieron de beber y la mimaron de una forma casi infantil, como se mimaría a un bebé recién nacido. A los pocos minutos, a Iya ya se le había pasado el doloroso pitido de los oídos y volvía a escucharles.



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

Stephanie aprovechó entonces para contarle su historia.

—¿Entonces... has llegado a nuestro mundo a través de un espejo? — preguntó Iya, frotándose delicadamente el pabellón auricular.

—Sí, pero no era un espejo normal. Era un artefacto que un tal Ortelius Manfraad «escribió» como si fuera un códice... pero bueno, para qué les voy a aburrir con esto. Digamos que se produjo un milagro y aquí estoy.

Pat y Chou hicieron entrechocar sus cuernos (sí, ahora los dos tenían cuernos), pero no dijeron nada.

Iya asintió lentamente, como si no le sonase excesivamente bizarra o desconocida esa historia.

—Hay páginas de ciertos libros que pueden leerse en múltiples direcciones — caviló—. Dependiendo de la dirección que le des al texto, te contará diferentes historias. Puede que tú provengas en realidad de una lectura inversa de nuestro mismo libro. Nuestro destino.

Stephanie parpadeó. Vale, aquella era otra de las reglas de aquel mundo, y era duro de aceptar para una mente analítica como la suya: los razonamientos no lineales tenían más peso específico que las teorías científicas. Estupendo. Y probablemente modificarían el mundo con esa percepción extraña que tenían de él, como una especie de antropocentrismo desquiciado. Vivir allí iba a ser divertido.

—¿Y cómo puedo... «leerme» a mí misma, para entender mi historia? — preguntó Stephanie, haciendo un esfuerzo para adaptarse a aquella lógica.

—Sólo hay un sitio donde alguien que proviene de una lectura inversa pueda releerse a sí misma, y tenga opción a una nueva versión de su libro —dijo Iya, muy seria—. La Llanura Kármica.

Los cuernos de los dips volvieron a chocar.

El viaje les llevó menos de un día. Cuando salieron del valle de las letras de piedra, una multitud llegó para instalarse en él. Iya le contó que eran humanos episódicos, que venían en peregrinación social inercial hacia el valle. Se establecerían en él y lo poblarían con sus casas y sus templos dedicados a las letras colosales. Serían un buen pueblo de acólitos para cuidar y venerar las letras de piedra, y eso, por algún motivo, alegraba bastante a Iya.

Al amanecer estaban llegando a la Llanura Kármica. Lo que Stephanie vio desde el último meandro del camino era... bueno, a falta de palabras para



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

describirlo, lo único que pudo pensar fue que aquel sitio encajaba perfectamente en su mundo, y de hecho era como un resumen de sus postulados. Un botón de muestra en colores pastel y dédalos de arco iris.

Descendieron hasta la Llanura por un camino embaldosado, que Stephanie habría jurado que despedía reflejos dorados. Iya abrió la marcha, seguida por Chou y Pat (que caminaban abrazados, muy juntitos, como si de buenas a primeras se hubiesen convertido en una sola persona), y Stephanie cerraba la comitiva.

La sombra de un zeppelin pasó sobre ellos.

Había gente tumbada en hamacas de fieltro, alineada delante de una hilera de espejos, gente que dejaba pasar todos los instantes sin fricción suficiente como para quedarse y resultar agradables. Arriba, por delante y por detrás del sol, rodeándolo con anillos de color, estaban las nubes. Y colgando de ellas mediante cables hechos de lluvia, los zeppelines que había visto Stephanie en la distancia. El sol repartía generoso los colores. La planicie refulgía como un espejo. El arco iris contenía doce franjas, con visos de que un anticiclón añadiera otra más hacia la tarde.

Y la hilera de espejos, que flotaba a treinta centímetros del suelo, brillaba con luz propia.

Iya los señaló.

—Ésas son las puertas. Hace poco, una se abrió, conectando tu mundo con el nuestro. Fue entonces cuando empezaron a pasar cosas.

Stephanie se acercó a las «puertas». Era curioso cuánto sentido tenía ahora llamarlas así. Eran más de cincuenta espejos de cuerpo entero, bellamente labrados, cada uno distinto a los demás, completamente único. Y flotaban, sí, manteniéndose con un movimiento suave y ondular a cierta distancia del suelo.

Y a través de ellos se veía algo. Se distinguían formas.

Stephanie ya estaba curada de espanto, pero soltó un grito cuando se volvió hacia Iya para preguntarle si podía acercarse más a las puertas, a ver qué eran esas imágenes, y vio lo que había aparecido al lado de la joven.

Era una nube de colores vivos, no mezclados unos con otros, sino amarrados en largas trenzas, como si cada color fuera un globo inflado y anudado con su complementario. Tenía el tamaño de un elefante, y estaba claro que era una especie de ser vivo, porque Iya estaba charlando con él en voz baja.

Cuando Stephanie chilló al verlo, Iya sonrió y dijo:



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

—No te asustes, es sólo Amro, el alma errante. Ha venido para conocerte.

—¿Para... conocerme? —balbució Stephanie—. ¿A mí?

El alma susurró algo parecido a

□4□2|212|214□.57□44¹/₁₆3.54.00 4|124|124|127□500¹/₁₆4⁶/₃₉7 .5□.5□¹/₁₂¹/₁₆ 74□3¹/₁₆□43⁶/₃₉3⁵⁰⁰□□□¹/₁₀¹/₂∞44□77
 □7□□2|212|21□□□□□3¹/₁₆⁶/₃₉3 que le puso los pelos de punta, pero su tono de voz era amable, invitaba a confiar, aunque no entendiera las palabras. Stephanie se tranquilizó al ver a Iya hablando con aquella cosa: eso significaba que no suponía una amenaza.

—Te ha preguntado si nos traes nuevas gramáticas del otro lado —dijo Iya.

—¿Gramáticas?

Iya la invitó a asomarse al espejo, al que ella quisiera. Tal vez así lo entendería. Stephanie aceptó la invitación, y se aproximó a una de las puertas, una con el marco labrado en bronce y oro.

Miró en su interior

(acecha por su izquierda por medio de un azote de placas malva)
 y vio al pájaro dormido
 (de la arena fina, el baile de la abeja construye luces de piedra)
 que descansaba en su nido.

La brisa mecía suavemente sus plumas.

Entonces Stephanie comprendió.

Se dejó caer de rodillas sobre la arena del suelo, llorando.

Claro, claro, ahora todo tenía sentido.

Se levantó, corrió enfrente de las demás puertas, y en todas ellas se veían pájaros dormidos.

Era eso. Nada más. Y nada menos.

Y claro, explicaba muchas cosas, entre ellas el surrealismo.

—Somos el sueño de los pájaros —murmuró. Iya se acercó y la abrazó.

—Cada mundo procede de la gramática de los sueños de un solo ser vivo. Tu mundo es el sueño de esas criaturas a las que llamáis escarabajos. El nuestro es el producto de las mentes de los pájaros, cuando recobran las fuerzas antes de echar a volar. Cada uno tiene sus reglas, y aunque te parezcan extrañas, son invariables.



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

—¿Mi mundo... lo sueñan los escarabajos? —se asombró Stephanie, mirándola entre lágrimas.

—Sí, cuando éstos se extingan, todo lo que hay sobre la superficie de tu «Tierra» desaparecerá. Pero nosotros tenemos más suerte. Los pájaros son coágulos en el sistema circulatorio del cielo, el pus de sus heridas emplumadas. Mientras exista cielo, y éste pueda ser herido por los rayos del sol, habrá pájaros, y éstos tendrán sueños, y los sueños reflejarán la infinita extrañeza hacia su propio origen.

Stephanie se acercó a un espejo y dijo una palabra. Investigadora. Fue más un soplido que un vocablo, pero provocó un sonido lejano, como de trenes colisionando, y un viento que hizo volar su cabello y el de todos los presentes en la Llanura. Pat, Chou e Iya, así como el alma errante, la miraban con curiosidad.

La palabra hizo que el espejo vibrara, mostrándole otras imágenes. Entre ellas estaba el cuerpo muerto del arcipreste Húbor-Rak, que se había suicidado tragándose seis cucharillas de té. Y su amigo Brunelle, el aventurero pluri empleado, que conducía de vuelta a casa con una expresión pensativa cosida al rostro, una expresión que hablaba de mil dudas y aún más preguntas, sobre dónde habría ido Stephanie, y qué había pasado realmente en la mansión del arcipreste. Preguntas que, muy probablemente, nunca tendrían respuesta.

Stephanie se alejó de la hilera de espejos. Estuvo mucho tiempo sin decir nada, tumbada en una de aquellas hamacas, viendo pasar los zeppelines.

Y en un momento determinado, preguntó:

—¿Esa gramática que os puedo enseñar... es la manera de soñar de otra cosa que no sean escarabajos?

Iya se encogió de hombros.

—Quién sabe. Las letras esconden tantos secretos que nunca puede una estar segura de nada.

Stephanie asintió. Y de verdad, lo entendía. De verdad.

—Bien, pues esto es lo que haremos. Quiero un zigurat. De diez pisos, y con una base ancha. Que en la plaza de delante quepa una verdadera multitud.

—Hablaré con la gente de la Llanura, a ver qué opina —asintió Iya.

—Y una costurera que me haga un disfraz... no, un traje ceremonial. Una comunión de pájaros e insectos. Si vamos a crear un culto a las letras colosales, tengo que parecer imponente.



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

—Y que lo digas —dijo Pat. Su cuerpo se había mezclado con el de su hermano y parecían siameses. Compartían también los cuernos, que ya sumaban siete.

—Ah, y una última cosa —pidió Stephanie.

—Dime.

La nueva sacerdotisa del Culto a las Palabras Terribles sonrió.

—Buscad por todo vuestro mundo a Ortelius Manfraad y traédme. Ahora ya sé a dónde huyó, ese bastardo.

© Víctor Conde

Víctor Conde estudió psicología e imagen y sonido, y también hizo sus pinitos en el mundo de la informática, aunque ahora se dedica por completo a escribir. Simultánea su obra como escritor de fantasía y ciencia ficción con otros trabajos en el mundo del cine. Comenzó publicando relatos en revistas como Púlsar, Asimov, Gigamesh o Solaris, para dar el salto a la novela con *El tercer nombre del Emperador*, en 2002. Fue finalista en varias ocasiones del premio Minotauro hasta que lo ganó en 2010 con una novela de esa saga, *Crónicas del Multiverso*. Actualmente está publicando terror (*Hija de lobos* es su próxima novela) y juvenil (con la *Saga de los Heraldos*).



ARTÍCULOS

LAS CINCO GRANDES UTOPIÁS DEL SIGLO XX

por Pé de J. Pauner

En este artículo, Pé de J. Pauner nos recuerda que, en su calidad de anhelo, las utopías son una parte fundamental del ser humano en su deseo por crear un mundo mejor. Así, lo que el lector tiene entre sus manos es un breve, pero intenso, recorrido por aquellas propuestas utópicas que nacieron en la antigüedad clásica y continuaron hasta finales del siglo XX.

INTRODUCCIÓN

El término utopía engloba una serie de obras que proponen historias desarrolladas en el marco de una sociedad ideal imaginaria. Ésta puede ser positiva para sus habitantes (una utopía propiamente dicha) o negativa (denominadas antiutopías o distopías)³ cuyas propuestas serán ideales para una élite que puede ser la clase gobernante y en la cual todo está perfectamente controlado en detrimento de la libertad espiritual y de pensamiento. En éstas importa más el sistema opresor que el elemento humano.

En casi todas las utopías, de uno u otro tipo, el sistema tiene una importancia superior al individualismo de sus habitantes, existiendo en diversos grados de aceptación, según el autor que lo trate. El sistema es, pues, el encargado de proporcionarlo todo en la vida de los ciudadanos, sustituyendo al seno materno y a la familia, por el conglomerado social como dador de los satisfactores básicos. La preeminencia del sistema utópico será para salvaguardar la felicidad individual a la que se aspira.

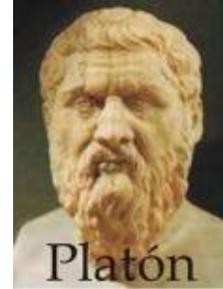
Una gran parte de este tipo de obras son metáforas necesariamente parciales, necesariamente ingenuas, como exposiciones de una realidad que intentan crear o recrear; sin embargo, un buen número de las utopías clásicas –desde las obras

³ La palabra Distopía fue creada por John Stuart Mill para identificar una obra que se oponía a los ideales sociales benéficos tratados en las utopías. Otro término sinónimo, hoy olvidado, es, Cacotopía, acuñado por Jeremy Bentham, ambos datan del Siglo XIX.

de Platón (La República o El Estado y Las Leyes), la de Tomás Moro, pasando por el Erewhon (anagrama de Nowhere, en inglés Ninguna parte, 1872) de Samuel Butler y el Looking Backward (1888) de Edward Bellamy, la obra de William Morris, Noticias de ninguna parte (News from Nowhere, or an Epoch of rest, being some chapters from a Utopian Romance de 1891), algunas obras de Julio Verne, hasta los últimos ejercicios de pesimismo de H. G. Wells-, siguen siendo legibles a pesar del tiempo transcurrido debido al interés intrínseco que estos libros poseen como arte de soñar mejores posibilidades para la humanidad.



Pero la utopía está presente en toda actitud que pretenda cambiar la realidad, mejorándola, para bien o para mal. Por esto existe pensamiento utópico en la primitiva Epopeya de Gilgamesh, en el Génesis bíblico, en la idea de la Parusía o Segunda Venida de Cristo, en los fundamentos de la secta del Mar Muerto o de los Esenios, en la mitología griega a través de las Cinco Edades del Hombre de Hesíodo y en las bases sobre las que se asentaba la existencia de algunas de sus ciudades estado, por supuesto que en

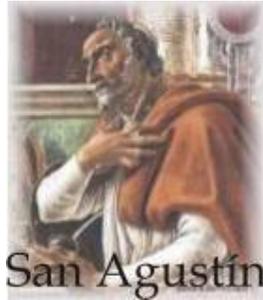


La República de Platón, en la construcción ptolemaica de la Biblioteca de Alejandría con sus pretensiones de acumular todo el conocimiento humano de su tiempo, en el concepto budista del Nirvana a pesar de su anulación del yo –o precisamente por eso–, y su fusión en la divinidad, en la búsqueda de las ciudades de El Dorado, Las Siete Ciudades de Cibola, o la Fuente de la Eterna Juventud que movilizaría a los conquistadores españoles a América siguiendo a Colón y su locura presuntuosa de haber encontrado el Paraíso Terrenal. Existe en las obras pictóricas de El Bosco y de Brueghel. Se encuentra en las obras literarias y políticas del Leviatán de Hobbes, del Emilio de Rousseau, en la novela satírica Los Viajes de Gulliver de Jonathan Swift, en la disparatada historia infantil Alicia en el País de las Maravillas, de Lewis Carroll, incluso en el cuento de hadas Pinocho de Carlo Collodi y en el Robinson Crusoe de Daniel Defoe, así como en el concepto de Noosfera de Pierre Teilhard de Chardin y tal vez en la Hipótesis Gaia de Lovelock con la propuesta del hombre como conciencia del planeta. Está presente en movimientos como el fourierismo (que fundó numerosas colonias utópicas en los Estados Unidos como la Brook Farm y la Comunidad Oneida), el hippismo, la new age, el concepto de American dream, e, incluso, en la idea del Internet como súper carretera de la información.

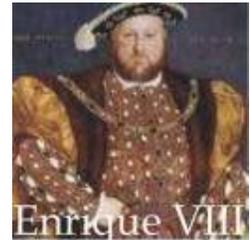


Pero, aunque existió pensamiento utópico antes de que existiera un término para denominarlo, no fue sino hasta el Siglo XVI (el año 1516, más precisamente) cuando un pensador, basado en la frase de Platón de que su república no estaba emplazada en parte alguna del mundo (y basado en los rumores de los

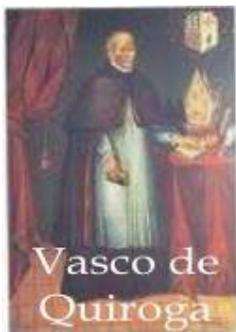
descubridores, aventureros, colonizadores y conquistadores de América, con las reminiscencias propias de la Civitate Dei de San Agustín), escribe una obrita (un libelo), titulada originalmente como *Libellus vere aureus nec minus salutaris quam festivus de optimo Reipublicae statu deque Nova Ínsula Utopia*, conocida hoy solamente como Utopía que, como bien apuntara Don Francisco de Quevedo y Villegas en el prólogo que de él se incluye en las ediciones hispanas de hoy, es una voz griega, cuyo significado es No hay tal lugar. Tomás Moro otorga, pues, un título, un nombre y un género a toda obra que pretenda lo que él con la suya: el retrato de una sociedad perfecta, en su caso, inscrita en el



humanismo renacentista. Y es, por lo tanto, dentro del Renacimiento, que un día emprendería el camino de la santidad al negarse, siguiendo los preceptos de su libro, a aceptar que el rey Enrique VIII, a la vez molesto por la negativa de Roma de anular su matrimonio con Catalina de Aragón, pretenda ser él mismo la cabeza de la Iglesia en Inglaterra y actuar según sus caprichos. El primer paso a la canonización (el Santo de los Políticos como lo designaría Juan Pablo II) estaría dado cuando posa el cuello sobre el tocón del verdugo, apartando su barba y pronunciando: éstas no ofendieron al rey.



La utopía de Moro contiene, como señala Jean Servier, gran conocedor de las utopías, temas que el libro volvería clásicos y que se repetirían en las obras por venir: un lugar al que se ha arribado mediante un viaje (en pocas ocasiones el acceso es mediante un sueño), una topografía inaccesible que, en el caso de la obra de Moro, se abre al mar (un recuerdo y una sustitución del vientre materno por un modelo de sociedad), en la que los ciudadanos están inmersos en un socialismo, diríamos hoy, utópico marcado por la igualdad y la negativa a acumular riquezas materiales, la tolerancia religiosa, la agricultura como el trabajo más deseable, los sabios como detentadores del poder (el gobierno de los mejores) y la uniformidad en las vestimentas y la educación.



La ejecución de Moro señalaría que no todo estaba perdido. Su libro comienza a fructificar en terrenos donde todo podía ser posible y que, de facto, se tomaron como tierras edénicas desde su descubrimiento para Europa: sería, pues, América, la geografía del sueño, la cartografía de la posibilidad, donde un español llevaría a concretar materialmente la utopía. Los Pueblos Hospitales que Vasco de Quiroga levantaría en el independiente imperio indígena de los tarascos o purépechas que no se habían sometido al imperio azteca, en el actual estado de Michoacán, en México (en ese entonces el Reino de la Nueva España), basa sus reglas (las Ordenanzas para el gobierno de los pueblos hospitales de 1565) directamente en la utopía de Tomás Moro.

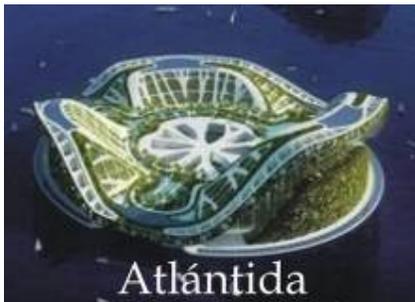


Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

El utopismo se extiende. El continente es campo orégano para estos experimentos, algunos de los cuales se materializan en países completos, así, el no hay tal lugar se vuelve materia, obra, herramienta. La Nueva Jerusalén no se buscaría ya en el horizonte del cielo futuro, sino en territorio indio: las misiones jesuitas en el Paraguay, los puritanos, los amish, los menonitas, los mormones... Toda una nación fundamenta su constitución política en el ideal de la Masonería (sociedad cuyos ideales son meramente utópicos), Estados Unidos, que también se repite en la tripartita fórmula de la Revolución Francesa: Libertad, Igualdad, Fraternidad y sus Derechos del Hombre y del Ciudadano. El espíritu de la Ilustración, la Enciclopedia, la de los deseos de llevar el conocimiento a los seres humanos de D'Alembert, de Diderot, llega al Siglo XX.

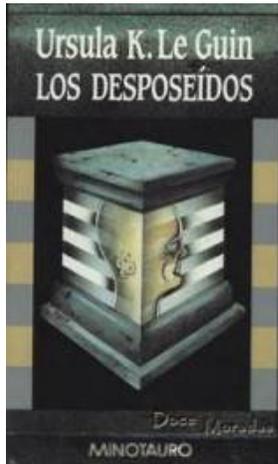
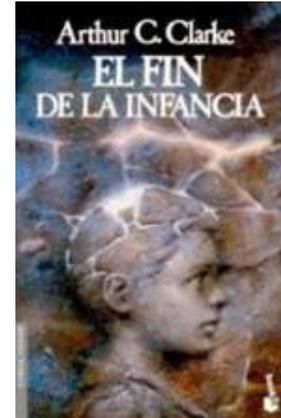


El título Las Grandes Utopías del Siglo XX, que era el original de esta serie de ensayos, hubiera debido incluir un tratado sobre las tendencias sociales del siglo como el comunismo, el fascismo e, incluso, las motivaciones ideológicas detrás de la Revolución Mexicana, como un repaso de libros, ensayos, o tratados que abarcaran, de alguna manera, lo que se conoce como pensamiento utópico; sin embargo, me he atenido estrictamente a la vertiente literaria que ha sido la forma más socorrida a la hora de ilustrar las formas de pensamiento acerca del deseo de la consecución de una sociedad ideal. Y dentro de esta modalidad he escogido cinco obras que ejemplifican en forma general gran parte de los fenómenos sociológicos, ideológicos, políticos, científicos, religiosos y aún seudomísticos del Siglo XX.



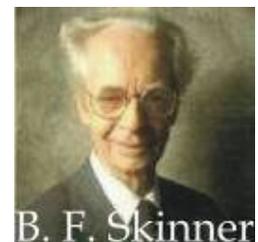
En el siglo de la entronización de la ciencia, la utopía se recubre con elementos científicos, acercándola y emparentándola con el género de la Ciencia Ficción. Anteriormente las utopías podían contener algunos elementos que hoy reconoceríamos como propios de este género, por ejemplo, en La Nueva Atlántida (escrita de 1614-1617, publicada en 1626), la recordada ficción de Francis Bacon, se propone tanto la congelación de los cadáveres como medio de preservación como el desarrollo artificial de los frutos, prediciendo máquinas como submarinos y aviones; en la incompleta trilogía El Otro Mundo (Historia cómica de los estados e imperios de la luna e Historia cómica de los estados e imperios del sol, 1657) de Cyrano de Bergerac parece presentirse la existencia de los corpúsculos sanguíneos, se citan inventos similares a los actuales Ipods y Palms y se menciona un arma con la cual se mata un ave, se la despluma y rostiza al mismo tiempo que se le puede ver caer del árbol donde estuviera posada; incluso el pasaje en Utopía de Tomás Moro en el que se señala que las hojas de las puertas se abren con una simple presión y se cierran solas pareciera

anunciar las puertas automáticas, pero no sería hasta el Siglo XX en el cual las utopías estarían inmersas en la parafernalia de la verdadera ficción científica o en el que las obras de ciencia ficción podían contener elementos utópicos (tal es el caso de *El Fin de la Infancia* y *La Ciudad y las Estrellas* de Arthur C. Clarke o el apoteótico final de 2001, *Odisea del Espacio* con el nacimiento del Hombre Cósmico o una especie de ente nietzscheano). En esta vertiente podemos mencionar cuatro obras que quedaron fuera de este estudio, una distopía y tres utopías científicas: *Limbo* (1952) de Bernard Wolfe, es una antiutopía en la cual los hombres han decidido automutilarse para evitar ir a la guerra y han remplazado sus miembros con prótesis informatizadas; *Venus Más X* (1960) de Theodore Sturgeon, con los ciudadanos de Ledom (al revés «modelo» en inglés), que pueden flotar utilizando campos de fuerza y son mutantes hermafroditas, resultado de la aparente



pérdida de identidad sexual que el autor notara en la sociedad de su tiempo y reflejara en su obra; *Looking Backward From The Year 2000* (1973) de Mack Reynolds que es, a la vez, una propuesta personal y una nueva versión del clásico de Bellamy, en donde los habitantes se conectan a bancos de ordenadores para acceder al conocimiento humano en una anticipación del actual Internet y por último la utopía que el estudioso de la ciencia ficción David Pringle califica como la más acabada de la ciencia ficción moderna, *Los Desposeídos* (1974) de Ursula K. LeGuin con la aspiración de una federación planetaria y una teoría que permitiría la comunicación instantánea entre las estrellas, todo en el marco de una utopía igualitaria, muy de izquierdas, en donde las posesiones materiales han sido anuladas, incluso en el lenguaje mismo, en paralelo, pero, también, en oposición a la neolengua de la novela 1984 de Orwell, donde los conceptos semánticos son prohibidos –o, parafraseando a LeGuin, el idioma ha sido desposeído– y tienen la finalidad de evitar la libertad de pensamiento.

Para esta serie de ensayos tenía que escoger no sólo el carácter de las obras sino las propias tendencias ideológicas del autor y que reflejaran el ambiente del siglo en que fueron escritas. Por esto, están representadas aquí obras obligatorias, famosas e influyentes, escritas por autores necesarios: un intelectual como Aldous Huxley (uno de los pensadores más grandes del Siglo XX, 1894-1963), descendiente y hermano de biólogos, con su satírica distopía genética *Un Mundo Feliz* (1932), plagada de referencias religiosas y literarias; un científico que





Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.



creo de verdad en su ficción como medio para alcanzar el ideal conductista, respetado y repudiado por esta misma propuesta, Burrhus Frederic Skinner (1904-1990), con su utópica sociedad Walden Dos (1948), donde los ciudadanos son sometidos a un estricto control de la conducta, basado en las propias investigaciones en psicología del autor, que es, después de todo, un científico; un escritor consciente y preocupado por los caminos totalitarios que la política estaba tomando (y que había luchado a favor de la República en la Guerra Civil Española), George Orwell (seudónimo de Eric Blair, 1903-1950) con la tenebrosa antiutopía 1984 (1948) y la precognición de los sistemas de control a través de los medios de comunicación; un reconocido y popular autor de ciencia ficción (en su vertiente blanda y por esto negado por la escuela hard) como Ray Bradbury (nacido en 1920), con la distopía sobre la enajenación a través de los medios audiovisuales, la soledad, y la destrucción de la cultura que es, por supuesto, Fahrenheit 451 (1953) y un ecologista convencido como Ernest Callenbach (nacido en 1929) con la verde propuesta utópica Ecotopía, (1975) lectura obligada para activistas, novaeristas y neo hippies. Habrá quien piense y reconozca sólo a Un Mundo Feliz, 1984 y Fahrenheit 451 como la trilogía esencial utópica, pero el seguir este camino estaríamos dejando fuera las dos obras que cobraron importancia en las últimas décadas del siglo e influyeron en sus conclusiones. No debe ser motivo de extrañeza que tres de las cinco obras entren en la catalogación de Antiutopías o Distopías ya que fue en el Siglo XX cuando la posibilidad de la utopía totalitaria se hizo realidad, cumpliendo así con lo que dijera Nicolas Berdiaeff:

Las utopías parecen mucho más realizables hoy que lo que se creía antes. Y ahora nos hallamos ante otro problema igualmente angustioso: ¿cómo evitar su realización definitiva? (...) Quizás empezará una nueva era en la que los intelectuales y las clases cultas soñarán con el modo de evitar la utopía y volver a una sociedad no utópica, que sea menos perfecta pero más libre.

© Pé de J. Pauner

Pé de J. Pauner (Tuxpan, Veracruz, México, 1973). Narrador, ensayista, performer, crítico de cine y arte, activista y biólogo terrestre (en este caso firma sus artículos como Pedro Paunero). Autor de Labellum (novela erótica). Fundador de Arco Iris, a. c. (asociación ecologista). Ganador de premios de cuento breve. Ha participado en antologías mexicano-catalanas, australianas y latinoamericanas.

CÓMO LA CIENCIA FICCIÓN CHILENA SE TRANSFORMÓ EN OTRO DISPOSITIVO NARRATIVO COMERCIAL

por Alberto Sepúlveda

Latinoamérica es un semillero de autores que, aunque no suelen tener un gran reconocimiento internacional, han concebido maneras diferentes de concebir a la ciencia ficción. En la presente ocasión toca el turno a Chile en un ensayo que sólo hace eco de los trabajos antológicos publicados en la nación austral al tiempo que presenta una visión crítica que nos brinda un panorama poco alentador.

Hace años que vengo aguardando por LA antología de relatos de Ciencia Ficción hecha en mi país, que aunque no nos coloque en órbita mundial, sí nos muestre como poseedores de una larga y sostenida tradición literaria, aunque ciertamente, oculta y omitida las más de las veces, por la prensa y la academia, lo que ha significado un descrédito o peor, una sospecha infundada, entre los escasos lectores interesados. Pues cada nuevo libro CF chileno que cae en mis manos, reabre esta interrogante, aumenta mis expectativas y fatalmente, genera nuevas decepciones o al menos, me invita a desaguar estos coletazos de indignación que quisiera compartir con ustedes, a propósito de la reciente aparición de cierta antología de autores de CF chilenos, en una editorial transnacional, lo que debió significar un espaldarazo para la escena fantástica local, pero lamentablemente, no lo fue, ni quiso serlo, por las razones que expondremos a continuación.



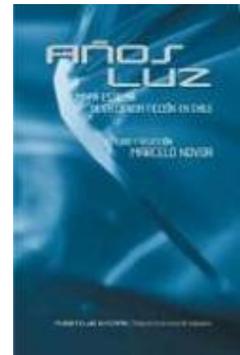
Desde fines de los años 80 y hasta la fecha, sólo tres antologías (o publicaciones colectivas, que no es lo mismo, pero bueno, hoy casi nadie repara en tales distingos) se han arrogado la tarea de informarnos y/o educarnos respecto a la producción narrativa fantástica, del subgénero conocido como Ciencia Ficción, pero pensadas y escritas desde Chile. Y estas son: Antología de cuentos chilenos de Ciencia Ficción y Fantasía de Andrés Rojas-Murphy (Andrés Bello, 1988) que contiene 12 relatos, que incluyen nombres ya clásicos para la CF chilena de los años 60-70, de hecho, todos ellos, incluido el antologador, fueron miembros del primer Club de CF de Chile, y me refiero a Elena Aldunate y Antonio Montero, quienes junto a otros autores mainstream, como los poetas y premios nacionales de literatura: Braulio Arenas, Miguel Arteche y Augusto d'Halmar, junto al destacado dramaturgo chileno de los años 50: Luis Alberto Heiremans, cultivaron una literatura fantástica y de CF digna y claramente un aporte al género. Sólo sobra, a nuestro estricto parecer, un tal Horacio Bascuñán, desconocido hasta la fecha. ¿Y el resto? Aunque huelga decir que este libro, en general, no desmerece ni en presentación ni



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

selección, sí debemos declarar enfáticamente que la particular ausencia de Hugo Correa, nuestro máximo exponente a nivel mundial de esta literatura, es una omisión ominosa, un error editorial de aquellos... Pero, tal como me lo ha hecho ver Roberto Pliscoff, gran estudioso y el mayor coleccionista del género en Chile, a su vez, la sola presencia de nombres claves para entender el desarrollo de la Ciencia Ficción chilena (pero invisibles o ignorados), como son Enrique Araya, Ilda Cádiz o René Peri, junto a las nuevas voces (de ese entonces): Myriam Phillips y Carlos Raúl Sepúlveda, bien vale la pena una mención destacada en cualquier reseña que se precie de justa y fandómica (sic).

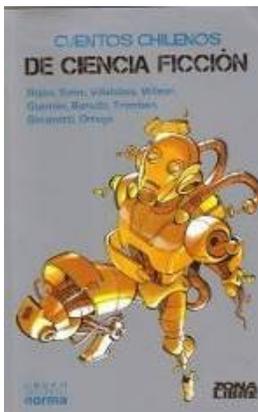
Luego, le toca el turno a *Años Luz. Mapa Estelar de la Ciencia Ficción Chilena* de Marcelo Novoa (Puerto de Escape/Universidad de Valparaíso, 2006) que como su nombre lo indica, quiso convertirse en la carta astral de las letras fantásticas nacionales. Con 36 autores seleccionados, desde 1911 y hasta 2005, constituye el esfuerzo más serio y enterado de canonización de la Ciencia Ficción chilena. Pues, además, en sus más de 400 páginas propone una segmentación historiográfica muy útil, a saber: Casi la Edad de Oro (desde 1930 a 1959); Los continuadores invisibles (1960-1979); La edad (+) dura (1980-1999); y The Next Generation (2000-...). Aunque, como toda antología de tales pretensiones, incluye más de un autor que difícilmente catalogaríamos como tal (es el caso de Raquel Jodorowsky, hermana del sicomago y guionista de comics, desopilante e inclasificable narradora, por decir lo menos; lo mismo que el infumable Juan de la Láctea (sic) con sus «Poemas galácticos» entremezclados entre tanto narrador avezado). Además de sumar a los desconocidos de siempre: Sergio Escobar y Enzo Reyes, de quienes no hemos podido hallar otras inclusiones en estudios o críticas. Y ausencias impensables para cualquier historiador serio del tema, como Francisco Miralles o Ernesto Silva Román, que sí figuran como auténticos fundadores del género en nuestro país en todos los artículos que hemos leído. Así pues, esta antología total, si se pudiera afirmar tal inexactitud, trae un prólogo del mismo Novoa que aclara muchas dudas respecto a la existencia y continuidad del género en nuestro país, indicándonos nombres y obras que todo lector interesado en nuestra historiografía fantástica debiera conocer, sí o sí. Por ello, su atrevimiento editorial, inédito en Latinoamérica, hasta donde conozco, pudiera compararse con *Visiones Peligrosas* de Harlan Ellison, que refundan el género anglosajón allá por los 70. Pero como suele pasar en mi querido país, tan magno esfuerzo sólo será rescatado a futuro... Lo que para alguien dedicado a la literatura de anticipación, es una amarga ironía...



Y finalmente nos toparemos con *Alucinaciones.txt* (Puerto de Escape, 2007). Selección a cargo de Luis Saavedra, Jorge Baradit, Pablo Castro y Rodrigo Mundaca (a cargo del e-zine *TauZero*), quienes se antologan junto a otros 20

autores nacionales, la mayoría jóvenes y actuales, incluso algunos de ellos inéditos o primerizos. Pareciera ser que allí donde finalizó Años Luz esta antología quiso tomar el relevo y señalar el nuevo rumbo de la fantasía patria. Así aparecen los nombres de Sergio Amira, Jorge Baradit, Oscar Barrientos, Álvaro Bisama, Pablo Castro, Alejandra Costamagna, Tony Dunlop, Carlos Gaona, Sergio Gómez, Ángela González, Marcelo López, Tito Matamala, Sergio Meier, Gabriel Mérida, Francisco Ortega, Armando Rosselot, Alberto Rojas, Luis Saavedra, Francisca Solar y Soledad Véliz. Esta selección desigual pero meritoria, reúne algunas de las principales voces que se vienen repitiendo al momento de enumerar las nuevas promociones de literatura fantástica chilena. Sólo hay que decir en su contra que no persigue ningún tipo de especificidad, pues se suceden cuentos fantásticos, de terror, de anticipación y otros claramente de ciencia ficción, sin orden o alternancia alguna. De hecho, el prólogo de circunstancias, unas breves notas de la investigadora norteamericana, Andrea Bell, señalan al respecto: Muchas de las historias desatienden los confines del género, donde se entremezclan temas y motivos clásicos de la CF con el horror, la fantasía, la ficción detectivesca, el erotismo, cómics, superhéroes y otros, para darnos un honorable y distintivo rasgo de la CF latinoamericana, la cual ya era postmoderna antes que ese término fuese alguna vez concebido.

Y volvemos entonces a Cuentos Chilenos de Ciencia Ficción del Grupo Norma Editorial (2010), que principia por no poseer editor y/o seleccionador visible que se haga cargo de los (des)criterios de selección de los textos contenidos (a saber, 9 autores con igual número de relatos: Alberto Rojas, Francisca Solar, Daniel Villalobos, Mike Wilson, Luis Emilio Guzmán, Jorge Baradit, Carlos Tromben, Marcelo Simonetti y Francisco Ortega; además de una muestra sucinta de 5 artistas gráficos, a los que nos referiremos en su momento), autores todos a quienes se les identifica en la contratapa como «las nuevas y más destacadas voces de la literatura chilena». Y esto, de por sí merece nuestras reservas de entrada, pues claramente no son ni lo uno ni lo otro. Pues algunos autores son nacidos en los años 60 y por lo mismo, difícilmente podrían ser nuevos y otros, sólo han aparecido en publicaciones colectivas o como guionistas de teleseries (¡?), y tampoco les calza aquello de destacadas. Pero esto, ya lo intuíamos, nada importa, pues es una contratapa comercial y éstas suelen apuntalar cualquier descalabro textual que se halle en su interior. Entonces, vámonos al examen de los relatos aquí reunidos.



Alberto Rojas abre el volumen con un relato de aire clásico, Volviendo del frío, donde una exitosa empresa de criogenia debe enfrentar insólitas complicaciones, más bien esotéricas, antes que tecnológicas. Seguido del breve relato Déjame ir de Francisca Solar, que sensiblemente nos describe los inconvenientes existenciales



al alargar artificialmente la vida de nuestros seres queridos ya muertos. Y lo cierran: Modelo 52 de Marcelo Simonetti, sobre una notable variación de la guerra de los sexos en un Santiago Distópico, y Dino Bonsai de Francisco Ortega, que nos deslumbra con un imaginario propio del cómic, al entrecruzar una invasión alienígena con la vida de mapuches futuristas. Todos ellos están muy bien escritos y ambientan convenientemente sus historias a nuestra mentalidad latinoamericana, donde nunca han estado alejadas las fantasías de las pesadillas. Y luego, Réplica de Daniel Villalobos es un perfecto cuento CF, que bien pudiera ser guión de un capítulo de Twilight Zone, ácido y seco, muy al estilo del realismo sucio norteamericano. Pero desde aquí en adelante, las cosas van de mal en peor, pues los siguientes relatos: Phantom Pain de Mike Wilson, Vagón de Luis Emilio Guzmán y Pasajera de Carlos Tromben, aparte de carecer de todo interés narrativo por lo rebuscado de sus argumentos, sólo tienen apariencia de CF, pues no hay nada científicamente probable o tecnológicamente anticipatorio en ellos, siendo simples autores mainstream que usan la CF como dispositivo narratológico a su servicio, y no al revés, como ha sucedido con notables plumas gringas (Forrester Wallace o Chabon, por ej.) quienes sí han entendido los alcances del género, agregando a su sello y estilo, el potente imaginario CF mundial. Finalmente, quisiera advertir a Jorge Baradit, nuestro hombre en las grandes ligas de la CF hispana, que su texto Wunyelfe, es simplemente una reescritura o refrito de sus anteriores entregas de La conquista mágica de América, y que abusar tanto de su original universo cyberchamánico, sólo traerá decepciones de partes de los lectores más enterados. Además que el cuento contiene serios errores gramaticales y de redacción, que no pueden atribuirse a editor alguno, pues éste malamente brilla por su ausencia.

Por todo esto, tiene cabida nuestra más seria crítica al actual rumbo que van tomando las publicaciones de CF chilenas, pues los autores –siempre ninguneados y casi invisibles para el canon local– han sucumbido a los cantos de sirenas de las editoriales comerciales (Planeta, Ediciones B, Norma y otras de seguro llegarán a la repartija del botín) pues están falseando (aquí no se puede hablar de contaminar un género de por sí abierto a todas las modas, estéticas y experimentos, quizás más que ningún otro en la actualidad) al corromper sus búsquedas autorales, en pos del éxito fácil o lo que es peor, la masividad ramplona que, deben creerlo así, venderá más. Esto nos deja el mismo mal sabor de las grandes producciones cinematográficas de Hollywood, que sacrifican contenidos y seriedad de sus tratamientos temáticos, en pos de mayores efectos especiales vacíos, y golpes de efecto que sacudan a la galería de descerebrados adolescentes que pareciera ser el target de estos filmes olvidables, y así lo sospechamos, de esta edición de cuentos chilenos de CF (pues desde la caricatura de la portada, como las páginas centrales de ilustradores de cómics nacionales) quieren convertirse en lectura iniciática de nuevas generaciones. Así pues, sin tener claridad editorial alguna, no se puede educar desde la mezquindad de ideas y la falta de identidad, pues malos libros (CF, en este caso,



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

un género que admiramos por muchas y variadas razones) sólo engendrarán peores lectores.

© Alberto Sepúlveda

Alberto Sepúlveda. Estudio Licenciatura en Letras en Valparaíso, en los 80tas. Hoy se desempeña como corredor de propiedades. Lector acérrimo de CF clásica, descubrió la CF en Español en los 90. Hoy colabora en las páginas de Puerto de Escape, Poliedro y Calabozo del Androide desde Chile. Ésta es su primera colaboración internacional.



HYPERION, DE DAN SIMMONS

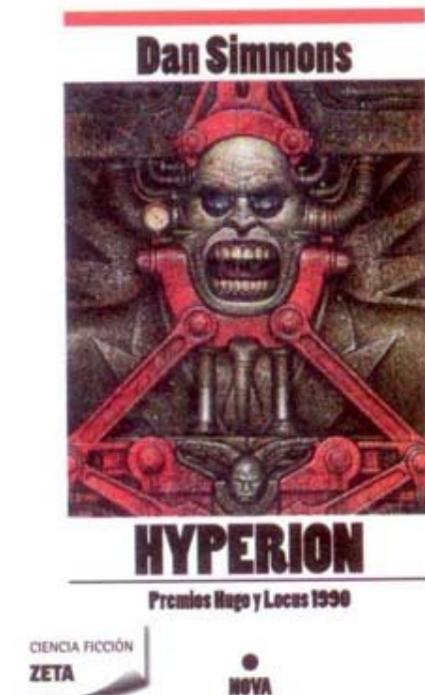
por José Carlos Canalda Cámara

José Carlos Canalda nos comparte un escrito sobre el libro *Hyperion*, del autor norteamericano Dan Simmons. Lejos de ser un resumen o reseña complaciente, la presente es una reflexión íntima a la par que analítica sobre una narración, que escrita en dos volúmenes, ha marcado una gran influencia en la historia reciente de la ciencia ficción.

Pese a que ya habían pasado más de veinte años desde que fueran publicadas, y pese a que las referencias a ellas son continuas dentro del mundillo de la ciencia ficción, la verdad es que hasta hace muy poco no había tenido ocasión de leer las dos primeras entregas –que en realidad constituyen el primer volumen– de los Cantos de *Hyperion*, es decir, *Hyperion* y *La caída de Hyperion*, obras ambas del escritor norteamericano Dan Simmons.

En realidad, he de reconocerlo, a fuerza de llevarme chascos y desencantos me he vuelto bastante desconfiado respecto a la ciencia ficción norteamericana más reciente, la cual en muchas ocasiones ha derivado, bien por derroteros que no me interesaban especialmente, bien por los senderos trillados del mercantilismo más descarado, que me interesaban todavía menos. Es por esta razón, entre otras, por la que no había leído estas novelas, y tuvo que caer prácticamente en mis manos la primera para que lo hiciera y, una vez terminada ésta, para ir a comprar sin demora la segunda, algo que da una idea cabal del interés que me suscitó.

Porque, no creo desvelar nada que no se sepa, *Hyperion* es una de las obras de ciencia ficción más importantes –o al menos de las más influyentes– de estos últimos años, pese a que su autor –un profesor universitario de literatura– era prácticamente un recién llegado al género cuando publicó la primera entrega allá por 1989. Tampoco digo nada nuevo al afirmar que, aunque se trata de dos volúmenes distintos, en realidad *Hyperion* y *La caída de Hyperion*, publicada un año después, constituyen una única narración, dividida en dos únicamente a



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

causa de su excesiva longitud. Así pues no nos encontramos frente a una novela y su secuela, como erróneamente se podría creer, sino con una novela dividida en dos tomos que, por consiguiente, conviene leer completa.

La que sí es una secuela es la segunda parte de los Cantos, formada por *Endymion* (1996) y *El ascenso de Endymion* (1997); pero como todavía no las he leído –todo se andará–, en esta ocasión me voy a limitar a hablar de las dos primeras o, si se prefiere, de la primera parte de esta falsa tetralogía.



Para empezar, es preciso advertir que se nota la sólida formación literaria de Simmons, tanto porque *Hyperion* –por regla general utilizaré este título para referirme a los dos volúmenes conjuntamente– es un homenaje explícito al poeta romántico inglés John Keats (1795–1821), como porque la estructura literaria y argumental de los mismos es mucho más compleja que lo habitual en el género, dicho sea esto sin la menor pretensión de hacer juicio de valor alguno. Asimismo llama la atención el hecho de que, pese a tratarse de una narración en esencia unitaria, *Hyperion* y *La caída*

de *Hyperion* muestran unas estructuras narrativas muy diferentes entre ellas.

Así, la primera puede considerarse como un prólogo –largo, eso sí– de la segunda, el cual está estructurado en forma de antología de relatos independientes al estilo de *Las mil y unas noches*, el *Decamerón* o *Los cuentos de Canterbury*, todos ellos enlazados por una sucinta y un tanto cogida por los pelos trama común, gracias a los cuales tendremos ocasión de conocer las respectivas biografías de los siete protagonistas principales. Es al final de este volumen cuando se inicia realmente la narración principal, que continuará ya con una estructura clásica de introducción, nudo y desenlace, en *La caída de Hyperion*. En cuanto al argumento, éste es de sobra conocido: en un futuro lejano la humanidad se ha dividido en dos facciones al parecer irreconciliables, los éxters, convertidos en nómadas espaciales, y la Hegemonía, asentada en un conjunto de planetas terraformados interconectados entre sí mediante una red de telectores, unos portales teletransportadores que permiten viajar de un planeta a otro sin más que cruzar una puerta. Existen además las inteligencias artificiales del Tecnonúcleo, emancipadas de su antigua tutela humana y que ahora colaboran con la Hegemonía proporcionándole soporte tecnológico e informático, en especial la red de telectores y la Esfera de Datos, una especie de Internet muy evolucionado a nivel galáctico.

Dentro de este escenario *Hyperion* es un mundo pobre y fronterizo colonizado



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

por los humanos pero no incluido en la Hegemonía, que ejerce sobre él un laxo protectorado. En realidad nadie, fuera de sus atrasados habitantes, parece mostrar mayor interés por este remoto rincón del universo, pese a que éste alberga dos importantes enigmas, las Tumbas del Tiempo –unos mausoleos ciclópeos en cuyo entorno el flujo temporal sufre fuertes distorsiones– y la leyenda del Alcaudón, un ente legendario mitad ser vivo, mitad artificial, que al igual que el pájaro del que toma el nombre acostumbra a capturar a sus presas sometiéndolas a torturas sin fin, razón por la que es conocido como El señor del dolor, al tiempo que en torno suyo surge una religión basada en la idea de que el Alcaudón es el instrumento mediante el cual la humanidad acabará expiando sus múltiples pecados.

Sin embargo, y pese a tratarse en un principio de una problemática estrictamente local, y por lo tanto muy alejada de las preocupaciones del ciudadano medio de la Hegemonía, poco a poco se irá desatando una crisis en la que estarán involucradas las tres ramas de vida inteligente existentes en la galaxia, los humanos de la Hegemonía, las inteligencias artificiales del Tecnonúcleo y los éxters, conflicto en el cual el olvidado planeta Hyperion tendrá un protagonismo singular.

Durante la primera parte veremos cómo Hyperion se ve sometido a un intento de invasión por parte de los éxters, los cuales se verán enfrentados a las tropas de la Hegemonía que intentarán defenderlo. En este ambiente prebélico, que recuerda hasta cierto punto a clásicos como 55 días en Pekín, el gobierno de la Hegemonía, en connivencia con la Iglesia del Alcaudón, elegirá a los siete peregrinos vinculados de una u otra manera al mítico personaje o a las Tumbas del Tiempo donde al parecer se refugia, encomendándoles la difícil misión de ir al encuentro del Alcaudón con objeto de poder desactivar la grave crisis que está a punto de desatarse... sin que ninguno, o casi ninguno de ellos, tenga en realidad demasiada idea no ya de cómo poder hacerlo, sino incluso de la manera de poder salvar sus vidas frente a tan cruel avatar.



Ya en la segunda parte, es decir, en La caída de Hyperion, podremos disfrutar plenamente, y en presente, de la compleja trama urdida por Simmons y, aunque al final el desenlace flojea un tanto, acabaremos sorprendidos por la riqueza creativa de este autor, algo que yo personalmente agradecí tras tantos relatos planos como me he visto obligado a leer.

Y hasta aquí puedo leer, como decían en el popular concurso de televisión Un, dos, tres, responde otra vez..., ya que no es cuestión de destriparle la novela a nadie, sino de recomendarle que la lea –en sus dos volúmenes– porque merece realmente la pena.

Tan sólo me queda una pequeña apostilla que hacer a la buena labor de



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

Simmons, y es manifestar mi desagrado por el, por otro lado completamente habitual, ombliguismo anglosajón, para el cual todo lo que no pertenezca a su cultura prácticamente no existe. Sí, ya sabemos que suele ser tan habitual como incongruente encontrarnos con escenarios galácticos, ambientados en un futuro lejano, en los que todos los protagonistas hablan en inglés –y sólo en inglés– independientemente de lo poco verosímil que esto resulte; pero en una novela tan compleja y tan bien escrita, donde Simmons demuestra plenamente su erudición literaria, hubiera sido lógico esperar una mayor amplitud de miras... que no existe en absoluto, ya que si bien las referencias literarias son continuas, éstas están dedicadas exclusivamente a la lengua de Shakespeare, tal como si el resto de las literaturas en otros idiomas no existiera.

En fin, él se lo pierde.

© José Carlos Canalda Cámara

José Carlos Canalda (Alcalá de Henares, España, 1958) es doctor en Ciencias Químicas por la Universidad de Alcalá de Henares, y trabaja en un instituto del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (C.S.I.C.) en Madrid. Aficionado a la ciencia ficción desde muy joven, cultiva tanto la vertiente del ensayo como los relatos. En este primer apartado, es autor del libro *Luchadores del Espacio*. Una colección mítica de la ciencia ficción española (Pulp Ediciones, 2001, nominada al premio Ignotus 2002), y ha colaborado en los libros *La ciencia ficción española* (Robel, 2002, premio Ignotus 2003), *Memoria de la novela popular. Homenaje a la colección Luchadores del Espacio* (Universidad de Valencia, 2004) y *Del espacio sideral al lejano oeste. Novelas escogidas de Luis García Lecha* (Instituto de Estudios Riojanos, 2008), así como en las revistas *Solaris*, *Valis*, *Gigamesh* y *Pulp Magazine* (premio Ignotus 2002 por el artículo *El erotismo en las novelas de a duro*) y en las páginas web *Sitio de Ciencia Ficción*, *Página de las Novelas de a Duro*, *BEM*, *Stardust*, *Cyberdark* y *Silente*.

TRON LEGACY: LA REALIDAD DEL MUNDO VIRTUAL

por Magnus Dagon

Se mascan tiempos extraños en las películas que están apareciendo ahora enmarcadas en el llamado género fantástico. Durante muchos años han arrasado en taquilla hasta tal punto que la gente no hacía más que demandar saga tras saga y franquicia tras franquicia, fuera cual fuese la calidad resultante. Pero la fórmula se agota, y eso obliga a tratar los nuevos productos con un mimo más que especial.

Es en este punto en el que nos encontramos cuando escribo el presente artículo. Las opciones más rápidas y lógicas para generar dinero fácil ya han dado sus frutos, entre las que están El Señor de los Anillos, Star Wars y la mayor parte de los superhéroes Marvel. Sin embargo el público tiene hambre, y no necesariamente hambre de espectaculares escenas y alucinantes efectos especiales. Tiene más bien la necesidad de revivir el pasado, los momentos felices que les trajo aquella serie, o personaje, o película, o cómic.



Hay un sentimiento de revival muy fuerte, y eso es algo que hay que plantearse para entender la existencia de una secuela como la de Tron. Teniendo en cuenta que ya en su momento fue una película menor de la Disney, eso sí, muy innovadora, pues se entiende que están empezando a buscar ideas hasta de debajo de las piedras.

Antes de criticar esta película había varias decisiones que tomar. Una de ellas es si vería la película original y predecesora antes de ver la nueva. De pequeño ya la había visto, pero mi recuerdo de ella es prácticamente inexistente, por no decir casi nulo, con la excepción de la famosa escena de vehículos que se deslizan por la red, ni siquiera me atrevería a decir si eran también motos como en la película moderna. Decidí no hacerlo porque se supone que la película tiene la voluntad de ser conclusa en sí misma, y porque ese es también el enfoque, no todo el mundo tiene por qué haber conocido la película anterior y de hecho así es en la mayoría de los casos, aunque también juegan con la idea de que Internet servirá para rellenar los huecos.

La otra decisión peliaguda es si ver o no ver la película en tres dimensiones. Finalmente no lo hice así, algo que creo no debería afectar a la valoración de la película, pues para empezar no a todo el mundo le gusta este nuevo formato y hasta la fecha no afecta de manera argumental en la trama y desarrollo de ninguna película, aunque es cierto que en Tron han introducido un nuevo y llamativo concepto: que las tres dimensiones sólo aparecen en el mundo virtual, y en el real todo es bidimensional.

Una vez dicho esto, volvemos a la idea del revival. Pero ya no de la película anterior, no señor: de toda una época y manera de entender la vida. La nostalgia rezuma por los cuatro costados, nostalgia ochentera pura y dura. Nos pintan el mundo moderno como triste y gris, invivible, deprimente y sin ideales. Nos pintan un mundo donde los que tenían sueños han desaparecido, y las grandes corporaciones lo dominan todo a base de golpe de talonario y sistema operativo informático impuesto.

Puede parecer exagerado pero así lo presentan sin ninguna cortapisa. El protagonista, el hijo del genio informático Kevin Flynn (y protagonista a su vez de la película original), pasa poco tiempo de metraje en nuestro mundo real, pero no pierden un solo segundo sin dejar de pintarlo como desencantado, terrible y decadente. Llega el chaval a decir en una conversación posterior, los polos se derriten, los ricos son más ricos, los pobres son más pobres. Así que es entretenimiento con sentido crítico, podemos entender.



La película es también, para proseguir con esta sorprendente vertiente sociológica, todo un alegato al software libre, tanto en sentido literal en las primeras escenas, como metafórico a lo largo de toda la película, y sin duda tiene también una fuerte componente política en la idea de que el mundo virtual ha sido tiranizado por un programa que se cree con la capacidad de llegar a la

perfección ética y estética en todos los sentidos posibles. Hasta nos introducen al primer genocidio virtual de la historia y todo, ahí es nada.

Regresando al revival... la nostalgia es más que evidente en toda la película. Desde la aparición de viejas y destartadas máquinas recreativas y juegos de Atari a la escucha de canciones míticas de la época como Sweet Dreams de Eurythmics, dejan patente que el tiempo no ha pasado en balde, ni de lejos omiten ese detalle. Un algo de infancia perdida también se deja entrever en esa manera de enfocar la historia, como diciéndonos que la inocencia ya no volverá, algo que de todos modos queda claro cuando se descubre en lo que se ha convertido el mundo de Tron.

Un mundo oscuro, tenebroso y hostil sin género de dudas. Por momentos una mezcla estética de Mordor con el mundo «real» de las películas de Matrix, pero más tecnificado y habitado por seres, en la mayoría de los casos, sin alma. Con una fortísima componente de videojuego, también (esas rampas de aceleración a lo Mario Kart o F-Zero...). Aparte, hay un tremendo simbolismo azul-naranja, los dos colores maestros de la película, representando el primero lo antiguo, lo «bueno» por decirlo de alguna manera, y lo segundo lo «tiránico», incluso el avance del progreso en contra de la filosofía de dejar las cosas como están.



Matrix también se deja notar en la manera de llevar adelante la historia de la película, con notables charlas trascendentales (incluso menciones directas al Zen) pero afortunadamente sin nada del farragosismo dialéctico de las entregas de los hermanos Wachowski.

Sobre el apartado técnico, Tron es una película realmente impresionante. La escenografía es muy evocadora, y usa elementos estéticos que ya existían en la película original para elevarlos a la enésima potencia. La única pega en ese sentido es que ese «homenaje» a la película original es demasiado patente en ciertas partes iniciales, sobre todo cuando el prota llega a ese nuevo mundo, donde nos deleitan con una serie de alucinantes escenas de peleas con discos y carreras de motos de luz que, a pesar de ser muy notables, podrían haberse quedado en algo más cortas dado que no hacen avanzar a la trama en ningún sentido.



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

Se agradece también cómo mantienen las referencias a la película original al mínimo, resumiendo de manera muy acertada y concisa todo lo que es necesario conocer de tal modo que alguien como yo mismo, que no recordaba nada en términos argumentales de la entrega anterior, ha seguido el hilo de la actual sin el menor problema. No obstante se echa de menos quizás que la intervención y aparición de Tron sea algo menos anecdótica de lo que resulta ser en esta película.



Los actores hacen su trabajo muy bien, aunque Jeff Bridges eclipsa a todos los demás en algo que sólo puede calificarse de segundo renacimiento interpretativo o, como un amigo comentaba el otro día, que quizá estamos descubriendo que Jeff Bridges siempre fue un gran actor y sólo había que darle grandes papeles para demostrarlo, como este mismo o los de las películas Iron Man o Valor de Ley.

Y como casi siempre hago, no puedo dejar pasar la ocasión de hablar de la música. Y es que en este caso es importantísima, además de un elemento clave en la estética de la película. Compuesta en su mayor parte por el grupo electrónico Daft Punk, la elección no podía ser más adecuada y perfecta. De estos franceses que han hecho maravillas sonoras como el álbum Discovery no se podía esperar menos, pero además de hacer unos excelentes temas, éstos encajan como un guante a lo largo de la película y se mimetizan a la perfección. Hasta ellos mismos lo hacen, pues son los DJs de una de las escenas de la película, como si fueran otros habitantes más de ese peculiar mundo virtual a caballo entre la ciencia ficción cyberpunk y la estética de los videoclips de gran parte del tecno-pop.

Así que tras hablar de estos músicos y de esta creo que muy digna película, os espero en el siguiente número de Alfa Eridiani, donde habrá una nueva reseña. Adiós, y no olvidar nunca que la ciencia ficción es la fantasía del científico, la fantasía es la ciencia del poeta, y el terror la pesadilla de ambos. ¡Nos vemos!

© Magnus Dagon

Seudónimo de Miguel Ángel López Muñoz. Nacido en Madrid en 1981. Matemático con un Máster en Criptografía Cuántica y antiguo estudiante de Arquitectura. En el año 2006 ganó el Premio UPC de novela corta, publicada con Ediciones B, y en el 2009 el IX Certamen de Narrativa Corta Villa de Torrecampo. Es el autor de Los Siete Secretos del Mundo Olvidado (Grupo Ajec, 2010) y Los Caídos, una novela online con estética comic (www.loscaidoslibro.com). Es el cantante y letrista del grupo Balamb Garden, que puede escucharse en www.myspace.com/balambgardenmusic .



POESÍAS

LA GRAN AVENTURA CÓSMICA Y OTROS POEMAS

por Antonio Mora Vélez

Antonio Mora Vélez nos ofrece una prosa rítmica y poética que nos habla de cuerpos cósmicos que cabalgan rayos y danzan ritmos del pasado, entre risas de estrellas, cascadas de luces y praderas planetarias. Una dulce y armoniosa poesía que nos transporta a los confines del sistema cerca de Caronte y otros compañeros que pueblan el espacio.

APOCALIPSIS XVIII

Un rayo de luz hiende el espacio
desde remotos tiempos.
Le acompaña una estrella
rechazada por el mismo fuego
del centro que lo fragua.
El rayo parece una estela
de leche pero no es vida
lo que anuncia.
Atraviesa, sin mancharlo,
el torbellino que gira en torno
de esa gran casa de luz
que lo genera.
Llega a los predios alarmados
del ancestro,
destruye los mares y las rocas
los animales y las plantas
y sepulta para siempre
los sueños de los soberbios
e ilusos hijos
de la serpiente emplumada.

LA GRAN AVENTURA CÓSMICA

En el horizonte de sucesos
de un agujero negro
una galaxia vigorosa se alarga,



hilo fabuloso de energía,
y lleva consigo un enjambre
de soles inciertos,
en uno de los cuales
germina la semilla del sueño.

Uno de esos sueños
se vuelve radiación en el espacio,
cabalga a lomo de neutrino
salvando los meandros y abismos
de la materia oscura,
llega a nuestra pradera planetaria,
esperanzado,
decidido a continuar el juego,
perfora los siete velos de la diosa
en busca del espejo
y se instala en la sustancia gris
de este poeta
que ahora los revela.

PLUTÓN

De nada sirvió tu redondez,
Ni tu voluntad de roca.
Aparte de fuerte
tenías que ser soberbio
—como el hombre—
Y limpiar tu camino
de aerolitos fugaces.

A pesar de tu entereza
te faltó el coraje
que te exigieron los autores del libreto
y preferiste quedarte
—y esa fue tu culpa—
con Caronte y sus hermanos de viaje.

Ahora navegas solo y resentido
al frente de una cascada excéntrica
y rielante
de cuerpos que te admiran.



MUJER CÓSMICA

Eso que veo en tus ojos,
el reflejo de la luz que desciende
de la estrella que te alumbra.
Eso que escucho de tus labios,
la música de los astros
que se alejan en medio del silencio.
El giro de tus manos cuando hablas,
el sortilegio de alguna nebulosa
entusiasmada.
La alegría de tus cabellos al viento,
un atado de neutrinos desbocados
en el espacio de la materia oscura.
El ritmo de tu cuerpo cuando llegas,
el mismo ritmo de las ondas
que bailan la danza del pasado.
Las ideas que reverberan en tu mente.
el fuego de una supernova que eclosiona
para sembrar la vida en tu pradera.
El amor que riegas a tu paso,
el mismo amor que fusiona
los cuerpos y partículas del cosmos.

© Antonio Mora Vélez

Antonio Mora Vélez nació en Barranquilla el 14 de julio de 1942 pero vivió su niñez en Cartagena y su adolescencia en Montería. Bachiller del colegio nacional José María Córdoba de Montería y abogado de la Universidad de Cartagena. Es considerado uno de los precursores y un clásico de la ciencia-ficción colombiana. Ha escrito los libros de cuentos *Glitza*, *El juicio de los dioses*, *Lorna es una mujer* y *Helados cibernéticos*; los poemarios *El fuego de los dioses*, *Los caminantes del cielo* y *Los jinetes del recuerdo*; las novelas *Los nuevos iniciados* y *A la hora de las golondrinas*, y los libros de ensayos y artículos: *Ciencia-Ficción: el humanismo de hoy* y *La estrategia de la solidaridad*.



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

PORTOFOLIO

ROFOLFO VALENZUELA



KOMIXMASTER

Portada revista Planetas Prohibidos 3



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.



Ciudad y vuelo



Rediseño del personaje IRIS del
Círculo Negro

Valenzuela, Rodolfo - Komixmaster. Dibujante de cómics e ilustrador. Investiga y experimenta diferentes técnicas de ilustración y 3D. Ilustrador de la REVISTA 2001 de Ciencia Ficción y Terror del Equipo SIRIUS de Madrid. Colaborador de varias revistas electrónicas de Ciencia Ficción, ALFAERIDIANI, MUNDO ROBOT, PLANETAS PROHIBIDOS, ALBIS OFF y PARAPSIPUNK. Sus influencias, las publicaciones de la WARREN y MAD, los artistas Richard Corben, Frank Frazetta, Pablo Marcos, Tony De Zúñiga, Jack Kirby, John Romita, John Severin, Wallace Wood, Bill Ward, los hermanos Villagrán, Todd Mcfarlane.



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

CÓMIC



LA GORDA QUE SE ME VENÍA ENCIMA ESTABA MUY EQUIVOCADA
SI CREÍA QUE IBA A CONFUNDIR TODA ESA GRASA CON UN EMBARAZO.



NO LE IBA A DEJAR EL ASIENTO.



PARA ESO HABÍA HECHO LA FILA DURANTE
DIEZ MINUTOS, PARA VIAJAR SENTADO.

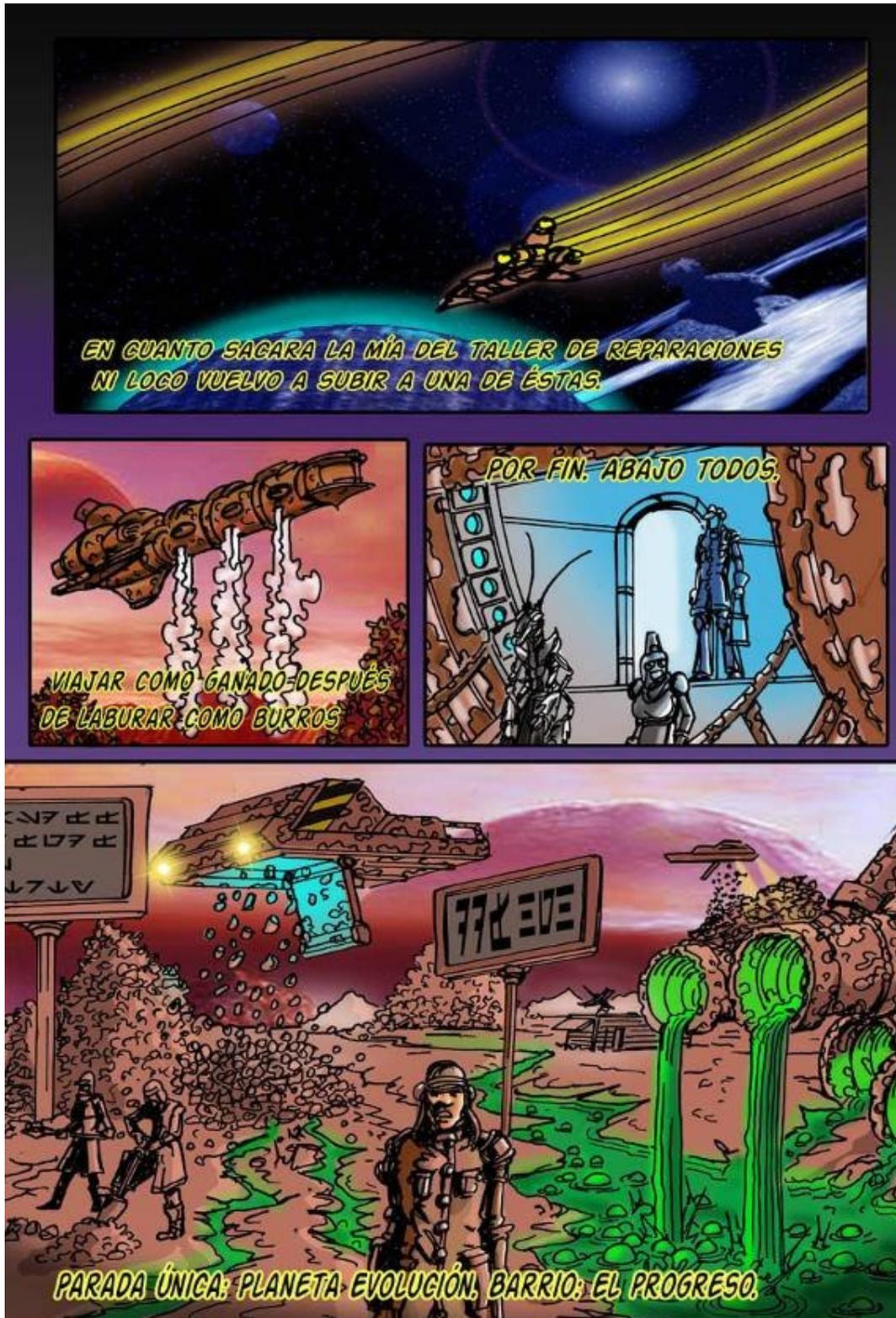
SOPORTÉ LAS MIRADAS
ASESINAS DE LAS DOS
NIETAS QUE SE
AGARRABAN DE LA
BARRA DE TITANIO



LOGAS. ¿QUIÉN LES MANDABA SER VIEJAS Y GORDAS
Y NO TENER UNA NAVE PERSONAL?



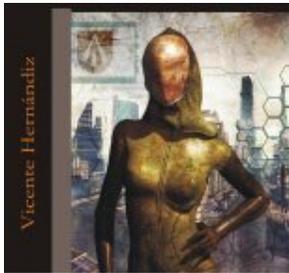
Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.





NOTICIAS

PUBLICADO: CUANDO LAS ESTRELLAS NOS LLAMEN



Título: Cuando las estrellas nos llamen

Autor: Vicente Hernández

ISBN: 978-84-15228-56-1

Precio: 24 €

Numero de páginas: 470

Dimensiones: 16x23

Sinopsis:

Dos individuos observan la imagen de un hermoso planeta color azulado desde la ventana de una nave espacial. Se disponen a partir, su misión ha concluido. Se trata de una expedición cuya finalidad es posibilitar que en al menos doscientos planetas de esa galaxia, dentro de millones de años, aparezca vida inteligente réplica de su especie...

Desde ese primer contacto, han pasado millones de años en el planeta Centrean. Su cúpula militar ha de reunirse para analizar el reciente ataque sufrido en una de sus colonias, el planeta Cister I, del que se piensa que es tan solo el precursor de otros más que habrán de padecer. Personas como el profesor Deison Ram, el general Xecser, Denna, Marco, Dooran, Sendar y otros tantos como ellos, protagonizan una gran epopeya donde el protagonista principal es la humanidad, la cual, debido a la barbarie de una civilización no humana, acaba de tomar conciencia de su pasado y cree saber hacia dónde debe encaminar su futuro. Por fin la verdad sobre su origen como especie les ha sido revelada.

[Fuente: Vicente Hernández]

PUBLICADO: HELADOS CIBERNÉTICOS

Helados cibernéticos es un libro de cuentos fantásticos y de ciencia-ficción del escritor colombiano Antonio Mora Vélez, editado por Caza de Libros de Ibagué, Colombia y lanzado en la reciente Feria Internacional del Libro de Bogotá. De los 17 cuentos incluidos por el autor cuatro son inéditos, los demás, aunque no figuran en sus libros anteriores editados, han sido publicados en revistas impresas y electrónicas del país y del exterior. Las joyas de la selección son Ejercicios fílmicos, cuento





Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

incluido en la antología de la ciencia-ficción latinoamericana hecha por Sylvia Miller y publicada en París en 2008. La entrevista, considerada por el crítico Campo Ricardo Burgos como una de las ucronías dignas de ser mencionadas en el balance de la literatura fantástica nacional; Yusti, un cuento en el que los hombres somos relegados en el plano de los sentimientos por unos seres tiernos e inteligentes que se convierten en nuestra conciencia histórica, y Helados cibernéticos, de una fantasía desbordante que nos hace pensar que nada es imposible para la imaginación humana. Llama la atención que en varios de estos cuentos Mora Vélez abandona el optimismo de sus primeras producciones y se acerca más a la vertiente apocalíptica de la CF sin perder la esperanza de salvación de la vida humana. Con éste, su noveno libro impreso de fantasía y CF, el escritor Mora Vélez se mantiene como el principal cultivador de estos géneros en Colombia.

Los interesados en comprar Helados Cibernéticos deben entrar en <http://www.cazadelibros.com/77clubdelectores.php>.

[Fuente: Antonio Mora Vélez]

PUBLICADO: 2123 EL AÑO DE MOEBIUS

Título del libro: 2123 El año de Moebius

Nombre del Autor: Ángel de Aluart

ISBN: 978-1-4466-1560-7

Dirección venta: <http://www.lulu.com/product/tapa-blanda/2123-el-a%C3%B1o-de-moebius/16805429>

ISBN E-BOOK: 978-1-4478-4342-9

Dirección venta:

<http://www.lulu.com/product/ebook/2123-el-a%C3%B1o-de-moebius/16805483>

Editorial: www.Lulu.com

Sinópsis:

Los habitantes de la Tierra han tenido que huir debido a la gran desertización del planeta y la enorme proliferación de atentados suicidas provocados por las clases más desprotegidas en la década del 2050 y se han dispersado en plataformas estacionarias en multitud de sistemas solares cercanos.

El libro trata de un periodista de sucesos sociales que describe como se vive en una de estas plataformas, City@Barcelona, un lugar totalmente deshumanizado en donde conviven humanos, mutantes, cyborgs y biónicos entre otros y el único valor existente es el de sobrevivir.

La novela trata de criticar, con un toque tragicómico, un mundo problemático





Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

y decadente que normalmente no se explica en las obras del género que intentan visionar un mundo mucho más fantástico que real.

Los 12 capítulos de que consta, son los 12 meses del año del último año de la existencia humana puesto que la paradoja cronológica de Moebius por la cual el espacio-tiempo se pliega enlazándose con los orígenes del universo hará que la vida se repita de nuevo en un universo paralelo.

El protagonista, Sr Teodorus, es el único que tiene la potestad (como periodista) de acceder a las cámaras que vigilan cada rincón de la plataforma, como un gran hermano, y va reuniendo información describiendo en cada capítulo historias cotidianas entre los seres que conviven en la plataforma con el fin de dejar un legado a las generaciones futuras y un mensaje:

Si encontráis este cilindro del tiempo, querrá decir que la paradoja de Moebius es cierta y podéis enmendar los errores cometidos por nosotros, feliz regreso, humanos.

Los personajes tienen nombres precedidos de Sr. o Sra., sin apellidos como un nickname, SrTeodorus19928 es el nombre completo del protagonista. Los humanos de esta época viven hasta los 190 o 200 años por esto las personas de 75 años son jóvenes.

En cada historia aparecen infinidad de personajes que el lector inteligente verá que también pasan por la cinta de Moebius.

Por otra parte aparecen deportes, empresas y adelantos tecnológicos muy futuristas.

Aunque no me gustan las etiquetas, esta novela la considero dentro del concepto cyberpunk, es decir, no existen héroes ni antihéroes. Solo personajes de la calle que conforman la trama de la novela.

Preparaos para una lectura vertiginosa, amigos.

[Fuente: Ángel de Aluart]

LOS ESCRITORES ZARAGOZANOS DE NOCTE SACAN UN LIBRO DE LEYENDAS ARAGONESAS

Dentro de su colección de narrativa Sueños de Tinta, la editorial Mira editores acaba de publicar Nuevas leyendas aragonesas, un volumen formado por seis novelas cortas de autores de la Asociación Española de Escritores de Terror Nocte residentes en Aragón.



Año III. Número 15, tercera época. Abril 2011-Diciembre 2011.

Óscar Bribián, David Jasso, Roberto Malo, Fermín Moreno, José María Tamparillas y Juan Ángel Laguna Edroso han unido su creatividad en una obra que reinventa, con una visión modernizada, el género legendario en tierras aragonesas.

El libro, cuyo prólogo viene de la mano del escritor, ilustrador y periodista Chema G. Lera, experto en folclore aragonés, está compuesto por las siguientes novelas cortas: La leyenda de Escriche, de Óscar Bribián; Hijos del hielo, de David Jasso; El rayo rojo, de Roberto Malo; Señor del Moncayo, de Fermín Moreno; Los signos de Caín, de José María Tamparillas; y Tierra de Brujas y endemoniados, de Juan Ángel Laguna Edroso. En sus páginas, el lector podrá encontrar tragedias y misterios, escenas violentas, fragmentos aterradores e incluso humorísticos, con la tierra de Aragón como denominador común.

En el blog <http://nuevasleyendasaragonesas.wordpress.com> puede leerse un extracto de cada historia, información sobre los autores, el fotógrafo de portada, e información relativa a los eventos relacionados con este libro durante los próximos meses.

Madrid. 30 de mayo de 2011

[Fuente: Nocte Prensa]